
MORUENA ESTRÍNGANA
IMPENSABLE
Amar a un cowboy 2
Click
EDICIONES

Índice

Portada

Portadilla

Prólogo

Capítulo 1. Lars

Capítulo 2. Meissa

Capítulo 3. Meissa

Capítulo 4. Meissa

Capítulo 5. Lars

Capítulo 6. Meissa

Capítulo 7. Meissa

Capítulo 8. Lars

Capítulo 9. Meissa

Capítulo 10. Lars

Capítulo 11. Meissa

Capítulo 12. Lars

Capítulo 13. Meissa

Capítulo 14. Lars

Capítulo 15. Meissa

Capítulo 16. Meissa

Capítulo 17. Lars

Capítulo 18. Meissa

Capítulo 19. Meissa

Capítulo 20. Lars

Capítulo 21. Meissa

Capítulo 22. Meissa

Capítulo 23. Lars

Capítulo 24. Lars

Capítulo 25. Meissa

Capítulo 26. Lars

Capítulo 27. Meissa

Capítulo 28. Lars

Capítulo 29. Meissa

Capítulo 30. Lars

Capítulo 31. Meissa

Capítulo 32. Lars

Capítulo 33. Meissa

Capítulo 34. Meissa

Capítulo 35. Meissa

Capítulo 36. Lars

Capítulo 37. Meissa

Epílogo. Lars

Biografía

Créditos

IMPENSABLE

Amar a un cowboy 2

MORUENA ESTRÍNGANA

Click
EDICIONES

Prólogo



—¡No pienso vivir en el mismo pueblo que esa mujer! ¡O se marcha, o te marchas tú! Puedo soportar una infidelidad, pero no verla todos los días.

Ivar miró a su mujer, Azar. Sabía que le había fallado: una noche de fiesta se había cargado todo. Se había liado con la hija del dueño del rancho Landry. Las cosas no iban bien en su matrimonio y ella lo había escuchado. Se sintió deseado y no lo pensó.

Lo que no esperaba era que una noche que ansiaba olvidar trajera como consecuencia una nueva hija.

—Está embarazada, de una niña que será hermana de Tara. Y su padre la ha echado de casa por estar embarazada sin estar casada. La ha desheredado.

—Me da igual, no tengo nada que ver con esa niña. Si quiere ver a su hermana, que la vea…, pero ella, fuera. Llévalas a la ciudad. Ayúdala a buscar trabajo, lo que sea, pero lejos de mi vista.

Tara, de doce años, miraba a sus padres discutir desde la puerta. Nunca habían discutido por nada. Y ahora su matrimonio estaba cogido con pinzas.

—Todo irá bien —prometió el hombre a su hija.

Luego fue a ver a la otra mujer y le prometió mantenerlas a ella y a su futura hija si se iban. No podía hacer más daño a su mujer. Aunque supusiera condenar a una niña pequeña a vivir lejos de todo. Intentaría ser el mejor padre que pudiera.

***

En la actualidad

—Tu hermana Tara no va a estar este verano en el pueblo. —Meissa acababa de llegar al pueblo de su padre. Tras años estudiando fuera, quería pasar tiempo allí, con su padre y su hermana. Necesitaba pensar en su futuro tras un duro batacazo que la había puesto en jaque.

Además, ese lugar era también parte de ella. Era una Landry. Su padre la aceptaba como hija, pero nunca le había dado su apellido. Llevaba el de su madre. Landry.

Meissa miró a su padre y a la mujer de este. Aunque al principio le había costado aceptar a la pequeña, al final se encariñó con ella. No eran malas personas.

—¿Y se ha llevado a Robin?

—No —respondió su padre—, ahora parece que no solo le sobraba el marido, sino también el hijo. Lo cuida Lars todo el verano. Y busca niñera, podrías ofrecerte.

Meissa recordaba a Lars de cuando su hermana se casó con él, hacía ya muchos años. Ella era solo una cría, pero se fijó en lo atractivo que era su cuñado. Lars le sonrió al convertirse en familia y le tendió un ramo de flores. No lo había vuelto a ver desde entonces. Tara era muy celosa con su marido. Y Lars siempre estaba trabajando. Veía a su sobrino cuando Tara se lo llevaba, pero desde que se separó de Lars, hacía dos veranos, no veía casi a Robin y lo echaba de menos. Por eso había decidido ir a pasar el verano al pueblo de su padre y pensar allí qué hacer con su vida.

No estaba pasando por su mejor momento.

—Mira, lo llamo y hablo con él, qué mejor que su tía para cuidar a Robin. —Su padre le acarició la cabeza morena.

Tras hablar con Lars, lo convenció de que ella se instalara con él todo el verano para cuidar al niño.

—¿Y no crees que es demasiado?

—Ha tenido un sinfín de niñeras desde que se separaron. Todas quieren acostarse con él y las echa, pero eso no pasará contigo, eres su…, bueno, la tía de Robin.

—Y así trabajas y no estás todo el día sin hacer nada —matizó Azar.

Visto así, era justo lo que necesitaba y así podría pasar tiempo con el pequeño.

¿Qué podía salir mal? Al fin, tal vez la vida le daba algo de paz.

Meissa necesitaba un nuevo comienzo y el destino se lo había puesto delante.

Capítulo 1

Lars



Robin corre por la casa medio en pelotas. Ha estado en la piscina y ahora no quiere bañarse. Ha terminado el colegio y me espera un verano intenso. Tara se ha ido a vivir la vida de gira por Europa, porque su nuevo novio es músico. El anterior era ranchero, el otro…, ya ni me acuerdo.

Toda la vida con una mujer, y de golpe es como una extraña para mí. La respeto porque es la madre de Robin, pero algo se rompió en mí para siempre cuando me pidió tiempo y luego Tyre me contó lo de su primo. Lo peor era que salieron más infidelidades y yo no había visto nada. Y un día Robin me llamó asustado desde el teléfono del cuarto de sus abuelos para decirme que un hombre estaba haciendo daño a su madre y que él se había metido bajo la cama de los abuelos hasta que fuera a rescatarlos. Llegué allí más asustado que nunca en mi vida. Entré en la casa y nada más hacerlo escuché los gemidos de mi mujer… y mi mundo se vino abajo, porque esto confirmaba las palabras de Tyre. Pensé en Robin y dejé una nota, no sé ni cómo, para decirle que me lo llevaba.

No podía conducir. Llamé a Ehud, que no respondió, y acabé por llamar a Max. Vino con su camioneta y llevamos a Robin a casa de Ehud. Max tenía una pinta de mierda, pero se hizo cargo de todo con una madurez que nunca había visto en él. Creo que en ese momento me salvó la vida. No quise que nadie supiera esto, porque

a pesar de todo quería proteger a Tara. Por eso solo les conté a mis amigos que Tyre me había avisado. Hace poco les conté la verdad.

La risa de mi hijo me dio fuerzas para no dejarme llevar. Para luchar porque Robin nunca perdiera la sonrisa.

Y ahora no sé qué hacer con este trasto que corre como un loco. Ya no duele haber perdido a Tara. Me duele que como madre no esté a la altura.

La puerta se abre y aparece mi abuelo Rob con una caja de galletas.

—¡Bisabuelo! —Robin se tira a los brazos de Rob y lo moja.

—Vaya, pequeño, tienes todo esto hecho un desastre. Empiezo a pensar que la piscina que pusimos en el patio al construir la casa no fue buena idea.

—Yo tampoco —digo recogiendo el agua del suelo.

—Pues yo soy superfeliz.

—Necesitas una niñera —dice mi abuelo.

—De hecho, viene una de camino. —Mi abuelo me mira a la espera de más datos—. Me ha llamado Ivar, que su hija pequeña, Meissa, estaba aquí para pasar el verano y darle una sorpresa a Tara. Pero Tara no está y se ha quedado chafada, así que me ha pedido que la contrate de niñera, porque parecía muy alicaída y necesitaba a Robin.

—Ah, bien. Así se hacen compañía mutuamente.

—La tía Meissa es muy guay. Me da siempre caramelos caseros que se hace ella.

No me acuerdo casi nada de Meissa. Es trece años menor que yo. Me casé con Tara muy joven. Con veintitrés. Ella tenía diez y solo recuerdo su pelo negro y sus grandes ojos aguamarina. Cuando me miró con ellos, le di unas flores y poco más. Luego, Tara siempre ha sido muy esquiva con ella. Casi parecía que no quería que yo anduviera cerca de su hermana pequeña. No lo vi raro, porque Tara es muy celosa, y eso que era ella la que me hacía perder los papeles con sus numeritos.

Yo siempre he sido pacífico, pero Tara me llevaba al límite porque parecía que, si no, no se sentía amada.

Nunca más, paso del amor, del sexo y de todo lo que me complique la vida.

Me da igual tener solo treinta y nueve años, estar en lo mejor de la vida y poder disfrutar. Tara me agotó para los restos. Lo peor es que yo no sabía que estaba tan mal hasta que rompimos y, aunque lo pasé mal, me sentí liberado.

Si el amor es así, no lo quiero en mi vida nunca más.

—Claro que es perfecta, cariño —le dice Rob—. Bueno, así está con alguien que lo cuidará bien y no como las últimas, que solo querían…, ya me entiendes. —Rob me mira y alza las cejas.

Sí, las últimas niñeras solo querían follar conmigo. Aunque tengo la custodia de Robin, Tara puede ver al niño cuando quiera. He tenido niñeras para que me ayudaran, ya que ahora tengo más responsabilidad en el rancho, al haber aceptado mi herencia como un Bennet más.

Nadie se sorprendió de saber que mi abuelo era hijo ilegítimo. Tampoco de que Darren quisiera darme mi parte y compartir la herencia conmigo. Ahora somos socios.

Mis padres viven lejos, casi ni los veo. Decidieron vivir su vida y lo respeto. A ellos todo esto no les gusta. Pero Rob se emocionó cuando firmé como dueño de una parte del rancho y de las tierras. Aunque el cabezón nunca quiso nada para sí mismo, al final le gustó que se hiciera justicia por mí. Entonces Tara quiso arreglarlo. Como si no se viera a la legua que solo era por dinero. Ella sabía que yo tenía sangre Bennet y muchas veces discutimos cuando me exigía pedir más dinero. Pero yo no hice esto por dinero. Acepté por Robin y porque Darren merece no llevar este peso solo sobre los hombros. Lo quiero como a un hermano y hacer esto juntos hizo que mi divorcio pesara menos.

Tara no lo entendió.

Lo dicho, nunca más.

—Vamos, que te duche el bisabuelo, mientras tu padre prepara la cena.

Robin sale corriendo del cuarto y mi abuelo se lo lleva arriba mientras miro qué hacer de cena. Escucho un coche acercarse. Miro por la ventana y veo un coche rosa horrible aparcar delante de mi

casa; pienso que es el de Bonnie, pero no, es otro. De él sale una mujer morena con unos pantalones cortos y un top verde. Saca una maleta y puedo ver su culo. Y qué culo, joder. No, no se mira así a nadie más, me digo. Y a pesar de eso no puedo evitar ver cómo se recoge el pelo en una coleta mal hecha con una goma que lleva en la muñeca. Luego mira la casa y suspira. Toma aire y pinta una sonrisa en su cara.

No me jodas.

Anda hasta la puerta y toca al timbre.

Esa mujer tan impresionante no puede ser Meissa. No se parece en nada a Tara, aunque sí se da un aire a los Landry.

—¿No piensas abrir? —grita mi abuelo, y voy hasta la puerta.

Abro y, si en la distancia era sexi, de cerca es toda una fantasía sexual.

—Hola, Lars, qué alegría volver a verte.

Entonces me abraza. Y su cuerpo encaja perfectamente con el mío.

Gracias, destino de mierda, por odiarme tanto.

Capítulo 2

Meissa



¿Qué narices hago abrazando a Lars? Debe de pensar que soy idiota. Me separo y lo miro una y otra vez: lo recordaba guapo, pero es mucho más que eso. Es el hombre más sexi que he visto en toda mi vida y lo he dejado petrificado. Casi parece enfadado.

—Lo siento, a veces me olvido de que la gente…, bueno, de que la gente no es como yo.

Sonrío agitada y asiente sin decir nada. Siento deseos de ponerme los cascos que guardo en mi bolsillo para evadirme del mundo. No lo hago, tomo aire y marco las distancias.

—No pasa nada, solo que no te esperaba tan… grande.

Su voz, joder, su voz es ronca y sexi. No sé cómo mi hermana ha podido dejar escapar a alguien así. Bueno, sí lo sé. Lars es bueno, y mi hermana un día me confesó que era tan bueno que quería emoción en su vida. Tara era muy diferente cuando estaba conmigo. No nos llevamos bien, principalmente porque yo odiaba mentir y ella me usaba de excusa para irse de fiesta mientras yo cuidaba de su hijo. No sabía qué pasaba esos días en que supuestamente estaba conmigo. Ni quería saberlo.

He intentado ser amiga de Tara, por eso estoy aquí, en este pueblo, porque a pesar de todo es mi hermana. Aunque, si soy sincera, estoy aquí por Robin. Tal vez con mi hermana las cosas nunca vayan bien, pero con Robin no quiero eso.

—Para ti sigo teniendo diez años.

—Ya veo que no. Joder, estás… mayor. —Me mira y se pasa la mano por el pelo castaño—. Lo siento, Meissa, es solo que estoy cansado.

Lo veo en sus ojos dorados. Unos ojos preciosos. El pelo, castaño con las puntas doradas, le cae sobre la frente. Intento no devorarlo con la mirada y me cuesta mucho no reparar en lo bien que le queda esa camiseta blanca pegada a sus músculos.

Madre mía.

—Bueno, no tengo nada que hacer en todo el verano. —Pongo mi mano sobre la suya y siento un escalofrío de placer—. Ahora no estás solo, yo te ayudo con el trasto.

Aparta la mano. Parece inquieto. La he cagado, otra vez.

—Sí, iba a hacer la cena…, pero no tengo preparado tu cuarto.

—Mira, yo hago la cena y tú prepara mi cuarto. ¿Vale?

—Vale.

Le ofrezco esto porque parece que quiere escapar. Coge mi maleta y la lleva al fondo del pasillo. Ando hasta la cocina y reviso todo antes de lavarme las manos y pensar qué hacer de cena. Veo mi coche desde la ventana, mi coche rosa. Lo único que tengo. Todo lo que tenía cabe en un coche. Todo lo que no era de mi ex. Aparte de algo de dinero en el banco. Pero de mi ex no quise nada más. Solo me llevé lo que yo había pagado. Nada más.

—¡Tía Meissa!

Robin baja corriendo a medio vestir, seguido de un hombre mayor que lo sigue con la parte de arriba del pijama en la mano. Me agacho a recibir al pequeño y nos abrazamos con fuerza. Al hacerlo, mis ojos se llenan de lágrimas y cuando no puedo contener el dolor pregunto por el aseo. El hombre mayor me lo indica. Estoy llegando cuando Lars sale del cuarto y al verme en este estado me sigue hasta que le cierro la puerta en las narices.

Lars

—¿Qué ha pasado? —pregunto a mi abuelo.

—No lo sabemos. Lo abrazaba y se fue llorando.

—¿He hecho daño a la tía? Soy muy fuerte, lo mismo la asfixié.

—No, pequeño. —Revuelvo el pelo de mi hijo y sigo con la cena mientras miro la puerta a ver si Meissa sale y me da alguna explicación de lo que acaba de pasar.

Rob se lleva a Robin al salón para ver la tele y jugar con sus juguetes. Meissa regresa con la cara lavada y algunos mechones de pelo mojados. Se pone a mi lado y algo se rompe dentro de mí cuando me mira con tanto dolor en sus bonitos ojos aguamarina, tan parecidos a los de Tyre.

—Tal vez no debería estar aquí —admite cortando lechuga—. Pero necesito avanzar. —Seco una lágrima que cae por su mejilla—. Perdí a mi bebé hace dos meses —añade—. No era buscado. Un aborto espontáneo. Y casi ni me había enterado de que iba a ser madre…, pero en cuanto lo supe lo amé y, de golpe, no había nada. Esas cosas pasan, me dijo la médica. Como si nada. Todo está bien. ¿Pero quién me reparaba el alma? —Siento que hay más cosas que no me cuenta.

No debería, pero la abrazo con fuerza, porque yo sé lo que es ese dolor del alma.

—No lo vas a superar —le digo sincero—. Pero aprenderás a vivir con ese dolor.

—Eso quiero. Pero cuando abracé a Robin, me pregunté si así habría sido ese niño y me vine abajo. —Acaricio su espalda; huele a flores y a vainilla. Encaja perfectamente en mi cuerpo.

—No estás sola en esto, ¿vale?

—Vale. Vaya niñera de mierda te has buscado. Yo, normalmente, soy muy alegre, y loca, y…

—Solo quiero que seas tú. Somos familia, ¿recuerdas?

—¿Te acuerdas de eso? Fue lo que me dijiste cuando nos conocimos. —Se separa para mirarme, es preciosa. Sus ojos son preciosos y su piel, aterciopelada.

—Sí.

—Tal vez necesitaba estar aquí. Vivía con mi ex. Lo dejé el mismo día que supe lo del aborto. Me dijo: «Mejor, un problema menos».

—Menudo gilipollas.

—¿Verdad? —Sonríe a pesar de todo, luego se separa y sigue con la lechuga—. Era mi jefe y al final, hace unos días, me despidió. Vivía en un hostal hasta que encontrara algo mejor. Y pensé, voy a pasar el verano con mi padre y mi hermana, y aquí estoy, con todo lo que tengo en una maleta y en las cajas de lo que saqué de la casa de mi ex que era verdaderamente mío.

—Tu maleta pesa una barbaridad. —Se ríe.

—Porque casi todo son libros. —Su risa se hace más rara, hasta que le sale un cerdito. Entonces me río yo y acabamos riéndonos ambos como dos tontos, y su risa cada vez va a peor.

—¿Qué pasa, papá? —Robin, al vernos riendo, acaba por reírse también y luego abraza a Meissa por las piernas—. Siento haberte hecho daño. Soy muy fuerte.

Meissa se seca las lágrimas de la risa y lo abraza con fuerza; luego lo besa.

—Te quiero, pequeño, no ha sido tu culpa.

—Vale.

Se van a ver el cuarto de Robin y mi abuelo se me acerca.

—Tienes suficiente con tus problemas para cuidar además de esa chica…

—No voy a dejarla tirada.

—Tampoco lo hiciste con su hermana, y mira cómo has acabado. Solo te digo que tengas cuidado. A Tara le perdonaste demasiado y de tan bueno fuiste tonto.

—¿Algo más, abuelo?

—Que si follas uses condones, que luego pasan cosas malas.

—¡Eres peor que Saril!

—Al final todo se pega. Me marcho, que tengo que contarle el chisme.

Se despide de Robin y se marcha, no sin antes echarme una mirada que parece decir: «te estoy vigilando».

No lo dudo; él y su mujer son un par de cotillas.

Miro la cena y sé que Rob tiene razón: no puedo nombrarme protector de Meissa; el problema es que entiendo su dolor. Tara perdió un bebé después de Robin; ella se lo tomó bien, pero a mí

me destrozó. Pensaba que todo lo que vivíamos era por eso, pero luego me di cuenta de que yo estaba más afectado que ella. Sobre todo cuando supe que no era la primera vez que me engañaba.

Dejé pasar todo por si ella necesitaba ese escape para soportar la pérdida, y acabé por darme de bruces contra la pared al enterarme de que antes de eso ya me era infiel.

De bueno, tonto, ¿no?

Meissa se acerca con Robin y cuando la miro sé que no podré dejarla sola. Pase lo que pase, ahora es parte de mi familia.

Capítulo 3
Meissa



Al despertarme estoy agitada. Nerviosa y desubicada. Pronto recuerdo donde estoy. En casa de Lars, con Robin. Robin.

Salgo corriendo, nerviosa por si se ha despertado y no lo he escuchado. Subo las escaleras agitada. Abro la puerta que evita caídas y salgo al pasillo. El cuarto de Lars se abre y sale este sin camiseta. ¡Sin camiseta!

Juro que intento mirarle a los ojos. Pero no lo logro. Hago un repaso intenso de su cincelado pecho. Madre mía. Está moreno por el sol y marcado por el trabajo duro. Puedo ver la uve perderse entre la goma de su ropa. Cuando al fin llego a sus ojos dorados, me mira preocupado y con cara de sueño.

—¿Todo bien, Meissa?

—Yo… me asusté. —Coge una camiseta y se la pone.

Entra al cuarto de su hijo y me dice que duerme. Luego me tiende un aparato de escucha.

—Está dormido. Ayer estuve arreglando unos aparatos viejos de estos. Tú quédate este, que tiene cámara, y así puedes mirarlo si te asustas y no tienes que subir corriendo.

—Vale.

Lars me mira intentando no bajar la mirada de mi barbilla. Lo hago yo, y pego un grito al ver que voy en bragas y camiseta de tirantes negra, sin sujetador. ¡Sin sujetador! Los pezones presionan duros

contra la tela. Madre mía. Salgo corriendo sabiendo que me va a ver el culo si mira. No pasa nada. Llevo más ropa que si estuviera en su piscina.

Todo bien.

Lars

Nada está bien. Todo está mal. ¡Joder! No quería, pero mi mirada ha ido directa a sus preciosas tetas. Redondas y fruncidas. Ella me ha devorado con la mirada descaradamente hasta que se ha dado cuenta y yo, yo he intentado ser inmune. No quise mirarla, pero fracasé, y más cuando se giró y vi su redondo trasero.

Voy a ir al puto infierno. ¡Hasta hace poco era mi cuñada!

Recordar que le saco trece años tampoco ayuda a la imagen de ella con tan escasa ropa. Joder. Es preciosa y vive en mi casa, y estará aquí todo el verano. No pasa nada, he decidido que nada de mujeres en mi vida. Eso incluye a Meissa y a cualquiera de ellas.

Preparo algo de desayuno y le dejo a Meissa todo explicado en una libreta con mi móvil anotado al principio. Le pido que me llame si necesita cualquier cosa. También le dejo el móvil de Darren, por si no me localiza, y el de Bonnie por si no lo localiza a él. Luego dudo y le pongo también el de mi abuelo.

Miro la hora y voy tarde. ¡Joder!

***

—Entonces, tu niñera actual es la hermana de Tara. —Le he contado todo a Darren por teléfono.

—Sí, su padre me pidió el favor.

—Bueno, al menos sabes que esa mujer sí quiere a tu hijo y no quiere meterse en tu cama. —Darren sonríe.

—Sí, ambas cosas las tengo claras.

Golpeo la madera, porque estamos arreglando una valla, y de nuevo a mi mente acude la imagen de Meissa medio desnuda. Tan preciosa y joven…, tan deseable y atractiva. Solo he estado con una

mujer en toda mi vida. Pero hace años que olvidé lo que era mirar con deseo a Tara. No sé bien cuándo pasó, si con el paso de los años o la primera vez que tuve que pelearme por ella para que sintiera que la quería. Solo cuando eso pasaba el sexo era bueno. O parecía gustarle estar conmigo. El resto de las veces la sentía lejos. Y el sexo dejó de ser lo más importante para mí en nuestra relación y valoré otras cosas.

Tara solo se esforzaba por el sexo cuando yo sacaba mi lado «malo». Entonces decía que esa parte de mí le gustaba, y yo, por complacerla, me dejaba llevar. Pero esa persona no era yo. Odiaba meterme en peleas, pero para que nadie le hiciera daño lo hacía. Como un gilipollas.

—¿Qué piensas? Tienes esa mirada de «algo va como el culo».

—Mi vida desde que Tara me dejó.

—No, tu vida ya iba mal antes —me pica.

—Habla el experto en amor. ¿Cuándo te vas a casar con tu chica, por cierto?

—Cuando Max y Gretel encuentren tiempo para venir al rancho.

—Entonces será nunca. —Se ríe.

—Sabes que ya estamos casados, pero no lo haremos oficial hasta que celebremos una gran fiesta.

Darren, Bonnie, Ehud y yo nos fuimos a Las Vegas unos días para celebrar una boda exprés. La mujer de Ehud estaba muy ocupada. Siempre está ocupada. No sé cómo Ehud se conforma con eso. Aunque yo hacía lo mismo. Me conformé porque no me paré a pensar si necesitaba algo más.

—Sí, eso lo sé.

—¿Y cómo es tu cuñada? Desde tu boda no la he visto y ni me acuerdo de ella. Ese día me pasé el rato detrás de Max para que no se estropeara la ropa y no comiera dulces de más. Y ellos dos no pararon de meterse en problemas cuando los perdía de vista.

—Pues yo tampoco la recordaba, pero ha crecido. —Se ríe.

Es bueno verlo sonreír. O reírse, o simplemente ser feliz. Darren es uno de los mejores tíos que conozco. Tuvo una infancia de mierda y luego creció demasiado rápido. Hasta que conoció a Bonnie no se paró a pensar que tal vez la vida tuviera algo más para él y que se

merecía ser feliz. Desde que está con ella, siempre anda con una sonrisa en la cara.

—Normal que haya crecido. ¿Es de la edad de Bonnie?

—Un poco más joven, veintiséis.

—Solo un año… Cuando Bonnie se entere, se va a volver loca e irá a verla para hacerla su amiga.

—Eso seguro. Además, las dos tienen coches rosas.

—¡No jodas! —Asiento—. Entonces lo tienes jodido.

—Solo va a ser mi niñera.

—Bueno, iremos esta noche a cenar. Hace tiempo que no veo a mi sobrino.

—Solo hace un día.

—Por eso, mucho tiempo. Haremos algo para el postre.

—Eres un cotilla, Darren, se te está pegando la vena de tu abuela. —Se ríe de nuevo, y luego se marcha y me deja a mí solo con la reparación. Seguro que ha ido a buscar a Bonnie a la zona ecológica para contarle todo.

Que vengan, no van a ver nada raro.

Capítulo 4

Meissa



—Mi madre no me quiere —me suelta Robin mientras está en la piscina pequeña, entretenido con sus juguetes de playa—. ¿Me pasas el cubo?

¿Espera? ¿Cómo? No sé qué me sorprende más, si que diga algo tan gordo, o que lo suelte con tanta frialdad. ¡Solo tiene cinco años! Pero los niños de padres divorciados maduran antes. Yo lo sé mejor que nadie. El resto de mis amigos de clase vivían en una burbuja mientras yo veía a mi madre llorar a escondidas cuando creía que nadie la estaba viendo. No me importaban sus lágrimas. Era la sensación de que yo debía ser perfecta para no hacerla llorar más.

Le doy el cubo y escribo a Lars:

Meissa:
Robin ha dicho que su madre no lo quiere. así de pasada. ¿Lo dejo estar o indago?

Lars:
Lo dice cada dos por tres. Ya le hemos explicado que sí lo quiere, pero que tiene cosas importantes que hacer… Dile lo que sientas, no va a dejar de decirlo mientras su madre no haga de madre.

Meissa:
Vale. No quiero joderle la infancia por decir algo mal.

Lars:
¿Has cuidado alguna vez niños?

Meissa:
¿Aparte de tu hijo, cuando era pequeño y tu exmujer me lo dejaba en casa?

Meissa:
Mierda, no sé tampoco sí debía decirte esto.

Lars:
Relájate, iré a comer y así hoy no se te hará tan duro este primer contacto con alguien de cinco años tan inquieto y preguntón.

Meissa:
Vas a pensar que soy la peor opción para tu hijo.

Lars:
Me pregunto si soy buen padre cada día. No te agobies por tus pensamientos negativos. Solo sé tú misma con él. Os queréis.

Meissa:
Vale, ser la tía guay siempre se me dio bien.

Guardo el móvil y Robin me mira con esos ojos tan parecidos a los de su padre. De mayor seguro que será tan guapo y sexi como su progenitor. No, para, deja de pensar en lo guapo que es Lars.

—¿Qué quieres hacer?

—Que te metas al agua conmigo a jugar. Estoy haciendo comidas. —Lo pienso y no me parece mala idea, porque hace mucho calor.

Tras quitarme el vestido playero, entro al agua con él. Jugamos a las comidas y me tira agua encima una y otra vez. Luego salimos a la sombra, a jugar a las cartas un juego sencillo de parejas para él.

—Mi madre no me quiere.

Mierda, otra vez la puta pregunta de las narices. Vale, solo debo ser yo misma.

Lo miro y es como si me viera a mí, sufro un *déjà vu*. Yo le decía esto a mi madre muchas veces sobre mi padre. Vivíamos solas en una ciudad lejos de todo. Yo no entendía que ella, al tener un lío con ese hombre, nos había condenado a empezar de cero. Mi padre no quería que mi madrastra se enfadara, quería recuperarla, y mi madre, bueno, ella solo quería alejarse de sus errores y de su familia. Sí, tengo aquí más familia, pero no son las mejores personas que te puedas encontrar. Mi madre cuenta cosas horribles de ellos. Por eso nunca he sentido curiosidad por este lado de mi familia. Mi abuelo me dejó su herencia y quise rechazarla, pero no puedo. Tengo que aceptarla primero para luego hacer eso. No he querido saber más del tema, porque me dijeron que, hasta que me decidiera, el miembro de la familia más cercano a mi abuelo dirigiría todo.

Me centro en Robin; los problemas, de uno en uno.

Cuando era muy pequeña y mi padre venía a verme, esperaba que se quedara. Y cuando se iba, pensaba que era por mi culpa. No entendía por qué no estaba en casa cada día.

—Yo pasé por eso. —Robin me mira—. El abuelo no vivía con nosotras. Mi madre y yo. Sabes que soy hermana de tu mamá, pero con otra mamá.

—Sí. ¿Y te quería?

—Oh, sí, me quería, pero no fue hasta que me hice mayor que entendí todo. Las cosas de los adultos son muy complicadas cuando eres niño.

—Pero yo soy mayor, tengo cinco años.

—Eres muy mayor, pero a esta edad solo necesitas saber que tu madre te quiere.

—¿Y por qué no está conmigo? —Sus ojos se llenan de lágrimas y no sé qué mierda decirle.

Pienso en mi padre. Lo quiero y lo respeto, pero lo que siento por él no es comparable a lo que siento por mi madre. Ella sí estuvo ahí en cada momento. Al final, estar cuando los necesitas marca la diferencia entre querer y necesitar en tu vida cuando las cosas se ponen mal. Si yo necesitaba un abrazo, se lo pedía a mi madre, porque ella sí estaba. Y mi padre tenía que ver cuándo le venía bien venir para que su familia no notara su ausencia.

—Porque no —digo simplemente—. Mira, no lo sé, porque eres un niño increíble. Yo, desde que naciste, no puedo dejar de pensar en ti, y estaba deseando pasar este verano contigo…

—Pero te irás, como ella, y luego solo estaremos papá y yo.

—No sé qué haré con mi vida, Robin, no sé qué camino seguir. Estoy perdida.

—Vale, cosas de adultos. —Me río por lo maduro que es y sé que, como yo, ha tenido que madurar demasiado pronto.

—Cosas de adultos aburridos. Pero te puedo hacer una promesa. —Cojo su meñique—. Te prometo que te querré toda mi vida y que, vaya donde vaya, el lazo invisible que nos une nunca, nunca, se romperá.

Robin me mira con los ojos llenos de lágrimas. Yo sé lo que siente. Yo sé lo que es vivir con solo uno de los progenitores y no entender por qué no estás con los dos. Nos abrazamos y me pregunto si todo lo que ha pasado me ha llevado a este momento. A ser lo que Robin necesita para hacerse un niño fuerte y feliz a pesar de todo.

***

—Van a venir a cenar Darren y Bonnie. —Lars acaba de llegar para comer. Solo se ha quitado el sombrero de *cowboy*. Solo ese sombrero que lo hace parecer tan atractivo.

Cuando entró por la puerta hice lo imposible por no mirarlo con la boca abierta. Me gustan mucho los *cowboys*. Tal vez porque lo llevo en las venas, o porque un hombre sudado y curtido por el trabajo duro me pone mucho.

—¿Y por qué me lo sueltas nada más verme? ¿Son malos?

—No, al contrario. —Se pasa la mano por el pelo y mira a Robin, dormido en el sofá. Se quedó torrado tras toda la mañana jugando —. Darren es como mi hermano, de hecho somos primos. Y Bonnie es su… prometida. Vienen porque quieren cotillear sobre ti.

—Ah, vale. Y me quieres avisar por si son demasiado intensos.

—Algo así.

—Ve a darte una ducha, vaquero, yo acabo la comida, despierto a Robin y te esperamos para comer.

—Gracias.

—Me vas a pagar horas extras, de gracias nada. —Sonríe de esa forma que hace que su hoyuelo aparezca. No quiero devorarlo con los ojos, pero fracaso de nuevo.

Por eso aparto la mirada, acalorada. No sé qué tiene este hombre que me altera de una manera tan primitiva. Este tipo de atracción tan visceral es algo que solo he leído en los libros. Nunca he experimentado algo así. Ni por mi ex ni por nadie. Hasta creía que no existía en la vida real.

Lars se marcha a su cuarto. Sigo con la comida y la coloco en la mesa. Despierto a Robin, que refunfuña hasta que ve a su padre tras de mí y lo abraza con fuerza. Verlos juntos calienta algo en mi pecho. Me recuerda como mi ex se alegró de lo que me pasó. Se alegró mientras yo estaba más rota que nunca. ¿Cómo pude creer que quería a alguien que ante mis lágrimas solo sentía alivio?

Entiendo que no quería hijos. Que no fue buscado. Que falló la protección, lo comprendo. Pero me vio destrozada. Estuve ingresada… y no vino. Estaba ocupado. Y luego vio mi dolor y me regaló un «no pasa nada, esto es lo mejor que nos podía pasar».

¿Cómo pude estar con alguien tan cruel que no entendió que yo me sentía como si me acabaran de arrancar el corazón del pecho?

Pestañeo para contener las lágrimas y nos sentamos a la mesa. Lars en medio y Robin y yo cada uno a un lado. Se ha dado una ducha rápida y puedo oler el gel en su cuerpo. Mi hermana se quejaba de que Lars siempre olía a campo. Cuando venía a pasar tiempo conmigo, las pocas veces que la veía era para quejarse de él. Que si trabaja mucho, que si es demasiado bueno. Odiaba que dijera

eso, porque sentía deseos de defenderlo a él, aunque ella era mi hermana.

—¿Sabes que la tía también sufrió por su padre? —Ambos me miran mientras yo casi me atraganto con la comida.

—¿Estás bien? —Lars acaricia mi espalda preocupado.

—Sí, no te preocupes.

—Me ha hecho una promesa de amor eterno. —Robin sonríe—. Ha prometido quererme siempre, vaya donde vaya. Porque al final del verano se irá.

—No tengo ni idea de qué haré con mi vida, te dije, pequeño cotilla.

—El abuelo era como mamá, casi nunca estaba.

Lars me mira y luego a su hijo.

—Bueno, son cosas de ella.

—Pero ella me entiende. Mamá no me quiere. —Otra vez. Miro agitada a Lars; lo mismo todo esto es mi culpa.

Muevo las piernas nerviosa bajo la mesa y Lars pone sobre ellas una de sus grandes manos, como si notara mi agitación, y me da un apretón que me calma.

—Ya hemos hablando de eso. Nadie podría no quererte. Eres increíble.

Robin asiente y sigue comiendo como si nada. Lars me mira y se da cuenta de que su mano sigue descansando en mi pierna. La quita como si nada, aunque mi piel arde ahí donde me ha tocado.

Al acabar de comer, Lars se encarga de recoger y yo acuesto a Robin, que parece cansado de nuevo. Cuando bajo, Lars me dice que ha dejado café en la cocina. Está en el salón recogiendo juguetes.

—Siento lo de antes…

—No es culpa tuya que Tara no esté. Tampoco mía tener que hacer entender a un niño que su madre lo quiere, pero no lo suficiente para quedarse con él. —Lars se pasa una mano por el pelo, cansado.

—Es un niño increíble; si Tara quiere perderse eso, al final ella es la que más pierde. Mi padre no estaba casi nunca, aunque me llamaba, y con los años, bueno, con los años, si tenía un problema,

no era a él a quien buscaba. No sabe casi nada de mi vida. Solo me ve, me da un abrazo, le digo un falso «todo está bien» y poco más. Guardamos las apariencias, pero quien lloró conmigo y se cogió un mes de excedencia en el trabajo para acompañarme tras lo que viví fue mi madre.

—¿Y por qué estás aquí y no con ella?

—Porque su dolor me agobiaba. Discutí con ella poco antes de tener el aborto —admito—. Le dije que estaba embarazada y me dijo que me había educado para ser más lista que ella. Que un niño solo me complicaría la vida. Mi novio no quería el niño. Mi madre me dijo, en pocas palabras, que era tonta por no aprender de ella…, y en medio de todo eso empecé a sangrar. Mi madre se sintió culpable, pero no era su culpa. Ese embarazo estaba destinado a no llegar a puerto.

—Lo siento, Meissa. —Acaricia mi mejilla con ternura—. Es horrible pasar por eso.

—Sí, y mi madre se culpaba. No me dejaba sola. Y yo quería mi espacio tras cortar con mi ex. Necesitaba nuevos aires. Empezar de cero, encontrar mi camino. Y pensé en Robin. Quería estar cerca de él.

—Y te ha traído aquí.

—Sí, como si no tuvieras suficientes problemas con los tuyos. —Sonríe y me encanta su sonrisa.

—No te voy a mentir, no sé tampoco qué hacer con mi vida. Me dejo llevar y esto es así desde hace años. Pero tenerte aquí no me molesta. Me relaja que Robin tenga cerca a alguien que lo quiere y lo entiende. No era consciente de cuánto necesitaba a alguien que entendiera su dolor hasta que lo he visto mirarte en la comida.

—Yo lo pensé esta mañana. Tal vez podamos ayudarnos mutuamente.

—Seguro que sí.

Va a la cocina, se toma el café y dice que va al despacho a trabajar. Voy hasta mi cuarto a leer pendiente de Robin. A las cinco mira a la cámara y me grita: «¡Ven a por mí ya! ¡Me estoy aburriendo!».

¿Quién se aburre dormido?

Se acabó el descanso.

Capítulo 5

Lars



Darren y Bonnie llegan antes de lo previsto y no tenemos nada preparado. Abro la puerta y Bonnie busca a Meissa. Está en el jardín con Robin, haciendo pompas de jabón mientras yo organizo todo para hacer una barbacoa.

—Fuera —le digo, y Bonnie sale corriendo.

Darren la sigue y los escucho presentarse. Al poco, Darren regresa, se saca una cerveza y me mira de una forma que me pone los pelos de punta.

—¿Qué?

—Lo tienes jodido, no se parece en nada a Tara.

—Me he dado cuenta yo solo.

—Y no parece una niña.

—De eso también.

—¿También de…?

—¡Tu excuñada está buenísima! —esto lo dice Bonnie mientras roba la cerveza a su marido—. Joder, lo tienes jodido. —Se ríe y da saltitos de felicidad, porque yo lo voy a tener de culo para resistirme a esa mujer.

—Sigo pensando igual que antes de volver a verla. Nada de líos con nadie. Y ahora, ayudadme con todo esto.

—Vale, y, por cierto, su coche pierde aceite —añade Bonnie—. Me acerqué para verlo y vi un reguero.

—Mañana lo reviso.

—Arréglalo, es de un rosa precioso.

Sale fuera tras coger algo de beber y una bolsa de patatas. Darren se queda y no deja de mirarme. Estoy tentado de golpearle la cara de idiota que tiene.

—No va a pasar nada de eso que estás pensando.

—¿Yo? —dice de forma inocente—. No estoy pensando nada.

—Te prefería triste y gruñón.

—Ya, claro.

Escuchamos una camioneta que aparca frente a la casa, y mi abuelo y la abuela de Darren salen del coche con varias bandejas de comida.

—Eso es cosa de Bonnie. Este verano lo pasaremos bien, seguro que Bonnie me pone al día de todo lo que pase.

—No va a pasar una mierda —respondo.

—¡Esa boca! —me regaña mi abuelo, que ha entrado en la casa—. Traemos comida. Gracias por invitarnos.

—Yo no os he invitado. —Saril se ríe, sale fuera a conocer a Meissa, y cuando entra me mira como lo ha hecho Darren—. No va a pasar nada —repito.

—Eso no te lo crees ni tú. —Saril se pone a mi lado—. Pero tú mismo. Yo no pienso decir nada. —Hace como que se cierra la boca —. Y ahora, déjame a mí que me ocupe de la cena y tú vete con la chica guapa. Y, por si acaso, compra condones.

—¡Saril! —la regaña su marido.

—Ah, perdón, se me había olvidado que no pensaba decir nada. —Se ríe.

Darren nos mira muy divertido. Demasiado. Y no, no lo prefiero como antes. Me gusta este Darren que disfruta de la vida y no tiene miedo de ser feliz. Aunque sea a mi costa.

Capítulo 6

Meissa



No sé si esta gente es demasiado simpática o está mal de la cabeza. Todos me ofrecen comida y me miran como si fuera algo especial. Luego miran a Lars y alzan las cejas. Este los mira serio y Robin no se entera de nada.

Qué raro es todo esto.

Centro mi atención en la comida mientras Bonnie me cuenta cosas de su vida. Entonces suelta una bomba.

—Mi hermana ha sido Miss USA y ahora se va a presentar a Miss Universo.

La miro perpleja.

—Odio los concursos de belleza —afirmo—. Mi madre me apuntó a uno de pequeña, porque íbamos mal de dinero. —Me remuevo un poco en el asiento—. Pensó que si ganaba podríamos tener un poco de dinero hasta que le saliera otro trabajo. Pero uno y no más.

—¿Ganaste? —pregunta Saril, que está con la oreja puesta.

—Sí, pero mi madre devolvió el premio y el dinero cuando el organizador dijo que viajaría con él y solo con él. Le dijo que se podía meter el premio y el dinero por el culo si pensaba que iba a dejar a su hija sola.

—Tu madre me cae bien —apunta Darren.

—Sí. Ahí conoció a mi padrastro. Dice que se enamoró de esa mujer de armas tomar. Aunque le costó convencerla de que tuvieran

algo. Era el guarda de seguridad del evento —sigo contando la historia—. De hecho, eso no sucedió hasta que me fui a la universidad. Mi madre decía que tenía que dármelo todo y no quería meter a un hombre en casa sin saber si las cosas iban a salir bien o mal. Creo que lo del concurso la dejó tocada. Utilizarme porque estaba desesperada, y luego ver lo que me podía haber pasado con un viejo verde, o con varios, porque ese lugar apestaba. Fue mi padrastro el que le encontró trabajo.

—Entiendo lo que es eso. —Darren mira a Bonnie.

—Bueno, hay miradas salvajes que no se pueden ocultar —apunta Saril—. Yo sabía que estos follarían en cuanto los vi.

—¡Abuela! —Saril se ríe. Luego nos mira a Lars y a mí. No pensará que nosotros…

Su marido le dice que pare. Lars pone los ojos en blanco y yo me siento abrumada. Entro a la cocina a por agua fresca. Cualquier excusa es buena para un momento de paz. No estoy acostumbrada a estar rodeada de tanta gente pendiente de mí. Siempre hemos estado solo mi madre y yo.

—¿Limonada, o algo más fuerte? —Lars se pone a mi lado y saca del mueble de arriba una botella de tequila.

—Oh, sí, por favor, o no sé si aguantaré esta cena tan rara. ¿La mujer de tu abuelo cree que tú y yo…? —Hago señas con los dedos y Lars me mira divertido.

—¿Vamos a hacer ganchillo?

—Vete a la porra, Lars.

—Sí, Meissa, Saril es un poco intensa. Pero no va a pasar nada. Deja que piense lo que quiera.

Me pasa un chupito de tequila y me lo bebo de un trago.

—Nada de nada. Ahora estoy mejor, gracias.

Pienso si volver o irme a mi cuarto a leer. Al final opto por irme a mi cuarto. Sé que al final me acostumbraré a este lugar, pero por hoy he tenido suficiente. Necesito un momento de tranquilidad con mi música.

Lars

—La habéis asustado.

—¿Ves? —dice Saril—. Por eso con este me estuve callada, al margen y eso, para no joderlo.

—Podías haber hecho lo mismo —le dice mi abuelo.

—Ya…, pero me aburrí como una ostra.

Saril es especial; tras sufrir maltrato con su primer marido y callarse por miedo, ahora le cuesta no decir lo que piensa, tras años de opresión.

Escuchamos pasos y Meissa se sienta de nuevo donde estaba. Saril la mira con una sonrisa.

—No pienso decir nada más —afirma.

—Eso no se lo cree nadie ahora —apunta Bonnie—. Son inofensivos. Al final los quieres.

Meissa asiente y me fijo en que ha vuelto, pero lleva los auriculares puestos, ocultos bajo el pelo. Cuando me pilla mirándolos se tapa mejor. Está aquí, pero no escucha una mierda. Solo asiente cuando alguien la mira y cena como si nada, perdida en su mundo. Bueno, al menos está aquí.

Qué chica más peculiar. Y lo peor es que quiero saberlo todo de ella. No puedo dejar de mirarla, por eso, cuando Bonnie le habla, le doy con el pie para que la atienda.

—Podemos ir de fiesta el fin de semana juntas.

—Sin nada de líos raros, por favor —apunta Darren.

—Soy buena, no como la… —Bonnie se calla al ver que Robin está en la mesa—. No como esa mujer que conocimos.

—¿Quién era? —pregunta Robin inocentemente.

—Alguien a quien no conoces.

Robin habla con Meissa y, como no lo escucha, trata de quitarse uno de los auriculares disimuladamente. Se le cae al suelo. Lo cojo y lo guardo. Me lo pongo cuando nadie me mira y pego un bote en la silla por lo que escucho:

«El hombre metió su gran polla dentro de la joven amazona y casi la empaló con ella».

—¡Joder! —digo, y me lo quito como si quemara.

Meissa me mira sonrojada; el resto no tienen ni idea de qué está pasando. Yo pensando que escuchaba música, y se trataba de un audiolibro cachondo. ¡Joder! Esto no lo esperaba y me hace mirarla de forma diferente. De ver ese fuego que parece arder en ella.

Voy a la cocina; ahora quien necesita tequila soy yo.

***

Tras los postres se han ido yendo todos, y al poco de dormirse Robin ya no queda nadie. Meissa no se ha ido a su cuarto, pero tampoco ha hablado mucho.

—Me debes algo. —Se pone a mi lado mientras meto todo en el lavavajillas.

—Es interesante lo que escuchas. —Se sonroja.

—Es una novela *romantasy* y, aunque hayas escuchado esa parte, también hay amor.

—¿La de que casi la empala? —Bufa—. Ha sido instructivo. Tal vez Tara quería eso, hombres fuertes que la empotraran…

—Ah. Bueno, ella no leía, supongo que no sabe lo que quiere.

—¿Y tú?

—Mi auricular. —Sonríe con picardía.

—En el bolsillo de mi vaquero. Tengo las manos mojadas; si no, te esperas. —Duda, pero mete la mano dentro. Noto sus pequeños dedos tocando mi pierna, hasta que saca el auricular. Estoy ardiendo.

—Me quiero ir a la cama a escuchar un poco más. Buenas noches. —Empieza a irse—. Y no, no sé lo que quiero, tampoco en la cama o en el amor. Solo sé que quiero a alguien que me haga sentir. Si no sientes nada, no ardes. Eso ya lo he aprendido y, para vivir sin chispas, prefiero mis libros o mis audiolibros. Porque con ellos sí ardo.

—Tal vez deberías recomendarme alguno.

—O puedes entrar en mi cuarto y coger uno. Buenas noches.

—Tal vez luego lo haga.

—Dejaré la puerta abierta.

Se marcha y la veo irse. Contoneando sus caderas y tentándome. No lo hace aposta. Lo sé, pero también sé que este juego es peligroso. Y que no debo jugarlo. Termino de recoger y subo a mi cuarto solo.

Bien, todo sigue como debe ser.

Capítulo 7
Meissa



Miro por la ventana mientras friego unas cosas y casi ardo instantáneamente. Lars se acerca a la casa montado a caballo. Un caballo precioso, marrón. Lo veo montarlo sintiendo como mis ovarios explotan.

Que mi cliché favorito sea el de *cowboys* es horrible cuando trabajas para uno.

Lo miro embelesada bajar del caballo, llevarlo hasta una zona con sombra y dejarlo ahí atado mientras lo ve comer la manzana que acaba de darle. El cariño que le tiene al animal es evidente.

Anda hasta la casa y se quita las botas antes de entrar.

—¡Papá!

—Hola, campeón, voy a buscar una cosa al despacho y me marcho otra vez.

Alza la cabeza y me saluda con una dulce sonrisa.

—¿Todo bien?

—Genial.

Intento por todos los medios no devorarlo con la mirada. Por eso me pongo a fregar mientras Robin lo sigue al despacho. Los escucho hablar y cuando Lars se va me dice adiós desde la puerta.

Céntrate, Meissa.

***

—¿Y va todo bien?

Bonnie ha venido a comer. Robin ha comido con nosotras, superfeliz de tenernos a las dos, y luego ha caído rendido. Se está echando la siesta en su cuarto mientras yo preparo una infusión con las hierbas que me ha traído Bonnie. Las cultiva ella. Es un preparado para la digestión.

—Sí —digo tras poner las dos tazas en la mesa del salón—. La verdad es que este lugar es increíble, y estar con Robin me da la vida.

—¿Y con Lars todo bien?

—Bien, sí. Es fácil hacerse a él.

Lo complicado es no devorarlo con la mirada cuando lo tengo delante, o no fantasear con él por las noches.

—Lars es un hombre increíble. Y jodidamente guapo. Se parece a mi mejor amigo…, bueno, espero que lo siga siendo. —Bonnie me cuenta la historia de ella con Max. Había escuchado algo en la cena del otro día, pero ahora todo me cuadra más. Saca el móvil y me enseña fotos de ella con Max—. ¿A que se parecen?

—Mucho, sí.

—Pero a ti te pone más cierto papá *cowboy*.

—¡No! —Se ríe. De verdad, la gente de este lugar está medio loca.

—El viernes tenemos que quedar para cenar. Antes salía con tu hermana, aunque nunca estaba cómoda del todo. Elegía mi ropa y luego provocaba a Lars hasta que se metía en peleas.

—Eso me lo contaba.

—Ese matrimonio estaba roto desde hace tiempo.

—Es posible.

Hablamos un poco de todo y me cuenta cosas de su hermana. La ha visto poco desde que fue elegida Miss USA, y aún menos ahora que va a presentarse a Miss Universo. La amistad que hay entre las dos es la que siempre he deseado para mí con mi hermana. Pero Tara siempre me vio como esa hermana pequeña de la que me aprovecho cuando me viene bien.

Duele.

***

Robin hoy se ha dormido antes. Estaba agotado. Esta tarde se lo llevó su padre a montar a caballo. Ha llegado reventado. Cenamos y ahora estoy en el cenador escuchando un audiolibro, oyendo a los grillos y sintiendo mucha paz.

Hasta que el audiolibro se pone caliente y me remuevo en el asiento.

—¿Qué escuchas? —No había oído llegar a Lars. Se sienta a mi lado en el banco del cenador, me quita un auricular y escucha:

«¿Estás mojada? Pienso meter la cabeza entre tus piernas y que me montes la cara».

Lars me mira divertido. Le quito el auricular. Y apago el audiolibro.

—Te juro que los libros que escucho tienen más que sexo.

—Es interesante.

—A mí me gusta.

—¿Por qué?

—¿Que por qué me gusta la erótica en un libro romántico? —Asiente mientras lo pienso—. Supongo que me gusta que un libro me haga sentir cosas. Cuando un libro te hace reír, lo recuerdas porque te llenó de felicidad, si te hace llorar, igual. Pues cuando llega el momento erótico, aunque no quieras, tu cuerpo se calienta, sientes un cosquilleo y es como si fueras la protagonista. Jadeas, respiras de forma agitada. Aprietas las piernas… y todo eso hace que te sientas por un segundo como si fueras parte del libro. Y cuando sucede, la unión que sientes con los protagonistas es mayor, porque has sido parte de ese momento tan íntimo entre ellos.

—Me gusta eso que has dicho.

Coge el auricular.

—¿Esperas que lo ponga?

—Sí.

Madre mía. Esto no está bien, me dice mi parte racional.

—Antes debes saber que él es un *cowboy* y ella vive bajo su mismo techo.

—Bien. ¿Algo más?

—Nada.

Que se parece a ti, pero eso me lo guardo para mí. Le doy al *play* y hago la cosa más rara que he hecho en mi vida. Escucho una

escena erótica al lado de mi excuñado como si fuera música.

Cuando el prota se pone intenso y se la mete con fuerza, lo miro de soslayo. Gira la cabeza y me pilla. No puedo cortar el contacto visual y este momento me parece casi tan íntimo como la escena que estamos escuchando.

Se da cuenta y, tras dejar el auricular en la mesa, me desea buenas noches y se marcha. Esta complicidad no la he sentido con nadie. Esta conexión de sentirte en paz a la vez que ardes. Y me tiene que pasar con Lars.

Supongo que las personas somos como los libros: no todos nos enamoran, pero cuando uno nos roba el alma, se queda en nuestros recuerdos para siempre.

Capítulo 8

Lars



Entro al bar del pueblo donde Darren y Ehud me esperan. Robin está en casa de sus abuelos para pasar el fin de semana, y Bonnie y Meissa han quedado para cenar y luego venir con nosotros.

Desde que escuchamos ese audiolibro el otro día no nos hemos quedado a solas. Y mejor. No sé en qué pensaba cuando le sugerí escucharlo juntos. Estaba ahí, iluminada solo por las luces exteriores, y quise quedarme un poco más. Pero entonces escuché eso y me di cuenta de que deseaba acercarme a ella y descubrir el sabor de sus labios.

Todo eso estaba mal. Irme a dormir era lo más sensato. Desearla no tiene sentido.

Pido una cerveza y cuando me la sirven me siento con mis amigos.

—Entonces, la cena de la otra noche, bien. —Ehud se ríe—. Me hubiera encantado estar ahí cuando Saril se fue de la lengua.

—Yo di gracias de que conmigo no hubiera querido joderlo —añade Darren.

Al parecer, Saril decidió no abrir su gran bocaza con Darren por si su nieto no hacía nada. No he tenido esa suerte, al parecer.

—No va a pasar nada con mi niñera.

—Ya, eso decía yo de la mejor amiga de mi hijo. —Darren y Ehud, los muy cabrones, chocan sus cervezas—. ¿Y qué estaba escuchando, que cuando te pusiste el auricular pegaste un bote?

—¿Lo viste?

—Todos vimos los auriculares de Meissa. Si ella los necesitaba, no íbamos a decirle nada. Sabes que Max también a veces necesita música para sobrellevar el mundo cuando este lo abruma.

Cierto.

—Estaba escuchando una novela romántica y me lo puse justo cuando el tío estaba metiéndole un pollón del tamaño de una estaca a la mujer —exagero.

Ambos rompen a reír.

—A mi mujer le ha dado ahora por los audiolibros. Le encantan. Le he regalado otro consolador más potente.

—¿Y tener sexo con ella? —pregunto.

—¿Me meto yo con tu decisión de no tener sexo con nadie desde que rompiste con Tara? —apunta Ehud.

—No lo haces, no.

—Pues no te metas —me pica—. A ella le gusta eso, y a nosotros nos va bien. No puedo quitarle esa parte excitante de su vida como si fuera un inseguro de mierda que necesitara que fueran para mí todos sus orgasmos. Ella es feliz, yo soy feliz, al resto que no lo entienda que le jodan. Ante todo, ella es mi mejor amiga.

Tiene toda la razón. Cambiamos de tema. Bonnie y Meissa no tardan en llegar.

—Estoy hinchada de pizza. —Bonnie se sienta sobre Darren y este la besa con ternura en el cuello.

Nunca tuve eso con Tara. Esa complicidad. Esa magia. Pero no lo vi hasta que la perdí y pasé el tiempo con esta pareja.

—¿Qué miras? —Meissa está a mi lado y me roba la cerveza—. Sabe a pis. Voy a por dos frescas.

Se aleja y, aunque no quiero, mis ojos vagan por sus piernas y por esa minúscula falda vaquera que lleva, que resalta su trasero respingón. No nos hemos quedado a solas, pero no he dejado de seguirla con la mirada cada vez que la he tenido cerca. Como ahora.

Cuando me giro, mis amigos me miran dejando claro que me han pillado.

—Iros a la mierda.

—En la mierda estás tú por mirar así el culo de la hermana pequeña de tu ex —apunta Ehud, y luego se ríe.

Tyre se acerca a Meissa. Es su primo hermano. Le dice algo y Meissa no le hace ni caso. Al poco se acercan más Landry, entre ellos el capullo que jodió a Max, Aomar. Tyre trata de controlar a los idiotas, pero no lo tiene fácil.

—Vamos, primita —le dice Aomar, ya bastante borracho—, queremos hacer una fiesta en tu honor en nuestro rancho. El mejor rancho del pueblo.

—¿Eso lo dices tú? —intervengo, y me miran—. Lo digo porque todos sabemos que el mejor es el nuestro, pero podéis soñar, eso es gratis.

—Ella es una Landry —dice Tyre—. ¿Acaso no tenemos derecho a hablar con nuestra prima?

Meissa no les hace caso, pero veo como retuerce las manos debajo de la barra. Parece impasible, pero ese signo de debilidad hace que no me separe de ella. Quiero coger su mano, pero eso no sería bueno ahora.

—Habla claro —le exijo a Tyre.

Él mira a Meissa. Le sirven las cervezas y ella se marcha. No le hace ni puto caso.

—Esto no acaba aquí, vamos a ser los mejores en las fiestas y eso hará que nuestro rancho esté por delante del vuestro.

—Lo estamos deseando. Y un consejo, Tyre, si quieres hablar con tu prima, no la acorrales así.

—Mi idea solo era decirle hola, pero el resto se sumaron a la fiesta como idiotas. —Se pasa la mano por el pelo, cansado—. Ya encontraré el momento.

Tyre se marcha. Ahora es él quien lleva el rancho de su familia. Porque es el familiar más directo del anterior dueño: su nieto, de hecho, pero como sus padres no se casaron, no le dio el papel que le correspondía.

Hace lo que puede.

El alcalde, para joder, o para, según él, darles vidilla a las fiestas, desde hace un año entrega el premio de mejor rancho del pueblo al que más venda en las fiestas. El año pasado ganamos por mucho.

Claro que Tyre aun no se hacía con el rancho. Este año lo tendremos más difícil, porque sabe mucho de esto y han cambiado mucho las cosas allí.

Meissa se remueve inquieta. Sus piernas se mueven, así que pongo mi mano en su rodilla y la acaricio. Se detiene. Subo la caricia para que se calme mientras nuestros amigos hablan. Algo debió de pasar con sus primos. No son los mejores, pero su madre era una de ellos. Sabía por Tara que no se llevaban bien, pero no sé el por qué. Porque la madre de Meissa vivió en el rancho antes de irse a la ciudad. Y Meissa, a pesar de todo, lleva el apellido Landry.

—¿Todo bien?

—Ahora mejor —responde sincera, y pone su mano sobre la mía.

Giro mi mano y cojo la suya. Su pequeña mano no debería encajar tan bien entre las mías. Darren propone jugar a los dardos y vamos hasta allí. Tyre se acerca.

—Nosotros contra vosotros.

Miro a Tyre y a Aomar.

—No quiero haceros llorar —respondo.

—Vamos, ahora que mi prima está en tu casa —dice Tyre—, debemos llevarnos bien.

—Ni ella te soporta —suelta Darren.

—Bueno, eso es por culpa de su madre y las tonterías que le metió en la cabeza. Vamos, no seáis cobardes. —Tyre busca los dardos y veo que solo es una forma de acercarse a Meissa.

Miro a Meissa, que nos observa sin perder detalle. Está nerviosa. Estar aquí la agita. Mueve sus manos, inquieta. Y busca algo en su bolso. Unos auriculares, seguro. Cuando los saca, Bonnie la mira atónita y luego coge uno de ellos y se ponen juntas a escuchar algo.

En el mundo de las novelas. Por la cara que pone Bonnie y cómo se sonroja, sé que he acertado. Ahora siento curiosidad por ese audiolibro.

—Podemos pasar de ellos.

—Quiero saber qué traman —respondo a Darren—. Algo maquinan, y son familia de Meissa.

—Lo descubriremos.

Tyre y Aomar empiezan a lanzar. La gente se pone alrededor a ver cómo competimos. Ver a los dueños de los dos ranchos más importantes jugando a los dardos llama la atención, sobre todo porque no nos soportamos.

—¿Eso es todo lo que sabéis hacer? —Aomar se ríe de nosotros, y eso que solo nos gana por uno.

La gente se ríe. Me toca tirar, miro a Meissa y la veo más cerca.

—¿Me dejas tirar? —Tiende la mano. Si perdemos, la victoria es de ellos.

—Eso no vale —protesta Aomar—, una Landry no puede ir con los del rancho Bennet.

Le tiendo los dardos y acaricio su palma.

—Confío en ti para cerrarles la boca —le susurro, y asiente.

Va hasta la línea de salida. Se pone los auriculares tras pulsar algo en el móvil. Solo ella y su mundo. Mueve el cuerpo. Parece que escucha música. Tararea una canción y la miro fascinado. Sonríe. Alza el dardo y, sin dudar, lanza y da en el centro. Tyre la mira con la boca abierta. Y más cuando hace lo mismo con los otros dos dardos.

—¡No vale! —grita Aomar—. Habéis necesitado a una mujer para ganar.

—Una Landry, además —lo pica Darren, y Aomar se pone rojo de ira.

—¡Quiero la revancha! —exige. Tyre solo la mira sin hacer comentario alguno.

Miro a Meissa, que parece agitada.

—No será esta noche. —Tiro de Meissa hacia la puerta tras hacer una seña a Darren de que me la llevo, y vamos hasta mi camioneta.

Abro la puerta y la hago entrar. Luego hago lo mismo y pongo música. Se quita los auriculares.

—Te debo de parecer idiota.

—No. Max, el hijo de Darren, cuando se agobia se pone los auriculares que lleva en el bolsillo. Es más sensible que el resto de las personas, y eso te abruma en según qué ocasiones.

—Sí, es algo así; tengo demasiado desarrollada la empatía y a veces me siento abrumada. Meterme en mi mundo me permite estar con el resto de las personas sin salir corriendo.

—Nadie te conoce mejor que tú misma.

—Ya, mi ex lo odiaba. Por él hice el esfuerzo de no llevar auriculares cuando quedaba con sus amigos o en el trabajo. Era mi jefe. Como tú, casi.

—No, porque a mí no me importa.

—Eso es cierto.

Nos quedamos en silencio un tramo.

—¿No te llevas bien con los Landry?

—Por lo que he visto, tú tampoco —responde.

—No los soporto, son unos idiotas. Y Aomar se metía con el hijo de Darren en el colegio.

—No los conozco, a pesar de ser mi familia. Mi abuelo repudió a mi madre cuando se quedó embarazada de un hombre casado. Sin boda no había nada. Mi padre no se portó mejor en ese momento. Pero se ocupó de que mi madre tuviera una casa y un trabajo. Luego, mi madre dijo que ya se hacía cargo ella, cuando yo era un poco más mayor. Mi padre me pasaba dinero, pero mi madre no quería tocarlo porque lo guardaba para la universidad, por eso me apuntó a aquel concurso de belleza. Mi padre se lo hubiera dado, estoy segura de ello.

—Sí. Cometió un error, pero tu padre no es mal hombre.

—Lo sé. Y, bueno, mi abuelo intentó hablar conmigo. Su hija estaba vetada, pero yo era una Landry y podía ser su heredera. Su otro hijo murió en un accidente por conducir borracho. Era el padre de Tyre. Y Tyre, como lo llamó mi abuelo, era un bastardo como yo, pero además de eso, un cabrón.

—No aceptaste.

—No. Pero dejó una cláusula en el testamento: si un día yo lo decidía así, todo sería mío; hasta ese día, el Landry más cercano a él se haría con todo. Mi madre dice que fue su forma de pedirle perdón por todo antes de morir. Y, además, de joder a Tyre por algún motivo.

—Entonces, Tyre está nervioso por si quieres reclamar tu herencia.

—Supongo que sí. Pero yo no quiero nada.

—¿No estás aquí por eso?

—No. —Parece sincera—. Estoy aquí porque cuando pensé en huir solo quería estar con Robin. —Se seca las lágrimas—. Quería que su luz me ayudara. Quiero a ese niño. Ni pensé en la herencia de mi abuelo. Aunque sí siento curiosidad por mi familia. Pero si todos son como ese Aomar, casi mejor me ahorro conocerlos.

—Pero esa cláusula va a seguir ahí.

—Sí. Yo solo quería un verano de paz y meditación.

—Bueno, pues me da que no lo vas a tener fácil. —Se ríe y me pierdo en los matices de su carcajada, sobre todo cuando le salen cerditos. Me río—. Admito algo: nunca creí que una Landry me cayera bien.

—Bueno, es que soy la mejor de todos.

—Eso sin duda. Y Tyre no lo está haciendo mal…, aunque no sé si me cae bien o no. Fue él quien me avisó de que Tara se había liado con uno de ellos. Y que hace tiempo se le había insinuado. Se lleva bien con Bonnie, y creo que esto hizo que se atreviera a contarme la verdad, a pesar de la enemistad.

—Bueno, tal vez no sea tan malo.

—Dale una oportunidad. A Bonnie le cae bien, pero no sabemos por qué.

Llegamos y salimos del coche, dirigiéndonos a la casa. Donde estamos solos. Nos miramos a los ojos siendo de golpe conscientes de que no hay nadie. Salvo nosotros. Mira mi boca y yo la suya. Sus curvas me llaman, y toda ella, como si fuera una llama prendida en medio de la oscuridad.

—Espera aquí. —Va hasta su cuarto y la espero agitado y nervioso.

Parezco un adolescente. No sé qué tiene ella que me hace sentir así. Regresa con un libro.

—¿Para qué quiero esto?

—Por si no puedes dormir… Es de un vaquero liado con su joven niñera.

—¿Ah, sí?

—Sí. —Se alza y me da un beso en la mejilla que me pone a cien —. Gracias por dejarme esa última tirada. Me ha gustado que confiaras en mí. —Sus ojos brillan con intensidad. Sería tan fácil besarla…—. Buenas noches, Lars.

—Buenas noches, Mei.

—Me gusta.

Se aleja y, como un idiota, la sigo. Entra, se gira y me pilla ahí, con su libro y una cara de tonto que seguro delata lo que sea que estoy sintiendo por ella.

No, esto no puede pasar.

Miro el libro y maldigo. Lo que me faltaba: una novela erótica de un tipo con su niñera. Aunque la descarto al principio, luego acabo por empezarla y la veo a ella entre las páginas. En cada una de ellas…, hasta en las que hacen arder.

Tengo un puto problema.

No, impensable, esto no va a pasar; es la hermana de mi ex.

Capítulo 9

Meissa



Salgo a media mañana cansada de estar en mi cuarto para evitar a un hombre sexi a rabiar, de intensos ojos dorados que parecen ver mi alma. Abro la puerta y no lo veo en el salón. La piscina me llama. A Robin lo recogerá Lars esta tarde en casa de mi padre. Ando hasta la puerta y la abro. Saco una toalla del cuarto de la piscina y cuando la voy a dejar en una de las tumbonas, veo a Lars haciendo largos en la piscina. Voy a irme cuando me ve.

—Vamos, el agua está muy buena.

—Sí, a eso iba.

Genial, ahora solo tengo que quitarme el vestido e ir hacia el agua donde él está casi sin ropa. No, esto no está saliendo como tenía planeado cuando decidí pasarme horas en mi cuarto leyendo para evitar situaciones incómodas.

Debería estar prohibido que alguien que es intocable te excite de esta forma. Tara nunca me perdonaría que tuviera algo, por pequeño que fuera, con su ex. A mí me parecería algo horrible si me lo contara alguna amiga. Pero luego miro a Lars y se me funden los sesos.

No lo pienses.

Me quito el vestido y voy a la ducha. Abro el grifo y me meto bajo el chorro de agua. Miro a ver dónde está Lars y lo pillo mirándome embelesado, de una forma en la que nunca he sido observada, como

si fuera la mujer más increíble que ha visto en su vida. Lo hace hasta que se da cuenta de que me está devorando con la mirada. Se gira y nada de nuevo. La ducha se detiene sola y voy hasta la piscina.

Me lanzo al agua evitando a Lars.

Mi cuerpo se sumerge en el agua helada y cuando emerjo, Lars está muy cerca de mí, sus ojos parecen más dorados que nunca y su pelo castaño, más oscuro. ¿Cómo pudo mi hermana mirarlo y no perderse en cada uno de sus matices?

—Hola —dice cerca.

—Hola.

—Tus ojos parecen dos pozos de agua. Nunca he visto unos ojos tan fascinantes.

—Gracias. Los tuyos no están mal. —Sonríe, y ese hoyuelo junto a su boca hace estragos en mi bajo vientre.

—Leí tu libro. —Se apoya en el bordillo—. Es interesante. Sobre todo las partes eróticas. ¿Seis polvos en una noche? —Me río—. Ahora entiendo por qué nunca estaba a la altura.

—A ver, no es real. Pero cuando lees, te gustan esos momentos excitantes. ¿Te dejo otro?

—Sí. —Me apoyo cerca y lo miro, solo eso—. ¿Qué pasa?

—Nada, mi ex decía que ese tipo de novelas no eran literatura y que eran solo para mujeres amargadas y aburridas. Empecé a leerlas a escondidas y a comprarme libros que nunca leía, porque si él estaba cerca me daba miedo que me hiciera sentir mal por leerlos. Me gusta leer en *ebook*, pero también me los miraba. Le gustaba tenerme controlada. Decía que era por mi bien, que él era mayor y sabía más de la vida. Por eso empecé a escuchar audiolibros. Él pensaba que escuchaba música y no se ponía tocanarices.

—Un gilipollas de manual, ¿no?

—Tal cual. Cuando rompimos me echó en cara que toda mi ropa de diseño era regalo suyo. Que le daba lástima y me la podía llevar. Metí en mi maleta toda la ropa que yo me había comprado y los libros. Lo que me recuerda que tengo que comprarme ropa.

—Tu hermana vendió su tienda. Tienen buenos precios.

—Con lo que le gustaba.

—Creo que a Tara nunca le ha gustado nada realmente. De todo se cansaba pronto.

—Menos de ti.

—Ya, bueno, eso sería cierto si ahora no me hubiera enterado de que llevaba años poniéndome los cuernos. —Centra su mirada en mí —. ¿Lo sabías?

—Lo sospechaba. Cuando venía a verme, antes de Robin no la veía en días, y cuando venía con Robin, me lo dejaba y se iba. Un compañero mío me dijo que había estado con ella, pero no lo creí. Pero cuando os separasteis até cabos. Lo siento, Lars.

—No pasa nada, ya no duele, o eso quiero creer. Si me duele es por Robin, porque él si la quiere. Yo ya no.

—Yo la quiero porque es mi hermana, pero nunca hemos sido grandes amigas. No como Bonnie y Gretel. —Vemos una mariposa volar cerca de la hierba que rodea la piscina—. Lo mismo odia que yo esté aquí. Le pregunté muchas veces por ti, pero no quería que me vieras. A veces sentía que era porque le daba envidia. Cuanto más crecía yo y más diferentes nos hacíamos, más odiaba que no fuéramos iguales.

—No te pareces a ella en nada.

—Ya lo sé. Lo dijo muchas veces.

—Es un halago, Meissa, y no me refiero solo al físico.

—No me conoces casi, Lars.

—Pero a ella, de toda la vida.

—Y a pesar de eso, te engañó. —Tarde me doy cuenta de que parezco una borde—. Lo siento, yo… a veces, si me relajo mucho, no tengo filtro.

—Tranquila. —Acaricia mi nariz con ternura—. No me engañó…, vi la verdad, pero prefería vivir entre tinieblas para no perderla. Y con un hijo, más. Quise que Robin fuera feliz.

Centra su mirada en un punto a lo lejos. Me pregunto si aún la quiere, a pesar de que lo ha negado. Me incomoda que la siga amando, y no sé bien por qué.

Nado un poco sola y Lars sale del agua. Cuando lo veo ir a donde ha dejado la tumbona, casi se me cae la barbilla al fondo de la piscina. Madre de mi vida. Qué cuerpo. El bañador negro se le ha

pegado al trasero. Y cuando se tira con la toalla en la cara veo la uve de su pecho bajar hasta su… Joder. Se me seca la boca. Es espléndido. Y me pilla mirándolo con la boca abierta.

Giro y nado para disimular. Él me miraba también con descaro.

Cierto, pero eso no me relaja. La atracción entre los dos está prohibida. Vetada. Solo complicaría todo.

Por eso, tras darme un largo baño, salgo cuando no hay rastro de él y luego voy a mi cuarto a ducharme y cambiarme. Comer está sobrevalorado. Puedo salir cuando no haya moros en la costa.

Toca a mi puerta a la hora de la comida.

—Te doy diez minutos para salir a comer, o entraré a tu cuarto y te arrastraré afuera.

—Lo mismo estoy desnuda.

—Nueve minutos.

—¡No ha podido pasar ya un minuto!

—Ocho.

—¡Para, Lars! —Abro la puerta y lo veo apoyado en la pared del pasillo, mirándome divertido.

—¿Ibas a salir a comer?

—No, tenía miedo de devorarte a ti con la mirada en vez de la comida —admito muy a mi pesar.

Lars procesa lo que le he dicho. Y yo me arrepiento de esta comodidad que siento a su lado que hace que le diga lo primero que se me pasa por la cabeza sin medir las consecuencias.

—Vamos, anda. No puedes vivir del aire.

—¿No te importa lo que te he confesado?

—No.

—Ah, bien.

—No me importa si solo nos miramos. No va a pasar nada entre los dos por muchas razones…

—Y la más importante: EX DE MI HERMANA.

—Exacto.

Vamos hasta la mesa del salón. Ha puesto el aire acondicionado y se está muy bien en la casa. Nos ponemos a comer como si nada. Como si no acabara de confesar que lo he devorado con la mirada.

Mi hermana decía que Lars era muy bueno. Que siempre estaba pendiente de ella, de que comiera, de que no se saltara comidas. Ella se quejaba de esto, pero decía que, cuando nació Robin, le vino bien que entre él y sus padres se ocuparan del niño. Lars quería más hijos, ella no. Me parece bien, si a él no le importaba.

—¿Qué te ronda por esa cabecita?

—Lo que mi hermana me contaba de vosotros duele más ahora que te estoy conociendo.

—No fue tu culpa, Mei.

—Lo sé, pero no merecías eso. —Los ojos se me llenan de lágrimas. Atrapa una con sus dedos—. Se me pasará.

—Es cierto que eres muy empática, ¿eh? —Acaricia mi mejilla y luego aparta la mano.

—Mucho. Y tampoco me di cuenta de que mi ex era idiota. —Me río y se ríe conmigo—. Somos lo peor.

—Bueno, ahora, además, podemos ser amigos.

—Amigos, eso me gusta. Nunca he tenido un amigo al que me follaría… ¿Puedes olvidar eso?

—No, me subes la moral. —Sonríe—. Aunque yo no quiero nada de eso con nadie. No quiero pasar por eso nunca más.

Sus palabras me dejan triste, aunque lo puedo entender. Se ha quedado destrozado tras lo de mi hermana. Es triste que siendo tan joven quiera cerrarse a esa posibilidad.

Seguimos comiendo en silencio y al acabar, tras dejarle otro libro, cada uno se marcha a su cuarto. Y, aunque leo sola en mi habitación, no dejo de pensar en él más de lo que debería.

Esta atracción me va a meter en problemas.

Capítulo 10

Lars



—¿Te soltó eso? —Estoy yendo con Darren hacia la zona de caballerizas.

—Sí, que era un amigo al que se follaría, como si nada. —Se ríe—. No te rías. Cuando me lo dijo, no sabía dónde meterme.

—Porque fue aterrador.

—No, porque por un segundo me imaginé cómo sería ceder a la atracción de los dos.

—Ya te dije yo que estabas en problemas.

—No va a pasar nada. En cuanto acabe el verano se irá. Le escribiré para saber que está bien y me alegraré por su felicidad lejos de aquí. Fin de la historia.

—Eso no te lo crees ni tú, pero puedes seguir soñando. Yo estaba en tu lugar hace dos años. Y al final caí.

—No soy como tú, a mí el sexo nunca me ha gustado más allá de complacer a Tara.

—Bueno, yo llevaba años sin sexo. Y tú también bastante tiempo.

—No, estoy bien así.

No dice nada, se queda callado y sé lo que está pensando: «Ya hablaremos en unas semanas». No, joder, esto no puede pasar. Solo es una mujer sexi de curvas de infarto que me calienta con solo una mirada. Cuando me mira siento que hay llamas dentro de mí bullendo con fuerza.

Tara fue mi primer todo. Nos acostamos la primera vez cuando éramos dos adolescentes hormonados y a pesar de eso no recuerdo esto. Esta capacidad de mirar a una persona y que lo que te rodea desaparezca mientras tiemblas como si, sin tocarte, te hubiera derribado todos los cimientos.

Nunca he tenido sexo de una noche. Tras romper con Tara, me centré en mi hijo y en el rancho. Y, teniendo en cuenta que el sexo con Tara me aburría la gran mayoría del tiempo, buscar algo así con alguien no me tentaba.

Pero entonces aparece Meissa, y cuando la miro siento aletear dentro de mí un fuego que quiere ser consumido.

—Estoy jodido —admito.

—Muy jodido.

—Eso, tú dame ánimos. —Se ríe.

Cuando llegamos vemos a Bonnie. Darren no la esperaba aquí y va hacia ella. Se besan de forma acalorada mientras espero.

—Como si no os hubierais visto en años —los pico.

—Cuando tú te acuestes con tu niñera ya hablaremos.

—El sexo está sobrevalorado y eso no va a pasar en la vida —respondo a Darren.

—Menudo órdago le has lanzado al destino —apunta Bonnie—. Has dicho «en la vida»… ¡Pues toma dos tazas de eso que no quieres! —Bonnie me abraza—. Te lo robo, Darren, quiero que me acompañe a mirar algo de la zona bio.

Darren nos dice adiós con la mano.

—No está yendo tan bien como esperábamos este año tampoco —admite Bonnie mientras caminamos.

—Ya sabíamos que al principio costaría.

—Ya, pero de cara a las fiestas del pueblo es importante que ofrezcamos calidad. Que consigamos clientes, y eso al final nos convierta en una marca destacada.

—Lo será. Max está trabajando en ello desde la distancia.

—Ya. Pero estoy nerviosa, y Darren también, y no quiero inquietarlo más.

—Y me necesitas como amigo para contarme tus penas.

—Me has pillado.

Max y ella hablan al menos una vez a la semana, pero es complicado. Max está feliz por ellos. Los quiere. Pero se le hace raro cuando ellos le hablan de sus cosas juntos. Eso hace que Bonnie se guarde muchas cosas para ella. Y cuando con un amigo no puedes ser tú mismo, algo se rompe.

Bonnie me ayudó mucho con lo de Tara. No me dejó hundirme. Cuidó de mí y, si me necesita, ahí estaré yo.

Llegamos a la zona de productos ecológicos, donde se preparan los quesos con leche de los animales que hemos traído a esta zona y que se están criando sin químicos ni nada que pueda alterar su crecimiento. Es la primera vez que hemos hecho queso ecológico. Tenemos también leche, yogures y frutas.

Tras lavarnos bien, nos ponemos las batas y vamos a probar los quesos. Están muy buenos. Bonnie me mira a la espera.

—No, está malo. —Cojo otro trozo y me da en el brazo.

—¡Eres tonto, Lars! Me has asustado.

—Irá bien. Todo irá bien.

—Voy a hacer membrillo. Va muy bien con el queso, ¿verdad?

—Verdad.

Sonríe emocionada y da órdenes.

—Esta tarde te robaré a tu niñera. —La miro curioso—. Vamos a ir a la ciudad a por libros, nos acompaña Delfina.

Delfina es la mujer de Ehud.

—Ehud le ha dicho que Meissa lee libros sexis y dice que ella conoce los mejores lugares para comprar libros sexis.

—Tú también lees de eso y nunca ha querido acompañarte.

—Eso pensé. A saber qué trama.

—Activaré mi lado detective. Aunque con Tara me funcionó fatal.

—Bueno, por si acaso.

Hablamos de las fiestas. De la feria y de todo lo que tiene preparado. Al acabar, regreso a mi trabajo y como algo en la zona de comidas. Hoy me toca a mí hacer más horas. Al llegar a casa, Robin sale corriendo y me abraza.

—Me voy con las chicas a comprar libros —dice Meissa desde la cocina—. ¿Quieres que te traiga algo de la ciudad?

La miro, con los ojos brillantes y esa camiseta atada en su cintura. Lleva un *piercing* en el estómago, una pulsera tobillera y las uñas de los pies pintadas de rojo. El lunar de su estómago me vuelve loco. ¿Qué quiero de la ciudad? Que vuelva pronto.

—Pásalo bien y no, no quiero nada.

No puedo querer nada, y menos a ella.

Se despide de Robin y se va a su coche. La veo irse con algo pesado en el pecho. Si me cuesta verla alejarse unas horas, cómo será cuando se marche para siempre.

—Va a volver pronto. —Robin me da unas palmadas en el bajo de la espalda.

—Pasas mucho tiempo con el bisabuelo. —Se ríe como un viejo y voy tras él.

Lo pillo y me lo como a cosquillas. Todo va bien hasta que Tara me llama para ver cómo está.

—¿Es cierto que mi hermana está ahí?

—Sí, lo hace muy bien.

—Claro, ella todo lo hace bien. Intenta no mirarle el culo. Sería muy asqueroso por tu parte. Parecerías un puto viejo verde. Aunque, con lo poco que te gusta el sexo, no sé para qué digo nada. Solo te pone cuando te provocan. —Se ríe. Robin me mira a la espera de que su madre pregunte por él—. Nos vemos. Dile a Robin que lo quiero.

Cuelga y tengo que romper el corazón de mi Robin en pedazos cuando ve que su madre no ha pedido hablar con él. Sale corriendo y da un portazo. Lo escucho llorar y me rompe en pedazos.

No se merece esto y siento que Tara lo ha hecho porque está celosa de su hermana viviendo en mi casa, y es su forma de castigarnos a todos usando al niño, que no tiene culpa de nada.

Capítulo 11

Meissa



Lars está raro desde el domingo. Cuando regresé, Robin ya estaba dormido y él, al parecer, en su cuarto. Me dejó algo de comer en la cocina con una nota. Cuando desperté el lunes, ya se había marchado. Le había dejado unos libros en la isla de la cocina con una nota que decía: «para ti». Había un «gracias» con su letra perfecta.

Aunque nos hemos visto para cuidar a Robin, no me mira. Lo siento lejos. Y no sé qué puede haber pasado para que haya esta frialdad entre los dos. Hoy es viernes y he quedado con Bonnie para ir al cine y cenar algo. Termino de prepararme y salgo de mi cuarto. Robin está con mi padre. Él y su mujer han venido a por él esta tarde y se lo han llevado. Les gusta estar con el pequeño y, como los fines de semana no trabajan, se quedan con él y así ayudan con la crianza. Sé que lo hacen para compensar que su hija no se haga cargo.

—Sí, está con tus padres… —escucho a Lars hablar en la cocina—, deja eso ya de una puta vez, Tara… No, no me he acostado con tu hermana. ¡La gente, que diga lo que quiera! Además, no te debo nada. Solo te sigo hablando porque tenemos un hijo en común. Si no, te juro que solo querría olvidarme de ti para siempre —Lars suena muy enfadado—. Tu hijo te echa de menos, y ni lo has llamado… Sí, ya, muy ocupada. Pero para llamarme para ver si es

cierto que estoy liado con ella sí tienes tiempo. Mira, tengo cosas que hacer y lo que haga con mi vida es cosa mía. Demasiado tengo con saber que te acostaste con medio pueblo mientras estabas casada conmigo, y a saber lo que hacías cuando ibas a la ciudad.

Cuelga y se pasa la mano por el pelo, cansado. Deja el móvil y noto que está nervioso.

Escribo a Bonnie y le digo que dejamos la peli para mañana, que Lars me necesita. Me dice «ok». Dejo el móvil en la entrada con el bolso y ando hasta la cocina, donde Lars se ha apoyado en la encimera para mirar por la ventana.

—Lars. —Lo abrazo por detrás. Se tensa un segundo antes de poner sus brazos sobre los míos—. No dejes que ella te haga más daño.

—No es fácil cuando Robin está en medio. No sé cómo hacerlo para que él no salga herido.

Tomo aire y aspiro su perfume. Ese olor a jabón, ropa limpia y bosque. Me encanta cómo huele.

—Yo no he salido tan mal, ¿no? Mi padre estaba, pero quien estaba ahí sí o sí era mi madre. Ella era mi puerto seguro. Con los años te das cuenta de que un padre será intermitente y otro fijo. Es una mierda, y seguramente dejó alguna secuela en mí, pero ahora soy adulta y no espero nada que no pueda darme cada uno de ellos. Robin es un chico increíble. Ahora echa de menos a su madre, pero un día simplemente aprenderá a vivir con ello. A menos que Tara cambie.

Se gira y nos miramos a los ojos. No dejamos de abrazarnos y soy muy consciente de como mi cuerpo encaja en el suyo.

—Siento que Tara no solo ha desilusionado a Robin en su vida.

—Bueno, era mi hermana mayor, ninguna de las dos tenía la culpa de lo que hizo mi padre.

—Tara no lo pasó bien con lo de tu padre. Yo era su amigo. Cuando empezamos a salir decía que no confiaba en el amor para siempre, y cuando rompía conmigo cada dos por tres pensaba que era por eso. Que debía esforzarme más por demostrarle que yo era de fiar. La noche antes de la boda me dijo que tenía dudas. La convencí de que todo iría bien.

—No hiciste nada malo, Lars.

—Ya, bueno, nuestro matrimonio no iba bien. Yo tenía mucho trabajo, me esforcé duro para que pudiera tener su tienda. Y eso hizo que los primeros años casi no pasara por casa. Y ella me lo echa en cara.

—Lars, ¿sabía que lo hacías por su sueño?

—Claro que sí. Por eso esperaba que, cuando tuviera su tienda, fuera feliz. Pero no lo era. Estaba cansada de trabajar. De tener esa responsabilidad. ¿Sabes que cuando conoció a Bonnie le encasquetó a Robin sin apenas saber nada de ella?

—No.

—Nos enfadamos. Luego resultó que Bonnie era de fiar y se quedó con el niño, pero no me gustó que, sin más, Tara dejara a su hijo con ella solo porque era amiga de Max.

—Ella decía que tú nunca te enfadabas.

—Sí lo hacía, pero no me ponía a gritar como ella, o a tirar cosas. Solo le decía que no me gustaba. Y, como le molestaba que no fuera de otra forma, salía y se ponía sexi para que otros hombres la tocaran y yo perdiera los nervios.

—Por celos.

—Para evitar que ella se arrepintiera al día siguiente de sus tonterías. —Se separa y va hasta la cristalera. Lo sigo—. Hace años que no siento celos ni nada. Pero antes de casarnos le juré que estaría ahí siempre.

—No querías faltar a tu palabra.

—Me esforcé por que fuera feliz. Pero tal vez debí ponerle fin a lo nuestro mucho antes. Le dije todo esto cuando ella quiso volver, a raíz de que Darren me hiciera su socio. Y no se lo tomó muy bien.

—Conozco lo suficiente a mi hermana para saber que le molestó no tenerte llorando por ella.

—Sí. Seguramente. Entonces empezó a salir más. Y pedí la custodia íntegra de Robin, porque ella no cumplía con sus custodias. El juez al cargo del caso lo aceptó y Tara también. Entonces se dedicó a pasar más tiempo fuera. Y no sé si es por mi culpa. Al quitarle totalmente la responsabilidad del niño, no se esfuerza.

—Y ahora te llama enfadada por si estamos follando como locos y tú te alejas de mí para que no lo use contra el niño.

—Me has pillado. No quiero, pero no quiero que Robin sufra más.

Hay dolor en sus ojos dorados y está perdido, muy perdido. Odio que la gente use lo que amas para hacerte daño. Mi madre nunca lo hizo; si mi padre quería verme, le daba facilidades. No era así con otros niños de mi clase. Me contaban cómo era estar en casa de sus padres cuando cada uno echaba pestes del otro. Entiendo a Lars mejor que nadie. Y a Robin.

—Hice una promesa a Robin de estar siempre a su lado —le digo —. Y no puedo cumplirla si por miedo a Tara me alejo. No pienso fallarle a ese niño, ni a ti. —Por sus ojos sé que no me comprende—. Los dos queremos a Robin; que tú estés bien lo hará feliz. No voy a abandonarte en esta cruzada. Duele menos si dos personas que aman tanto a ese niño luchan por su felicidad, ¿verdad? —Espero que diga algo, pero solo me mira y luego asiente—. Voy a preparar algo para cenar.

—¿Y tus planes?

—Otro día, hoy me necesitabas.

Ando hasta la cocina. No he dado ni dos pasos cuando tira de mi mano, me gira y me abraza con fuerza. Le devuelvo el abrazo preguntándome cuándo fue la última vez que este hombre fue abrazado con el alma. Tiene mucha gente que lo quiere, lo he visto, pero siempre mantiene las distancias. Si lo abrazan está ahí, pero empiezo a pensar que esta debilidad, esta necesidad de mostrar su vulnerabilidad sin miedo, solo me la ha revelado a mí.

—Voy a llamar a Tara…

—No hace falta —me dice agitado.

—Estoy de tu lado, vaquero, solo déjame que la llame. Tal vez le mienta. —Muerdo mi boca y no puede evitar seguir el movimiento de mis dientes sobre mi labio inferior.

—No hace falta.

—Quiero hacerlo. Estoy donde debo estar, lo sentí cuando entré en esta casa y abracé a Robin. Sois mi familia también y no voy a alejarme.

Noto algo liviano en mi pecho ante esta verdad. Ellos son parte de mi mundo, porque Robin me importa y que su hogar sea estable lo es todo para mí ahora.

Busco el móvil y Lars se apoya en la encimera de la cocina.

—Qué raro, tú llamando —me dice Tara cuando descuelga.

—Ya, bueno, he salido por el pueblo con Bonnie y he escuchado rumores que me han agobiado un poco, y quería llamarte para aclarar las cosas.

—Me han llegado esos rumores, sí. La verdad, no esperaba eso de ti.

—Es que no son ciertos. No estoy liada con Lars. Solo estoy cuidando a Robin.

—¿Y por qué?

—Papá pidió el favor a Lars, ya sabes lo del aborto. No estoy en mi mejor momento. —Agacho la mirada, incapaz de soportar la pena en los ojos de Lars—. Papá pensó que estar al lado de Robin me aliviaría. Y también porque así no estaba en su casa. Sabes que tu madre me quiere, pero la pongo nerviosa, porque le recuerdo el momento de debilidad de su marido.

Es triste, pero cierto. Me quiere, pero cuando me mira, a veces siento como si quisiera que tanto yo como ese error de su marido desapareciéramos.

—Ya, sí, es cierto, mi madre te quiere, pero mejor lejos, y en cuanto a lo del bebé, eres muy joven para que un niño te joda la vida. —Algo se rompe en mi pecho ante la frialdad con que trata mi aborto, como si no me tuviera que doler. Como si mi sufrimiento fuera infundado. Odio esto, por eso casi nadie lo sabe.

A ella se lo conté, pero no comentó nada. Pero ahora lanza lo que piensa como si ya no me doliera.

—Bueno, como sea, no estoy aquí por tu ex. —Alzo la cabeza sin importarme que Lars vea mis lágrimas—. A mí tu ex no me parece nada sexi. —Lars emite una media sonrisa, sabiendo que miento. Para mi desgracia, se me ve todo en la cara.

—Ya, bueno, me dejas más tranquila. Es muy viejo para ti.

—Claro, demasiado experimentado.

—Es un soso en la cama, aunque en la vida también. No te pierdes nada. Búscate una polla joven, es lo que hago yo, y olvida el pasado. Te dejo. Nos vemos, adiós.

Cuelgo y sé que Lars ha escuchado todo.

—¿Te importa si me tomo un momento para mí?

—No, para nada. Y gracias por todo.

—Así nos dejará en paz.

—A costa de tener que sufrir tú por su frialdad.

—Bueno, la gente es así. Pocos entienden tu dolor.

Ando hasta mi cuarto para cambiarme y tomarme un momento. Al poco escucho música que Lars ha puesto en el salón, seguramente para animarme. Para que mis fantasmas no me atrapen. Yo lo cuido a él, y él me cuida a mí.

He tomado la decisión correcta.

Capítulo 12

Lars



Preparo algo de cena de picar y la dejo en la mesa de centro junto a los sofás, esperando a que Meissa salga de su cuarto. Tara me dejó derrotado y llevo días huyendo de su hermana para no empeorar las cosas. Cuando la escuché mentir para protegernos a Robin y a mí de la madre del niño, me di cuenta de lo ridículo que es todo. Yo estoy aquí, al lado de mi hijo, luchando por su felicidad. Dejándome la piel para que no sufra por la ausencia de una madre que ha decidido vivir su vida a costa de todo. Y a pesar de eso, me alejé de Meissa. Tenía miedo y ahora estoy cabreado. Muy cabreado. Tengo derecho a seguir con mi vida. A vivirla como me dé la gana, y no pienso dejar que nadie vuelva a hacerme sentir mal por cuidar a Robin con toda mi alma.

Meissa sale de su cuarto con un vestido deportivo sin mangas, más cómodo que la ropa de antes, con la que se iba a a pasar la noche con Bonnie. Darren me ha dicho que están muy unidas, que tienen muchas cosas en común. Y ha dejado todo eso por mí.

—No me gusta tu cara. Pareces cabreado con la vida.

—Deberías estar de fiesta con tu amiga, y no aquí por culpa de…

—De mi hermana, y bueno, te echaba de menos tras una semana pasando de mí. Así recuperamos el tiempo perdido y las vistas no están nada mal, grandullón. —Sonríe coqueta.

—Nada mal —digo perdido en ella.

—Pues eso, disfrutemos de la noche, y cuéntame todo lo que has hecho estos días. Me has ignorado y no me gusta. Nunca más, o te juro que te retuerzo las pelotas.

Por cómo lo dice, frunciendo el ceño, no puedo evitar reírme. Joder, a su lado me río más de lo que recuerdo. Me tira un cojín que atrapo en el aire.

—Vale, ponemos una película y hablamos.

Nos sentamos cada uno en un sofá. Le dejo a ella el de tres plazas.

—Estás muy lejos. —Hace señas a su lado.

Gruño, pero me levanto. Cuando me siento, me pasa el cuenco de patatas.

—Vamos, pon lo que sea, no le voy a hacer caso —admite cuando dudo entre una película y otra.

Pongo una.

—¿Qué quieres que te cuente?

—Todo, por supuesto. Ahora somos compañeros de equipo y entre compañeros no hay secretos.

—¿Y eso quién lo dice?

—Yo, son mis normas. Siempre puedes salir corriendo de estampida. —Por cómo aparta la mirada sé que es como Robin: busca cariño de quien quiera darle todo.

No me había fijado en que ella necesita más este equipo que yo.

—No voy a irme. Yo tampoco voy a irme a ninguna parte. —Aparto el pelo de su cara. Pretendía ser un gesto cariñoso, pero tocarla siempre es un error. Me hace desear cosas para las que no estoy preparado.

—Vale. Y ahora, habla, me gusta escucharte.

Le cuento todo lo que he estado haciendo y me hace preguntas. Luego me habla de su empleo anterior. Trabajaba en una empresa de mensajería, en la parte administrativa. Ahí conoció a su ex, que era el jefe de esa sección. Ella acabó la carrera de Ingeniería Informática y llevaba toda esa parte en la empresa, primero como becaria, y luego se ganó un puesto fijo.

—No era feliz allí —admite cogiendo una chuchería—. Me faltaba algo. Lo bueno es que trabajaba sola en mi cubículo con la música

puesta.

—Pues a Bonnie le vendría bien tu ayuda para la web de productos ecológicos que quiere lanzar al mercado.

—La miraré. En mis ratos libres puedo sacarme un dinero extra para cuando me vaya. —Se apoya en el respaldo y mira el techo.

Es preciosa y me cuesta mucho no tocarla. La necesidad de sentir su piel es fuerte.

—Puedes quedarte aquí hasta que sepas a dónde ir.

Se gira a mirarme. Estoy perdido. No sé cómo mirarla y no delatar lo que me produce observarla. Estoy temblando, tal vez de miedo, o de algo más fuerte que no acierto a controlar.

—Gracias, Lars.

—De nada. Y ahora, ¿qué más quieres que te cuente?

—Que me digas si te leíste los libros que te dejé.

—Sí, están muy bien, pero el tema del sexo me parece un poco fantasioso. —Se ríe y me río con ella.

—Lo sé. En mi vida nunca he tenido un sexo así, explosivo y de los que te ponen los pelos de punta. Por eso me gusta leerlo en los libros; es como sentir por un momento cómo sería de perfecta la vida si el sexo fuera así de increíble.

—Yo, ahora, en lo que menos pienso es en el sexo.

—¿Ni un poco? —Me mira coqueta y, por un segundo, sí imagino mi boca en la suya y su cuerpo perfecto sobre el mío—. Ni se te ocurra decir que no. He visto tu mirada hambrienta.

—Vale, pero no voy a ceder. Estoy cansado de luchar contra corriente, no me apetece a estas alturas complicarme la vida con nada. Ni con sexo, ni con amor, ni con una historia. Solo quiero disfrutar de mi hijo…

—Y morir solo y olvidado. Lo pillo. —Me da un golpe en el pecho —. Sigues vivo, Lars. Vive. Solo necesitas tiempo para dejar de tener miedo. Yo he pasado por eso.

—¿Cuándo?

—Cuando el primer chico se interesó por mí, pensé que, si mi padre fue un cerdo, por qué no iba a serlo él. No fue mi mejor historia y cuando me di cuenta rompí, le pedí perdón y llamé a mi

padre para decirle todo lo que llevaba dentro. Entonces me contó lo que había pasado y por qué engañó a mi madrastra.

—¿Me vas a dejar así?

—Claro que sí —me pica, y coge chocolate—. Prométeme que no se lo contarás a nadie.

—Puedes confiar en mí. Pero si no quieres contarlo, lo respetaré.

—Lo sé. Él estaba destrozado porque su mujer le contó que antes de la boda se había liado con un *stripper*. Eso los separó. Estaba tan destrozado que empezó a ir al bar donde trabajaba mi madre. Ella lo escuchó. Le dio consuelo y le dijo que debía entender que, si su mujer se lo contaba ahora, era porque lo quería de verdad. Porque si no, no tenía caso contar algo así. Entonces mi padre besó a mi madre. Y se les fue un poco de las manos. Al día siguiente, los dos se arrepentían, y él se lo contó a su mujer. No habían roto, pero estaban rotos. Le dijo que quería olvidar todo y luchar por ella. Ella aceptó y, cuando mi madre se enteró de que estaba embarazada y se lo contó, mi madrastra solo pidió que, para poder seguir adelante, no quería que estuviera en el pueblo, pero que nunca se iba a interponer en la crianza de su hija. Y cumplió. Siempre ha sido cariñosa conmigo.

—La verdad es que no lo esperaba.

—Ni yo. Había pensado lo peor de mi padre, sin pararme a pensar en toda la historia, y me quedé con el amor que se tenían ellos. En cómo, a pesar de todo, lo habían resuelto. Quise creer que ese amor existe. Y me di otra oportunidad para amar de nuevo. Tardé años, no fue hasta mi último ex. Y ha resultado un capullo. Pero estoy orgullosa de mí. Porque, a pesar de todo, lo intenté.

—Necesito tiempo. He dejado de creer que merezca la pena intentar ser feliz. Como si lo único que me hiciera feliz fuera que Robin lo sea.

—Eres joven, Lars. Y solo tenemos una vida. Robin será más feliz si tú lo eres. Lo sé por mi madre. Cuando ella se enamoró y la vi feliz, me sentí más viva que nunca. Como si no tuviera que cargar con su tristeza y con que su felicidad dependiera solo de mí.

—Tiempo. —Cierra los ojos y busca mi mano. Entrelazo mis dedos con los suyos. Deja caer la cabeza en mi hombro.

—¿Te molesto?

—Nunca.

—Se está muy bien aquí —murmura mientras se acurruca como un gatito. Creo que ni ella misma se ha dado cuenta de que lo ha dicho en alto. No comento nada, porque necesito tiempo para procesar todo. Ella me agita y remueve dentro de mí emociones que me ahogan. La quiero cerca. Tenerla así me da paz y a la vez me altera.

Cierro los ojos y disfruto de ella antes de que los pensamientos intrusivos de mi mente me recuerden las razones por las que estar tan bien a su lado es una pésima idea.

Capítulo 13

Meissa



Estoy en casa de Bonnie. En su despacho. Tiene uno enfrente del de Darren para trabajar en sus cosas. Lars me habló de la web y escribí a Bonnie ofreciéndome a ayudarla. En mi empresa yo llevaba el tema de envíos y eso es lo que estoy revisando: la forma de que los envíos no suban mucho los precios. Y, de paso, ajustando la web para que se vea de calidad.

—¿Cómo van las cosas con Lars? —Bonnie se sienta en la mesa.

—Mejor. Tara era el problema.

—Te lo dije. Los rumores del pueblo no paraban.

—Me apuesto lo que quieras a que mis primos son los causantes de esos rumores.

—No lo descarto. Quieren que te marches y si así lo logran, piensan que han ganado. Lo hablé con Tyre y me dijo que él no tiene nada ver, pero que no lo descarta, porque los Landry son así: no dan palo al agua, pero dan mucho por saco.

—No pienso irme tan fácilmente.

Ajusto unos códigos. Bonnie se marcha a la cocina y al poco regresa con membrillo y queso. Me lo da a probar con sus dedos para que no me manche las manos.

—Eso es muy sexi —le dice Darren desde la puerta.

—Pues no mires. —Bonnie le saca la lengua—. ¿Quieres un poco?

—De ti, siempre. —Bonnie emite una sonrisilla.

—Puedes ir a darle de comer. —Escondo la cabeza en mi ordenador—. Está muy bueno, por cierto.

Muy muy bueno.

Sigo haciendo mis cosas y miro el móvil de reojo. Lars llegó de trabajar, comimos y se hizo cargo del pequeño. Yo tenía la tarde libre y me vine a ver a Bonnie. Escribo a Lars:

Meissa:
¿Cómo vais?

Lars:
¿Nos echas de menos?

Meissa:
No, ni un poco.

Lars:
Qué lástima, porque nosotros a ti, sí.
Vamos de camino.

Algo late en mi pecho al saber que vienen hacia aquí. Sigo trabajando y cuando los escucho llegar salgo a verlos. Robin me abraza y Lars solo me mira. Y de qué forma. No quiere nada con nadie, pero cuando me ve me derrito por él por su forma de devorarme con sus ojos dorados.

—No podéis vivir sin mí.

—Bonnie nos ha escrito para que probemos algo nuevo —apunta Lars—. Pero no está mal tenerte cerca —dice al ver mi desilusión, acariciando mi mejilla.

—¡Ya habéis llegado!

Bonnie trata de arreglarse la ropa. Darren sale tras ella, sonriente.

—¡Tía Bonnie! ¿Qué nos vas a dar?

—Ahora lo traigo.

—Yo te ayudo —le dice Darren.

—Mira, ellos sí son como los de los libros —susurro a Lars.

—Doy fe. —Nos reímos cómplices.

Bonnie trae el membrillo y les da a probar. Yo cojo más y me chupo los dedos. Lars no pierde detalle de cómo entran en mi boca y los lamo. Siento como me caliento por la oscuridad de su mirada antes de apartar la cabeza.

—Delicioso —murmura Lars.

—Gracias, chicos. Creo que puede ser nuestro reclamo en el puesto.

Bonnie, más aliviada por la idea que ha tenido, nos habla de ella. Entro al despacho para trabajar un poco más hasta la hora de la cena, Robin se duerme en el sofá después de cenar, cuando estamos hablando de todo un poco, y de camino a casa de Lars me pongo en el asiento de atrás para que no se mueva y descanse.

Al llegar, entre los dos lo acostamos en su cama después de cambiarlo.

—Buenas noches, Meissa —dice Lars cuando salimos del cuarto de su hijo.

—Buenas noches, Lars.

Bajo las escaleras sabiendo que no deja de mirarme y por eso me giro, lo pillo y se marcha a su cuarto gruñendo. Cómo me gusta provocarlo. Entro a mi cuarto y pienso si solo son provocaciones o quiero que caiga rendido. Que me bese. Que me haga todo lo que prometen sus ojos dorados cuando me mira así.

No tengo respuesta para eso.

***

He bajado al pueblo con Robin para desayunar con sus abuelos. Estamos tomando tortitas.

—Se dicen muchas cosas por el pueblo —me dice mi padre cuando Robin se levanta para correr por la cafetería con su abuela detrás—. No quiero que ninguna de las dos sufra. Y, de ser cierto, esto haría daño a Tara.

—Solo estoy de paso, papá.

Quiero a mi padre, pero que anteponga la felicidad de Tara a la mía me duele. Y me recuerda que, aunque me quiere, yo soy el error que casi se cargó su vida perfecta.

—He hablado con Tara, le he dicho que todo es infundado, y ella dice que tú le contaste por qué estás aquí. —Mi padre coge mi mano —. No lo ves ahora, cariño, pero a veces es mejor así; un hijo puede complicarte la vida si no es con la persona correcta.

No creo que mi padre sea consciente de lo que acaba de decir; no lo es hasta que aparto las manos y me levanto.

—Lo entiendo, papá. Yo mejor que nadie sé lo que es ser un puñetero error.

—No quise decir eso…, yo…

—Lo sé. Sé que me quieres…, necesito un momento. ¿Os podéis quedar con Robin?

—Sí, claro, pero…

—Luego os llamo para ver dónde estáis.

Salgo casi corriendo y empiezo a andar sin rumbo. Tarde me doy cuenta de que estoy en el rancho de mi abuelo. En sus tierras.

—Si yo sabía que querías algo. —Tyre aparece montado a caballo —. Vaya cara de mierda. —Se acerca—. Sube, primita. Te enseñaré tu hogar.

No debería, pero acepto su mano, porque si Bonnie es su amiga no tiene que ser mala persona. Y además quiero huir, y este sitio me parece perfecto para no pensar en nada. Porque seguro que odio cada instante aquí y no pienso en mi corazón hecho pedazos.

Capítulo 14

Lars



No saben nada de Meissa desde esta mañana. El móvil lo tiene apagado. Le escribí para ver cómo iba todo y me dijo que Robin estaba con sus abuelos. No advertí nada raro hasta que he venido a buscarlo por la tarde. Y al parecer, nadie sabe nada de ella desde esta mañana.

—¿Y no habías pensado contarme esto antes?

Cuando me dijo que Robin estaba con mis exsuegros pensé que era raro, pero ella es lista, si hacía esto era por algo. Ahora siento que debí seguir mi instinto.

—Le dije algo un poco feo —admite Ivar cuando su mujer se lleva a mi hijo a jugar al cuarto que tiene aquí para él, con todas sus cosas. Hay otro para Tara y otro para ellos. Ninguno para Meissa, aunque es parte de la familia.

—¿Qué le dijiste?

—Tara está preocupada por si tú y ella…, bueno, Meissa se ha convertido en una mujer muy sexi y estáis viviendo juntos. No pensé en esto cuando te pedí ayuda hasta que Tara me llamó y me dijo que los rumores decían que había algo entre vosotros.

—No hay nada entre nosotros.

—Ya, pero la gente habla y a Tara le hace daño. Le he buscado otro trabajo a Meissa. Por eso le propusimos quedar a desayunar. Le iba a dar la noticia. Y he alquilado un cuarto para ella.

—Porque ofrecerle tu casa, ni pensarlo. Ya entiendo.

—Lars, es complicado.

—Es tu hija.

—Hago todo lo mejor que puedo.

—Entonces, ¿si me caso y tengo hijos doy de lado a Robin, porque de golpe me jode mi matrimonio perfecto?

—Ella fue después. —Se pasa la mano por el pelo—. Le hablé de su aborto. Y le dije que era mejor así, que un hijo puede complicarte la vida si no es con la persona correcta.

—Eres un cabrón. Ella es la que menos culpa tiene de todo esto. —Nunca le he hablado así, tal vez a nadie adulto. Pero ahora mismo estoy ardiendo de rabia.

—Lo sé. Y la quiero, pero la vida se complica con un niño no deseado, aunque lo quieras.

Cada cosa que dice me parece peor. Cojo a Robin y les digo que nos vemos pronto.

—Lars, yo la quiero —me dice Ivar.

—Querer no es decirlo y sentir que con eso todo está arreglado; es demostrarlo, y esa joven ha vivido sola con su madre toda la vida. Y de su parte solo ha recibido las migajas. No os voy a prohibir nunca ver a mi hijo, pero cuida tus palabras con Meissa, porque ahora ella está bajo mi cuidado.

—Entonces, Tara tenía razón —apunta su mujer.

Sonrío sin emoción; que piensen lo que les dé la gana. Vamos a mi camioneta. Robin está muy callado. Yo también; no sé dónde puede estar Meissa. Estoy muy preocupado. La llamo y me coge el teléfono.

—Mei, joder…, ¿dónde estás?

—En casa. Me acaba de traer Tyre.

—¿Cómo?

—¿Está Robin bien? No pude quedarme, soy una irresponsable…

—Mei, lo dejaste con sus abuelos.

—Entiendo que me despidas.

—¡Para! —grito—. Entra en tu cuarto, date una ducha, ponte música y haz la cena. No tardamos en llegar.

—Vale —dice tras salir del círculo vicioso de autodesprecio. Cuelgo y miro a Robin.

—¿Vas a abandonarme si tienes otra mujer e hijos?

Mierda, hablé demasiado alto. Detengo el coche, salgo y me paso al asiento trasero junto a él. Lo cojo en brazos tras desatarlo. Me abraza con fuerza y llora.

—Eh, pequeño. Te quiero, eres lo más importante de mi vida. Y si alguna vez alguien me quiere a mí, no se ganará mi amor si no te quiere a ti también con todo su ser. —Me mira—. Somos un equipo indestructible: o vamos juntos, o nada.

—¿De verdad?

—De verdad. —Cojo su dedo como he visto hacer a Meissa con él para sus promesas—. Te lo prometo. Para siempre juntos.

—Te quiero, papá.

—Y yo a ti, pequeño. Eres lo mejor que me ha pasado en la vida y volvería a pasar por todo igual para tenerte conmigo.

Y es cierto. A pesar de todo, si volviera a nacer él sería lo único que repetiría. Lo dejo en su asiento, más tranquilo, y entonces empieza a hablar por los codos. Eso es síntoma de que está más relajado.

Al llegar a casa, Robin corre a abrazar a Meissa, que ha preparado la cena con los cascos puestos. Estos son grandes y rosas, inalámbricos. Se los quita y los deja en la isla de la cocina.

—¿Dónde has estado?

—En el rancho de mis primos. —No me mira y sé que es porque necesita espacio.

Nos lavamos las manos y cuando regresamos cenamos en silencio. Solo cuando Robin se duerme al fin, porque le ha costado, le digo que la espero en el cenador junto a la piscina.

—Leche caliente y galletas.

—Has cenado muy poco.

—Ya. —Se sienta a mi lado en el banco.

—Tu padre me ha contado lo que ha pasado. Me han dado ganas de partirle la cara.

—Me quiere, y es cierto. Yo le compliqué la vida.

—Sí, lo más fácil es culpar y joder al niño que no pidió nacer.

—Ya. Bueno, es complicado.

—No. No lo es. Estoy de tu parte.

—Gracias.

—Y ahora, dime cómo has acabado con Tyre.

Juega con la leche y come algo. Eso me alivia, porque en la cena apenas comió nada. Y seguramente no ha comido nada en todo el día. Quiero cuidar de ella, protegerla. Hoy lo he visto claro. Cuando su padre dijo eso, supe que no pensaba dejar que nadie hiciera daño a esta mujer.

—No sabía dónde estaba hasta que vi a Tyre. Me miró y al ver mi pinta me llevó a su casa, o lo que queda de ella. Está reconstruyendo el rancho. Tiene mucho trabajo por delante y muchos capullos a los que guiar. No me extraña que tenga miedo de que le quite todo. Ese lugar está resurgiendo gracias a él. Pero mi abuelo quiso castigarlo dejándome a mí todo. Mi madre me dijo que era mala persona, y ahora no tengo dudas. Tyre ama esas tierras, pero se las ha dejado sabiendo que yo puedo quitarle todo. Eso no se hace.

—Ya. No era buena persona, no.

—Tyre me dio algo de comer y me dijo que, si lo necesitaba, me daría cobijo. Tiene miedo de que le quite todo, pero a pesar de eso vi que era sincero. Que si lo necesitaba me abriría su hogar.

—Bueno, si lo ha dicho, será cierto.

—Sí. Luego me enseñó todo con su camioneta y me trajo aquí.

—Es tu primo hermano.

—Ya. No sé qué pensar de todo esto. Ahora solo quiero…

—Escuchar música —adivino por ella.

—No, escucharte a ti. Háblame de tu día, por favor.

Lo que siento en el pecho cuando ella me pide hablar para calmarse creo que es algo que no podré explicar nunca con palabras. Es algo cálido, que me reconforta y a la vez me hace temblar. Y le hablo, le cuento mi día mientras mi voz la calma como una melodía y se toma la leche con galletas. Cuando se queda dormida apoyada en mi pecho, solo la miro. La miro perdido en ella.

Yo no pedí esto. Joder, yo no quiero sentir nada…

Y sin querer sentir, la miro y siento miles de cosas latiendo bajo mi piel.

Capítulo 15

Meissa



Lo de tomar leche y galletas se ha convertido en una costumbre cada noche. Hasta el punto de que hoy estoy yo horneando galletas con Robin. Tras sacarlas, las dejamos enfriar. Lars vendrá más tarde, porque con las fiestas cerca hay más lío en el rancho.

Es viernes y Robin suele irse con sus abuelos, pero esta vez no. Mi padre me dijo que era mejor así, para evitar la tentación. Y todo por Tara. Como ella está preocupada, mi padre pierde los vientos por ella.

—Están muy buenas. —Robin me ha robado un par de galletas sin que me dé cuenta.

—Eres un ladronzuelo. —Se ríe.

—Me apetecía ir con los abuelos. ¿Por qué no me han llevado con ellos? ¿He hecho algo mal?

—No, nada, cariño. ¿Te apetece que prepare chocolate caliente con las galletas?

—¡Sí!

—Pues juega a algo mientras lo hago.

Fuera hace calor, pero en casa de Lars, con el aire acondicionado, se está muy a gusto. Y podemos dejar enfriar el chocolate. Lo preparo mientras llamo a mi padre.

—Hola, hija, ¿todo bien?

—No, nada está bien —susurro—. Estás poniendo a Tara por delante en todo sin medir el daño que podéis hacer al niño al rechazarlo.

—Te lo dije —dice su mujer.

—Solo quiero que…

—¿Que no me acueste con su padre? Lo has dejado muy claro, pero eso pasará si tiene que pasar. Que no es mi idea —matizo, y sé que miento. La atracción que siento por Lars es cada vez más fuerte —. Pero Robin está preocupado por si ha hecho algo mal. Priorizad las cosas. Si solo vais a hacer lo que os dice Tara, bien, pero no jodáis al niño. Cuanto antes asuma cómo serán las cosas ahora, mejor. Lo digo por experiencia, padre.

Cuelgo y, aunque me siento culpable, no le escribo para pedir perdón. No pienso dejar que nadie haga de menos a mi sobrino, y si para eso tengo que ser dura, lo seré.

Pongo música mientras hago el chocolate.

Al acabar, lo dejo templar mientras Robin juega con sus coches. Cuando me mira, sonríe y algo vibra en mi pecho. No puedo irme. No puedo irme de este pueblo. Si me voy, sufrirá. Noto los ojos llenos de lágrimas al tiempo que la puerta se abre y aparece Lars. Sonríe al ver a su hijo, pero cuando me mira se preocupa.

—Estoy bien —le digo, pero no me cree.

Nerviosa, busco mis auriculares en los bolsillos. Solo necesito música, y seré fuerte.

Tira de mí y me abraza cuando los auriculares se caen al suelo.

—¿Te acuerdas de la canción que cantábamos cuando tenías miedo?

—¡Sí! —Robin se pone a cantar y Lars se mueve conmigo en brazos.

Tomo aire, cada vez más calmada. Este hombre me está ganando pedazo a pedazo. Estoy aterrada. Sujeto su camiseta y cierro los ojos.

—Estoy mejor —le digo, y me separo. No me cree, pero asiente.

—¿Chocolate con este calor? —Lars lo prueba—Voy a darme una ducha fría y así puedo tomarme esto.

Robin se ríe. Preparo tres tazas y enfrío un poco la mezcla con leche de la nevera. Se queda espeso, pero más fresquito. Como un batido más espeso. Busco nata helada y se la echo por encima. Y rallo chocolate.

—¡Así es genial! —grita Robin, y mete la cuchara en el suyo.

Se pone perdido y, antes de que llegue Lars, su hijo ya tiene chocolate hasta en el pelo. Lars le dice que pare, pero Robin solo se ríe y mancha a su padre, que se acaba de duchar. Me río y los dos me miran de esa forma tan parecida. Lars me lanza una cucharada de nata a la cara.

—¿En serio acabas de hacer algo tan infantil? —Robin se ríe y hace lo mismo.

—Mierda, he creado un monstruo.

Robin se ríe y se pone a lanzarnos chocolate. Pone todo perdido. Cuando lo atrapamos, la casa es un desastre. Y con manchas de chocolate. Recogemos todo y nos toca ducharnos. No salgo a cenar. Le digo a Lars que necesito estar sola. Se hace cargo de todo mientras leo tranquila. Mi ex odiaba que hiciera eso. Que me aislara cuando todo me abrumaba. Lars solo me ha dicho: «Me parece bien, descansa, preciosa».

Es tarde cuando me llega un mensaje de Lars:

Lars:
¿Estás mejor?

Meissa:
Me he dado cuenta de que no voy a poder irme de este pueblo; nunca podré alejarme de Robin.

Lars:
¿Y qué te hace sentir eso?

Meissa:
Agobiada, perdida, agitada…, feliz.

Lars:
Es normal. Ve paso a paso, ¿vale?
Encontrarás tu sitio aquí.

Meissa:
Lo sé. ¿Estás leyendo?

Lars:
Sí, alguien me ha pegado esa
costumbre de leer antes de dormir.

Meissa:
¿Y si bajaras a mi cama a leer?

Lars:
¿Es lo que quieres?

Meissa:
Te necesito.

En cierta ocasión, mi madre me dijo que mi necesidad de decir lo que pienso algún día me metería en problemas, y cuando Lars entra en mi cuarto y mi cuerpo arde por él sé que es cierto. Porque hoy tal vez no le suplique que me bese, pero mañana quizás sea yo la que le bese, solo para ver si juntos somos llamas.

Lars

¿Qué hago? No lo sé, solo sé que cuando me dijo «te necesito» me puse unos pantalones de pijama y bajé la escalera tras coger mi libro. Ahora estoy ante la puerta de Meissa sintiendo que esto es una gran equivocación.

Debería irme, pero en vez de eso toco a la puerta y me dice un débil «pasa».

Entro y la veo sentada con la espalda apoyada en el cabecero de la cama. Lleva gafas para leer y el pelo suelto cayendo sobre sus

pechos. La respiración se le agita al observar mi torso desnudo. «Vete», me grita la voz de la razón, esa que llevo escuchando toda mi vida para demostrar que era el mejor en todo. El correcto, el chico bueno. Cuando has vivido con tus padres en un rancho dirigido por un hombre horrible, quieres demostrar que toda esa mierda nunca te atrapó. Me esforcé por ser un ejemplo para mi abuelo. Para mis padres. Para mí.

Por eso sé que esto está mal.

Y, a pesar de eso, voy al lado contrario de la cama y me siento como ella, apoyando la espalda en el cabecero.

Sonríe y apoya la cabeza en mi hombro. Pasa las páginas mientras yo trato de centrarme con ella cerca. La miro a la boca y, sin querer, puedo ver como el escote se ha abierto y sus pezones presionan contra la camiseta de tirantes.

Y qué pezones, sonrosados y duros.

Aparto la mirada y le subo la camiseta por el tirante.

Se da cuenta y se ríe.

—¿Se me veían las tetas?

—Bastante. —Se sigue riendo.

—¿Y te la han puesto dura? —Me mira y alzo la rodilla de su lado —. Lo he visto. —Toso incómodo—. Lo siento. —Cuando la miro está sonrojada, cortada, como si hubiera recordado que debe encerrarse en sí misma.

—Vale, me has puesto duro, te he visto las tetas, preciosas por cierto, vamos a leer y a olvidar esto.

—Vale. —Su frescura me encanta.

Se acomoda mejor y de nuevo me usa como si fuera una gatita en celo. Al final coge mi brazo, lo pasa por sus hombros y se apoya en mi torso. Y se queda ahí, leyendo, mientras yo solo la miro. Pasa un rato y se queda dormida.

Salgo de la cama. Le quito el libro y las gafas y apago la luz tras dejar una nota.

Subo a mi cuarto solo. La cama nunca me pareció tan vacía como esta noche.

Capítulo 16

Meissa



Mi primo toca a la puerta el lunes por la mañana. Robin está corriendo mientras trato de darle el desayuno. Tyre entra y le digo si quiere café. Asiente. Parece perdido y me da pena. Mi madre siempre ha contado cosas horribles de su familia, pero Tyre parece diferente, aunque todos dicen que es un mujeriego sin corazón. Yo veo algo en él. Espero no equivocarme, porque confío mucho en Bonnie y ella insiste en que no le dé la espalda.

—Dime qué pasa, grandullón. A menos que hayas venido al rancho de los Bennet para recabar información.

—No, si quisiera hacer eso solo tendría que hablar con algunos mozos de cuadra cuando están borrachos en el pueblo.

—Cierto. ¿Qué quieres?

Se pasa la mano por el pelo rubio y luego me mira con esos ojos tan parecidos a los míos. No me extraña que sea un rompecorazones, es muy guapo. Parece un modelo.

—El rancho es tan tuyo como mío, quiero que aceptes la herencia.

—¿Qué? No, no la quiero.

—Sé que no la quieres, y la verdad es que esa herencia solo trae problemas. Estamos en números rojos —admite, y veo el cansancio en él—. Pero sé que puedo levantar ese lugar.

—¿Por qué te importa tanto sacarlo adelante?

—Es el único hogar que conozco. —Siento que hay algo más, pero no indago—. No quiero invertir todos mis esfuerzos y que luego tú decidas que lo quieres. O tus hijos… —Cuando dice esto, aparto la mirada con pesar—. Lo siento, me he enterado de que tuviste un aborto.

—Joder, las noticias vuelan.

—Es un pueblo pequeño y cotilla. Pero es una realidad, Meissa. Tú eres la heredera, yo el sustituto hasta que tú o tu descendencia lo reclaméis.

—Y quieres que acepte la herencia, con sus deudas, y te nombre heredero.

—Cuando te conocí, sí, pero ahora quiero que hagamos esto juntos. También he oído que las ideas de la web del rancho Bennet son tuyas. Son muy buenas. Yo siempre he estado metido en el rancho. Tú has visto mundo. Necesito la mente de alguien que ha hecho algo más que criar caballos de carreras que nunca llegan a nada. Y de mil cosas más que se han perdido con el paso de los años.

—Lo estás haciendo bien, y tal vez yo solo sea un estorbo.

—Bueno, te he hecho una oferta. No te hago perder más tiempo. Pero ese lugar no va a echarse a perder.

Se marcha sin decir adiós. Parecía abatido. Es raro tenerlo delante y ver sus ojos tan semejantes a los míos. Nos parecemos más de lo que creía. Salvo que él tiene el pelo rubio.

Miro a Robin, que estaba demasiado callado, y me doy cuenta de que era porque ha empezado a pintar el sofá.

—¡Robin! —digo, y tira los rotuladores.

—Vaya, me has pillado. —Sonríe—. ¡Tachán! Es un regalo para papá.

Voy tras él y de nuevo lo tengo que perseguir por la casa antes de buscar en Google cómo borrar eso. Y, aunque no debería, no puedo evitar dar vueltas a la conversación con mi primo.

***

Es tarde cuando salgo a por agua a la cocina. Al entrar veo a Lars mirando hacia la calle. Se gira y me mira. Y entonces sus ojos me devoran. Bajo la mirada y veo que otra vez llevo solo una camiseta de tirantes y mis bragas de encaje negras semitransparentes.

—Mierda, no pensé…, no, desde luego no pensé. —Me entra la risa tonta—. Aunque no lo parezca, no quiero seducirte. Bueno…, eso lo puedo matizar. Porque, joder, ¿te has visto? Estás muy bueno, demasiado. Pero eres el ex de mi hermana y besarte lo complicaría…, no hablemos de follar… ¿Puedes darme un golpe en la cabeza a ver si me callo y esas cosas?

—No, me gusta que digas lo que piensas. ¿No te lo dejé claro en mi nota del otro día?

—¿Qué nota?

—La que te dejé cuando me fui de tu cuarto.

—Ah, no vi nada.

No decimos nada; nuestras miradas y la respiración agitada ya hablan por nosotros. Lars no lleva camiseta, solo un pantalón de pijama oscuro. Y, por lo bajo que lo tiene y la inexistencia de la goma de los bóxers, me atrevo a pensar que no lleva nada más.

Trago con dificultad.

—Quería agua. —Miro el grifo que está delante de él. Se aparta un poco.

Voy hasta él y nuestros pies desnudos se tocan. ¿Qué estamos haciendo? El idiota. Lo sé. Pero me inclino hacia él rozando mi culo con su pierna. Jadeo por el calor que desprende. Luego me tiende un vaso y lo lleno de agua. Bebo mirando hacia fuera. Tú puedes ver lo que pasa en el exterior, pero nadie lo que pasa dentro. Ya me he dado cuenta otras veces. Y es así en toda la casa.

Lo miro tras de mí reflejado en el cristal. Dejo el vaso en el fregadero y me giro.

—¿Por qué sigues aquí?

—Yo estaba primero —responde divertido.

—Cierto.

¿Esto no está bien?

Alza su mano y sube el tirante de mi camiseta.

—Al parecer, mis amigas quieren que las veas mejor. —Agranda los ojos y luego rompe a reír.

—Dios, eres única. —Coge mi cara entre sus manos y me acaricia la mejilla—. No voy a besarte, pequeña, pero no porque no quiera averiguar si tu boca sabe tan bien como me imagino. Es porque me da miedo dejarme llevar. Me asusta todo lo que me haces sentir. No quería sentir nada más que amor por Robin, y llegaste tú…, y ardo cuando te tengo cerca. —Acaricia mis labios con sus dedos—. ¿Me rechazarías si te beso?

—No.

—Lo sé. Y deberías. Por todas las razones por las que esto debería ser impensable.

No hacemos nada salvo sentirnos el uno al otro. Nuestros cuerpos están muy cerca. Sus dedos acarician mi boca mientras se imagina a qué sabrán mis labios.

Abro la boca y mete un dedo dentro. Lo chupo. Gruñe y lo mete más. Lo mojo con mi lengua mientras mi sexo se contrae y noto como la ropa interior se moja.

Casi no me toca, pero esto es sin duda lo más erótico que he hecho en mi vida. Cuando lo saca, pasa el dedo mojado por mis labios.

—¿Qué me haces, Mei? —Apoya su frente en la mía—. Me tengo que ir. —Hay lástima en su voz, y eso me hace sentir su lucha interna.

Se aleja reticente. Lo veo irse mientras trato de recuperar el control de mi cuerpo, que hasta hace poco era suyo. Todo suyo.

Capítulo 17

Lars



Llevo mi caballo hasta los lindes del rancho. Que, casualmente, limitan con el de los Landry. Pienso en volver cuando veo a Tyre acercarse a caballo. El otro día estuvo en el rancho. Dijo que venía a ver a su prima y lo dejaron pasar. Meissa no me ha dicho qué quería. Tampoco le he preguntado. No puedo meterme en su vida. Ella ya es mayorcita para hacer lo que quiera. Y ya es complicado resistirme a ella viéndola lo justo.

Desde la noche que leímos juntos no nos hemos quedado a solas. Salvo la imprudente noche en que bajé a por agua y ella salió de su cuarto medio desnuda. Desde que la vi andar hacia mí descalza, con esa ropa interior puesta y esos ojos cargados de deseo, supe que tenía un problema, y de los gordos. No besarla me costó la vida cuando sentí su lengua mojada acariciar mi dedo una y otra vez. La quería en la isla de la cocina, cubierta solo por mis besos.

Es como si, cada vez, todas las razones para no hacer nada se fueran desdibujando. Por eso me da miedo quedarme a solas con ella.

—Qué casualidad verte por aquí —me dice Tyre desde su caballo.

—Sí, venía a ver si todo estaba en orden.

—He mandado reparar las vallas para que no perdáis más ganado. Estaba revisando que hubieran hecho bien el trabajo.

—Al parecer, sí.

—No quiero problemas. No soy como el viejo. Quiero hacer las cosas bien. Pero en las fiestas os daré una paliza —dice sobrado, y luego se marcha.

De momento no tengo pegas con él, por eso lo dejamos pasar al rancho a ver a su prima. Lo que no sé es qué quiere hacer Meissa con él. Tal vez si no huyera de ella… El problema es que ella dice lo que se le pasa por la cabeza y me he dado cuenta de que me encanta escucharla. Y que me cuente todo, cada fantasía suya.

Mal, joder.

***

Voy al pueblo a ver cómo van montando los puestos para el rancho. Es tarde y Robin está con sus abuelos. Van a volver a quedarse con él los fines de semana. Robin se alegró, pero luego vi el miedo en su mirada. Odio que la gente adulta juegue así con un niño.

—¡Os dije que lo quería de otra forma! —Tyre se pasa la mano por el pelo, cansado, y sus primos se ríen.

—¡Vamos, Tyre, en verde moco es más bonito! —Aomar choca los cinco a otro.

—No lo quería así. ¡Joder! Voy a comprar pintura.

Aomar saca un porro y se lo enciende. Tyre se lo quita.

—¡Eh!

—Si quieres trabajar para mí, se acabó la droga.

—¡El viejo molaba más!

—Pues como sigas así, pronto le harás una visita.

Aomar se marcha y Tyre mira lo que han hecho: es un color verde horrible. Cojo la pintura negra que nos ha sobrado y la dejo a sus pies.

—No queremos ganar porque este color te espante los clientes.

—No pienso agradecerte la pintura.

—No lo hagas. —Me marcho, pero me llama.

—Tara es quien está difundiendo los rumores sobre mi prima y tú. No es trigo limpio.

—Lo he descubierto.

—Se lo dijo a una de mis primas y esta corrió el rumor. Pero como hagas daño a Meissa…

—¿Ahora vas de cuidador? No la conoces de nada.

—No tengo ni puta idea. Pero aquí estoy, al mando de esta panda de inútiles, y ella parece la más sensata.

Se pasa la mano por el pelo, agitado. Es más joven que yo, pero de golpe parece mayor.

—¿Te ayudo en algo?

—No. —Su orgullo le hace coger la pintura e irse.

Bueno, él verá. Reviso todo y el secretario del alcalde se me acerca. Habla conmigo como si fuéramos grandes amigos. Lo escucho a medias. Me parece un pelota de cuidado, y el alcalde es peor. No sale otro porque nadie quiere presentarse. Al regresar a casa estoy cansado. Entro y veo a Meissa en la cocina. Mi mirada va a toda ella. La devoro con los ojos sin poder contenerme. Intento evitarla, huir de ella. Y aquí estoy. Devorando cada centímetro de su piel descubierta. Cuando no estoy a su lado, no paro de pensar qué estará haciendo. Invade mis pensamientos más de lo que seguramente admita nunca.

—Hola, he preparado algo de cena. Luego me daré un baño. Te puedes apuntar. O puedes seguir evitándome para no comerme la boca.

Vale, ya me ha dejado noqueado.

—Voy a cambiarme.

Dice un débil «vale» y le pido desde la escalera que prepare la cena en el jardín, en el cenador junto a la piscina. Grita otro «vale» y me pregunto qué narices hago cuando me pongo un bañador y una camiseta. Si la quiero evitar, bañarme con ella no va a mejorar las cosas. Ni a aplacar mi calor.

El problema es que he visto el dolor en sus ojos cuando habló. El dolor de que la esté evitando, cuando congeniamos tan bien. Puedo resistirme a ella sin que tenga que pasar nada malo.

Bajo a cenar y termino de llevar lo que falta. Nos sentamos a cenar.

—He visto a tu primo Tyre.

—¿Y qué te ha dicho? El otro día vino para proponerme que fuéramos socios —cuenta sin más. Seguramente me lo hubiera contado antes, si yo no fuera tan gilipolllas—. Dice que él quiere hacer las cosas bien.

—He estado investigando. —Me mira curiosa—. Al parecer, Tyre siempre quiso cambiar cosas en el rancho. Tras la muerte de su padre, le dijo a su abuelo que, si no tomaban medidas, los Landry iban a acabar todos muertos por sus vicios. Pero el viejo se rio en su cara y le dijo que pensaba joderle la vida. A pesar de eso, al rechazar tú lo que te corresponde según el testamento de tu abuelo, todo ha recaído en Tyre.

—Como pariente más cercano al abuelo.

—Sí, aunque no lo aceptó nunca como nieto, porque su padre le dio el apellido, pero no se casó con la madre de Tyre. Y tu abuelo, a los que tenían hijos fuera del matrimonio les hacía la vida imposible. Pero, por si acaso, Tyre se sometió a una prueba de ADN tras la muerte de tu abuelo y ya nadie duda de que es su nieto.

—Yo también soy hija bastarda.

—Sí. Y Tyre trata de hacerse cargo…

—Con esa panda de primos inútiles.

—Sí, hay de todo. Hay algunos que son horribles, otros que no. Es tu familia.

—Como Tara, y últimamente no sé qué pensar de ella.

—Ni yo. Tyre me dijo que es ella la que está esparciendo los rumores sobre nosotros.

—No me sorprende.

—Siento que todo esto te haya metido en este lío.

—Yo siento más que me evites porque no puedes dejar de soñar conmigo desnuda en tu cama. —Me atraganto, toso y se levanta para ayudarme.

—¡Joder!

—Me pediste que no dejara de ser yo misma a tu lado. Encontré tu nota, se había caído y estaba debajo de la cama. No te preocupes, sé que es demasiado.

Busco su mano y la acaricio.

—No, lo dije en serio.

—Entonces, ¿por qué me evitas?

—Porque no puedo dejar de imaginarte desnuda en mi cama. —Se ríe por cómo lo admito—. No quiero que pase.

—Lo sé.

Seguimos cenando y luego recogemos todo. Podría irme a mi cuarto. Seguir evitándola. No me lo echaría en cara. Ella no es así. El problema es que no quiero. Quiero estar aquí, con ella. Y, por un momento, no me paro a pensar por qué, o si está bien o mal.

Va hasta las tumbonas y se quita el vestido. Hoy lleva un bikini. Puedo ver su precioso cuerpo escaso de tela. Ese cuerpo que me llama a gritos. Se gira y va hasta las duchas. Me quito la camiseta y me ducho a su lado. Ninguno de los dos oculta cómo nos devoramos con los ojos. Su forma de mirarme me hace sentir tremendamente deseado. Tara nunca me miró así. Ni yo a ella. Nuestro fracaso no solo fue cosa de ella. Fue de los dos. Cada vez lo tengo más claro. Forzamos lo nuestro hasta romperlo en pedazos.

Entro al agua y Meissa me sigue. Nadamos cada uno por nuestro lado hasta que se me tira encima para hacerme una aguadilla.

—¡Eres una cría! —le digo cuando salgo. Se ríe hasta que la hundo.

—¡Eso no vale!

Me lanza agua a la cara. Esto es lo más estúpido que he hecho en mi vida. Tiro de ella para que deje de echarme agua. La atrapo entre mis brazos y la pared de la piscina, donde solo yo hago pie, y ella decide enlazarme con sus piernas. Deja caer su cuerpo contra el mío. No sé cuál de los dos gime primero cuando nuestros cuerpos se chocan y no dejamos nada a la imaginación, ella me siente duro presionando contra la unión de sus piernas.

La miro. Está iluminada por la tenue luz de emergencia, de color azul plateado, que rodea el jardín.

—Lars… —Mi nombre en sus labios parece una súplica. Un ruego para que me deje llevar.

No besarla parece ir contra el universo. Es como si algo más poderoso que yo mismo me arrastrara hasta sus labios. No puedo detenerme, esta noche soy incapaz de recordar todas las razones por las que esto no está bien. Por las que solo complicará las cosas.

Por una vez en mi vida, soy egoísta.

Nuestras bocas se encuentran a medio camino la una de la otra, como si ella tampoco hubiera podido resistirse, o como si me hubiera leído las intenciones. Sus labios se amoldan a los míos. Son suaves y jugosos. Estoy perdido, lo sé desde el primer instante en el que dejarme llevar hace que me olvide de todo salvo de ella. Es como en los puñeteros libros. Por eso me separo para mirarla agitado, y por lo que veo en sus ojos, ella está sintiendo lo mismo.

Cojo su cara entre mis manos y la beso adentrando mi lengua en su boca. La suya sale a mi encuentro y se restriega contra la mía, lo mismo que su cuerpo. Ha empezado a subir y bajar contra mí.

Me está volviendo loco.

Esto es demasiado bueno.

Su cuerpo encaja con el mío perfectamente, y la acerco más a mí mientras sus manos están por todas partes y nos devoramos la boca como dos hambrientos. No me canso, quiero más. Necesito más.

Siento como mi polla presiona contra al bañador. Su cuerpo se resbala sobre ella. Está caliente. Muy caliente, a pesar del frío del agua.

—Lars. —La miro, agitado, nervioso y consciente por primera vez de que si sigo no podré detenerme.

—Lo siento. —Le doy un beso en la mejilla y me alejo de ella.

Me cuesta la vida hacerlo. Nadar como si nada y salir de la piscina sin mirarla. Me cuesta horrores, pero sé que es lo mejor. Seguir solo lo hubiera complicado todo, y tal vez no solo para mí. Para ese pequeño que quiero más que a mi vida y al que tengo que poner por delante de todo. Por primera vez entiendo mejor a Darren, cuando siendo los dos adolescentes, no quería hacer nada que no fuera cuidar y estar con Max. Yo era demasiado joven para entenderlo. Darren creció demasiado pronto. Este peso tan grande cuesta asimilarlo cuando eres adulto; para él debió de ser una carga muy pesada.

Entro a la ducha de mi cuarto y ni el agua fría consigue calmar mi cuerpo ni hacerme olvidar lo increíble que fue besarla.

Capítulo 18

Meissa



El beso con Lars no se me borra de la cabeza. No paro de revivirlo una y otra vez. Y en sueños es peor, porque en vez de solo besarnos, hacemos arder el agua de la piscina.

Besarlo puede complicarlo todo. Lo sé, pero no hacerlo me parecía ir contra natura. Y qué beso. El mejor de mi vida. Fue como acariciar el paraíso con los dedos. Nunca me había sentido así, como si flotara. Me estaba besando la boca, pero yo lo notaba por todo mi ser.

Es mejor que no dejemos salir esta atracción. Ahora tengo que ver la forma de ser amigos, callarme mi gran bocaza y no joderlo todo más.

Con mi ex lo hice; con él era comedida y callada, como él deseaba. Y eso, al final, me hacía estar siempre enfadada y molesta con el mundo. Porque, para encajar con él, no podía chillar en alto lo que quería. Qué idiota fui.

A veces las cosas nos pasan porque no vemos las señales hasta que nos estampamos. Mi ex no era para mí, pero yo ansiaba que lo fuera.

Fue un capullo, pero siempre lo fue. Le reí las gracias hasta que las dirigió hacia donde más me dolía y dije basta. A veces, cuando miro a Lars, siento que me entiende como nadie. Que no tengo que

explicarle cómo soy, o por qué. Por qué a veces no me callo, y otras soy la reina del silencio solo acompañado por mi música.

Nunca más. Nunca más voy a forzar las cosas.

Ando por el pueblo y veo cómo lo preparan todo para las fiestas. Voy hasta la zona de puestos y al fondo está Tyre, pintando de negro unos barrotes de color verde moco horribles. Los otros puestos tienen mucha gente, pero él está solo. Nadie lo ayuda. Voy hasta él y cojo una brocha. Me mira y no dice nada mientras pinto a su lado tras ponerme los auriculares y meterme en mi mundo. Sorprendentemente, me explica con gestos lo que espera de mí y le hago caso. No me pregunta, no me cuestiona, no me exige respuestas de por qué estoy aquí, a su lado.

Lo miro de soslayo cuando llevo un rato y veo en él muchas cosas parecidas a las mías. Es muy guapo, y tiene fama de mujeriego. Pero siento que hay mucho más. Nuestro abuelo debía de odiarlo y seguro que se lo dejó claro más de una vez. Yo tuve suerte de vivir lejos con mi madre. Pero él se quedó. ¿Por qué se quedó?

Guardo los auriculares en el bolsillo al cabo de un rato para escuchar a la gente.

—Sé que soy guapo, pero deja de mirarme o me vas a desgastar. —Le tiro pintura a los pantalones. Sonríe y eso le marca el hoyuelo. Yo tengo uno, heredado de mi madre y de mi abuelo, y él debe de tenerlo también por nuestro abuelo.

Seguimos pintando hasta que alguien me tapa la luz. Alzo la cabeza y veo a Lars con unas bolsas y bebida fresca. Lo deja todo en la mesa. Intento no mirarlo, pero es casi imposible no hacerlo y no recordar su beso. O su cuerpo pegado al mío, duro como una piedra donde el mío es blando y manejable.

—Ten. —Deja una botella de agua frente a mí y la cojo. Nuestros dedos se tocan.

Espero que aparte la mano, nervioso, pero solo me sonríe con calidez.

—Os he traído todo lo que nos sobra —apunta Darren, que llega con más bolsas—. Aquí tienes todo lo necesario para pintar y organizar esto. No pensamos ganar con ventaja.

—No hace falta —dice Tyre, agitado.

—Muchas gracias, mi primo y yo os lo agradecemos. —Le doy un codazo a Tyre.

—No pienso agradecer una mierda, pero si tú quieres hacerlo, es cosa tuya.

—Yo lo agradezco.

Lars sonríe y luego me dice que ha traído algo de comer. Le doy las gracias y nos miramos como dos idiotas que tratan de no devorar al otro, pero se mueren de ganas. Los veo alejarse hasta su puesto. Saco todo y le tiendo comida a mi primo. Gruñe, pero al final acepta comer algo.

—Se te nota mucho.

—¿El qué?

—Que te sientes atraída por Lars. —No lo niego—. Si aceptas un consejo, haz lo que te salga de las narices. Van a hablar mal de ti de todas formas. —Siento que lo dice por él mismo—. En este pueblo, la fama cuesta quitársela, y hagas lo que hagas la gente solo te ve como eso.

—No creo que sea así; la gente que de verdad te quiere no lo hace.

—Ah, ¿que existe gente que te quiere de verdad? Lo dudo. —Sonríe, pero la tristeza de sus ojos me parte el alma—. Vamos a seguir, primita. A menos que quieras irte. —Aunque aparta la mirada, he visto como mi respuesta le inquieta.

—No voy a irme, primito.

Saco los auriculares y le tiendo uno. Escuchamos música juntos mientras pintamos y arreglamos este lugar para que sea lo que él tenía en mente y no la chapuza que nuestros primos han hecho. Lars está al fondo y lo he pillado mirándome, porque yo también lo he mirado siempre que he podido.

—¿Quién se hará cargo del puesto?

—He contratado a unas personas. Eso sí lo tengo controlado.

—¿De verdad me quieres en tu proyecto? No me conoces de nada.

—Lo sé. Pero prefiero a los enemigos cerca. —Sonríe y sé que solo bromeaba—. No sé cómo eres, Meissa, pero quiero dar un salto de fe.

—¿Podemos ir el lunes por la tarde a hablar con tu abogado y lo pienso tras hablar con él?

—Claro. Entiendo que no quieres líos con los Landry. Somos lo puto peor de este jodido pueblo.

Se gira y se pone a hacer cosas. Tal vez algunos Landry sean así. Pero todos, me niego a creerlo, y al fin y al cabo son mi familia. Como Tara, me recuerdo. Sigo pintando y cuando acabamos es muy tarde. Llego a casa de Lars agotada. Abro la puerta y Lars se me acerca.

—Te he preparado un baño caliente en mi cuarto de baño…, y es solo para ti. No busco nada, Mei…, yo… —Lo abrazo. Me lo devuelve con cariño—. Solo quiero cuidarte.

—Lo sé. Sé que el beso lo complica todo, y tú no quieres nada con nadie.

—Es que no eres nadie, Mei, eres la hermana de Tara, y si doy un paso así, que puede traer consecuencias, quiero estar muy seguro. —Acaricia mi pelo.

—¿Podemos ser amigos? Odio que me evites.

—Podemos.

Me separo y le doy un beso en la mejilla antes de ir a prepararme ropa para disfrutar de un baño relajante. Entro en su cuarto de baño y veo que ha puesto música, velas y sales minerales. Somos amigos, solo amigos. Solo eso. Pero mi corazón va por libre y se ha montado una fiesta pensando en él.

Lars

No he perdido de vista a Meissa en todo el día y Tyre tampoco; ha pedido comida para ellos y se ha encargado de que bebiera. Y hasta mandó que le llevaran un sombrero nuevo que ha comprado para ella, en color marrón clarito. Todo esto, como si ella no le importara. Darren y yo coincidimos, tras hacerse cargo Tyre del rancho, que es diferente al resto de los Landry. Y, si tenía dudas, ver cómo cuida de ella las ha disipado.

Estuve con Robin un rato. Y hablé con mis exsuegros. De nuevo me han interrogado a propósito de Meissa.

—No saldría nada bueno de ello, y tonto no eres —ha dicho Ivar—. Yo, por supuesto, no lo aprobaría. Sería ya el colmo.

No dije nada; si no existiera Robin, me darían igual todos ellos y sus mierdas. Pero existe y tengo que tener claro todo antes de dejarme llevar por una simple atracción que me puede complicar la vida y hacerle daño a él.

—Ha sido increíble. —Meissa se sienta a mi lado oliendo a jabón, vainilla y flores.

No quiero mirarla, pero lo hago. Fracaso al ocultar lo que siento al ver su cuerpo solo con un vestido fresco de verano. Sus largas piernas morenas me hacen desear besarlas…

—Tyre no me parece mal tipo —empieza a decir—. Mañana iré a ayudarlo. Nuestros otros primos pasan, y me da pena. No sé por qué no tira la toalla.

—Tal vez porque los otros se sienten menos Landry.

—Tyre y yo somos primos hermanos. Hijos de los dos únicos hijos del anterior dueño. Pero el resto de los Landry son primos segundos, terceros y a saber qué más. Tyre me ha contado que a todos los llama primos, y tíos si son mayores. No se para a pensar en nada más.

—Cuando murió tu bisabuela el rancho empezó a perderse. Tu abuelo supongo que pagó las consecuencias de todo eso, se rumoreaba que su padre tras la muerte de su esposa lo pagaba con sus hijos. Muchos se marcharon de aquí y, al final, él se quedó a cargo de todo, pero fue un desgraciado hasta el día de su muerte. Nuestros ranchos, antes, no tenían barreras, estaban unidos. Aunque todo iba regular, porque se rumoreaba que, antes de morir, tu bisabuela se veía con el señor Bennet. Al morir no se confirmó nada, pero ambos hombres empezaron a comportarse de forma despreciable con sus hijos. —Y Darren pagó también esas consecuencias—. Tras el accidente del abuelo de Darren, la enemistad fue mayor. Ellos dicen que uno de los suyos murió por su culpa. La policía dijo que los tres estaban muy bebidos y con otras sustancias. Yo creo que solo buscaban una forma de enemistarse y

cerrar las fronteras. Hace poco nos enteramos de que usaron todo ese odio para hacer daño al hijo de Darren.

—Joder, qué familia tan ejemplar.

—Bueno, Darren y yo hemos sobrevivido a un mandato cruel y no lo hacemos mal.

—Nada mal.

—Dale una oportunidad a Tyre, creo que está tan solo como tú —admito.

—Lo he notado. ¿Y si me equivoco? Llevo años tratando de conseguir que Tara sea esa hermana soñada, y mira cómo está saliendo todo. La tengo poniéndome de guarra por el pueblo y, joder, tú y yo solo nos hemos besado. Al menos podría haberme follado al vaquero. —Me mira coqueta—. Sabes que bromeo, ¿no? —Aparto el pelo de su cara y le acaricio la mejilla.

—No bromeas, Meissa, quieres que follemos. —Bufa—. Pero entiendo lo que quieres decir.

—¿Ves por qué quería tenerte de amigo? Tú me ves.

Apoya su cabeza en mi hombro y sé que es cierto, la veo, y me encanta todo de ella. Y si la dejara, ella vería todo de mí.

Capítulo 19

Meissa



La abogada de mi primo nos explica que si yo acepto el testamento todo pasa a ser mío. Las tierras y las deudas, y luego podemos redactar lo que yo solicite. Una vez sea todo mío, puedo cedérselo a Tyre o quedármelo.

—Puedo cedértelo todo —le digo a Tyre.

—No es lo que quiero. Tú has visto más mundo que yo, ya te lo dije; quiero la visión de alguien que sea algo más que un ranchero. —Por cómo lo dice Tyre, siento que alguien le ha echado esto en cara más de una vez.

Nos explican todo y digo que lo pensaré. Llamo a mi madre con el manos libres de camino a la casa de Bonnie.

—Hola, hija. ¿Qué tal todo por allí?

—Revelador. ¿Sabías que tenías un hermano?

—Sí, aunque a lo mejor era solo medio hermano. —Sus palabras me duelen. ¿El amor se mide por la cantidad de sangre que compartas? Para mí, Tara es mi hermana, sin más—. No tuve trato con él, era un gilipollas.

—¿Y con su hijo Tyre?

—Era pequeño cuando me fui, será como su padre. Es quien ha heredado todo, porque se hizo esa prueba de sangre.

—Lo sé todo, mamá, y me ha pedido que acepte la herencia y que seamos socios.

—Mentira.

—No es mentira.

—Mira, hija, te quiero, pero cuanto más lejos estés de ellos, mejor. No te juntes con la familia. Solo les importan ellos mismos.

—A veces la gente cambia.

—Nadie cambia, cariño, la gente solo va a peor. Si te ha propuesto eso es porque quiere algo de ti. No te fíes, hija, te considero una mujer lista.

Por eso estuve con un ex idiota tantos años, pienso, pero no lo digo. Le digo que la quiero y detengo el coche cerca de la casa de Bonnie. En cuanto entro y la llamo, me grita que está en el despacho. Llego, le cuento lo que me ha dicho la abogada, y le tiendo los papeles para que los revisen los abogados de Darren, como me dijo. Se los podría dar a Lars, pero Bonnie se ofreció antes.

—Si te soy sincera, no sé qué haría en tu lugar. Y no tienes que decidir esto ahora. Date este verano para tomar una resolución, conoce a tu primo y, bueno, luego decide. Nadie te echará en cara si no haces nada. Y Tyre tampoco. A veces veo su verdadera personalidad cuando no la oculta y advierto su soledad.

—Ya, no puedo dar por sentado cómo es sin conocerlo. Voy a ayudarlo en las fiestas. En el puesto.

—Vas a ir contra mi queso con membrillo. —Sonríe—. A ver quién gana. —Me abraza—. ¿Qué vais a preparar como reclamo? La gente quiere probar cosas nuevas. Y así podéis meterles los demás productos. De eso me di cuenta el año pasado. Si ofreces solo queso, la gente se aburre. Pero si ofreces algo más, se acercan como moscas. El rancho de los Landry antes destacaba por los purasangres, tenían muy buenos caballos de carreras. También por sus panales de miel. Y eso sigue estando ahí. Podéis hacer algo con miel. Un dulce fácil de coger. No le digas a Darren que te he dado ideas.

—Tranquila, será nuestro secreto.

En seguida pienso en mis caramelos. Al regresar a casa de Lars, tomo notas de cómo hacer los caramelos con miel. Lars toca a la puerta de mi cuarto y Robin se cuela dentro y se tira a mi cama, revolviendo las notas.

—¡Robin! —Lars coge al trasto.

—No pasa nada.

—¡Caramelos! Me encantan tus caramelos —dice Robin mientras salta ilusionado.

—Estoy pensando hacer para las fiestas.

—Para la competencia. —Lars se apoya en el marco de la puerta, divertido—. Dime qué necesitas.

—Pues hay que fabricarlos, ponerlos en envoltorios llamativos… Y luego bandejas…, no sé. Si ofrecemos caramelos de la miel de flores de los Landry, tal vez la gente se acerque.

—Habla con Tyre.

—No, quiero hacerlo cuando tenga todo claro. El rancho no está pasando por su mejor momento y allí nadie arrima el hombro. Para Tyre esta feria es importante, el dinero que saca lo ayuda a mantenerse en el mercado. Quiero hacer esto por mi cuenta y luego darle facilidades.

—Te ayudaré en todo lo que pueda.

—Gracias.

—Pero si vas a hacer pruebas, pídele miel. La suya es la mejor del pueblo.

—Bien visto.

Miro todo ilusionada y con un propósito. Me hace feliz tener esto. Cuando miro a Lars, sé que sabe que me emociona hacer algo así. Por eso, tras cenar y acostar a Robin, se queda conmigo preparando todo. Me da consejos de venta. Miramos en internet cosas y me ayuda. Tenerlo cerca me da paz y alas a la vez.

Alienta mis ilusiones.

***

Tyre me lleva a donde tiene la miel para darme un poco. Veo los campos de flores y en lo alto de una pequeña colina, un columpio. Miro hacia allí.

—Este lugar es precioso.

—Lo es, sí. Y has tenido una buena idea. —Tyre mira todo lo que le he traído—. Pero no sé si dará tiempo a producirlo a tiempo.

Al final se lo he contado, porque creo que puedo hacerlo.

—Dará. Es hora de que los Landry se ganen el pan. ¿Confías en mí, primito?

—No…, pero casi.

Me da un poco de miel para mis pruebas y luego vamos hasta mi coche rosa. La gente nos mira curiosa y, poco antes de llegar, le digo a Tyre bastante alto:

—Si me hago cargo de todo, a todos lo que no arrimen el hombro los echaré. ¿Puedo hacerlo, verdad?

—Sí, yo no lo hacía porque me dan pena.

—A mí no me da pena nadie. Quien no trabaje irá a la calle. Haré limpieza de vagos.

Tyre me guiña un ojo, pillando mi juego. Luego me abre la puerta y cargo la miel y las flores que le pedí. Al llegar a casa de Lars me pongo manos a la obra. Rob y Saril están aquí para ayudarme en mis experimentos. Los primeros no salen muy bien. Dan asco, más bien. Esto es más complicado de lo que pensaba y al cabo de varios días me entra la ansiedad de no conseguirlo. Por eso, una de las noches me levanto de la cama y pruebo algo diferente. Mis caramelos eran de azúcar, sin más. Les metía a veces sabor, pero poco más. Al incluir la miel, se quedan más blandos.

—¿Qué haces? —Lars parece cansado; mañana madruga.

—He tenido una idea. Intentaré no hacer ruido.

Se acerca y se lava las manos.

—No voy a irme a dormir. Estoy contigo.

Sonríe y noto como las mariposas danzan en mi estómago. Estoy cayendo en lo que siento por este hombre, cada vez más fuerte, más denso. Mis ganas de besarlo se han multiplicado por mil y tenerlo cerca con todo esto me ha hecho conocerlo mejor.

—Gracias.

Probamos mi idea: por lo que he estado leyendo, la temperatura es la clave. Por eso he cogido el termómetro. Pongo dos partes de azúcar y una de miel. Luego un chorrito de agua, sin pasarme. Intento remover lo justo hasta que se ponga dorado, y va espesando y cogiendo color. Lo retiro a los ciento cincuenta grados. Y ahora, a enfriar. Y no tocarlo; creo que antes lo tocamos antes de tiempo, o

quizás le puse demasiada miel. Esto que he visto en redes debe funcionar. Y sobre todo es importante el termómetro, controlar el calor y no hacerlo a ojo.

Lars me tiende agua para entretener la espera y acaricia mi espalda mientras miramos la mezcla solidificarse. Me encanta que me toque y lo hace sin darse cuenta. Yo también le acaricio el brazo o, cuando me da algo, dejo mi mano más tiempo de lo que debería junto a la suya.

—Tiene buena pinta. —Giro la cabeza, estamos muy cerca. Parte un trozo de caramelo y lo deja en mi boca.

Está duro y delicioso, cojo otro trozo y lo pongo en su boca y, como dos masoquistas, nos vemos el uno al otro disfrutar del dulce sin caer en la tentación de besarnos. Apoya su frente en la mía, restriego mi mejilla con la suya y noto sus dedos clavados en mis caderas. Hablan de deseo y de miedo a caer.

—Lo he conseguido.

—Nunca dudé de ti.

Y ahí está, esa atracción que nos absorbe y nos hace desear lo que debería estar prohibido. Robin se despierta agitado y Lars se marcha. Recojo todo y me marcho a dormir. Y, aunque lo intento, no dejo de soñar con el hombre del que me empiezo a pillar a pesar de todo, a pesar de mis deseos y de que casi no lo conozco.

Voy a sufrir.

Capítulo 20

Lars



Observo a Meissa en el puesto de los Landry. Ha conseguido tener los caramelos listos a tiempo y hacerlos trabajar. Al parecer, amenazó con despedir a todos los vagos y por primera vez en mucho tiempo han empezado a trabajar. Tyre mira divertido como sus primos se ponen tiesos cada vez que ella anda cerca. Creí que nunca vería algo así. Si supieran que Meissa tiene un corazón enorme, seguro que no la tomarían tan en serio, pero de ella no saben nada, es la chica de ciudad que puede heredar el rancho y despedirlos. Tiene un lienzo en blanco para crear su historia aquí.

Y se va a quedar, ha empezado a mirar casas para alquilar. No va a irse. Saberlo me alivia. No la quiero lejos, pero es lo que siento cuando la tengo cerca. La necesito más cerca. Mucho más cerca. Voy a fracasar, un día cruzaré la línea, la volveré a besar y se irá todo a la mierda. Esa mujer me hace arder como nadie, y desear cosas que nunca me he permitido soñar. Incluso cuando yo estaba con su hermana. Porque Tara era mi mujer, pero nunca fue mi mejor amiga.

—Me encanta ver cómo saltan de miedo cada vez que Meissa los mira —apunta Darren.

—Es muy divertido —añado, mientras vemos a Meissa decirle algo a Aomar, que pierde el culo por hacerle caso. Darren saca el móvil y lo graba para que Max lo vea.

—Bueno, solo una Landry podía ponerlos rectos —esto lo dice mi abuelo—. Meissa se parece a su bisabuela, de hecho lleva su nombre. Al parecer, también ha heredado su mano dura. Tyre y ella son los más parecidos. Yo creo que por eso el abuelo de ambos odiaba tanto a Tyre, porque desde que su bisabuela murió empezó el infierno en los ranchos Bennet y Landry.

Ahora que lo dice, sí es cierto que Tyre y Meissa se parecen, pero el resto no tanto.

—Bueno, al menos ha implantado la mano dura —añade Darren.

Yo no lo veo como mano dura. Es que Meissa sabe lo que quiere y lo dice. Es clara y directa. Algunos lo ven como una debilidad, pero aquí decir lo que piensa es algo fresco. Les dice lo que hay y, si no quieren, tienen que cambiar.

Se gira y nos mira. Nos saluda feliz.

Esto le está dando la vida. Se la nota más feliz que cuando llegó.

Me gusta verla así.

Cuando la gente empieza a llegar, les dice a los Landry que sean amables. Y lo son, más les vale. Darren disfruta grabando todo cuando puede. La música en directo y la gente dan color a este lugar. A media mañana me acerco y les llevo algo de comer a todos.

—Una muestra de paz.

Meissa se me acerca acalorada. Pongo la mano en su frente.

—Estoy bien, solo sedienta. —Coge la botella y bebe dejando que el agua caiga por su cuello hasta su camisa amarilla sin mangas. Sigo el reguero del agua hasta sus pechos. Joder—. Deliciosa. —Sonríe hasta que advierte mi mirada hambrienta. Su respiración se agita—. ¿Bailarás esta noche conmigo, vaquero?

—Tal vez no sea prudente.

Asiente y miro alrededor inquieto. Tyre nos da las gracias por la comida. A la hora del almuerzo nos llega un pedido de comida de parte de los Landry y sé que ha sido cosa de Tyre. Una muestra de agradecimiento y paz.

—Quería darles una paliza —dice Darren por la tarde, mirando a Bonnie, que ofrece su queso con membrillo—, pero ellos necesitan más este premio para salir adelante. Yo sé lo que es tratar de levantar un rancho que se cae a pedazos.

—Bueno, seguro que sabes cómo distraer a tu mujer para que no atraiga más clientes.

Darren sonríe y se marcha a por Bonnie. Ella protesta, pero la besa de forma que se olvida hasta de su nombre. Me dice que les regale a todos queso y eso. Se marchan, y yo guardo el queso y el membrillo en el frigorífico para no usarlos.

Solo regreso a casa para cambiarme. Meissa iba a cambiarse en casa de su padre. Cuando regreso al pueblo, la gente se ha juntado en las mesas para cenar. Robin corre con sus amigos y al verme me saluda feliz. Busco a Meissa y la veo en la barra, con un vestido azul marino de topos blancos atado al cuello. Está preciosa y no mirarme es imposible. Sobre todo cuando se sienta al lado de Bonnie.

—Hoy os hemos ganado —afirma Meissa feliz.

—Bueno, quedan varios días. —Bonnie nos mira a Darren y a mí—. A ver si, con suerte, nadie se distrae.

—Tú la primera, ¿no? —la pico, y me da una patada por debajo de la mesa—. ¡Joder, Bonnie!

—Eso por idiota.

Disfrutamos de la cena y cuando la gente empieza a bailar, no dejo de mirar a Meissa hacerlo con algunos de sus primos, con Darren y con Tyre. Cada vez que gira feliz me busca. Sé lo que desea, y ella lo que deseo yo. Jugamos a hacernos los tontos mientras lo que sentimos no deja de crecer entre los dos.

—Solo un baile —me pide casi al final, cuando prácticamente todo el mundo está borracho.

—Solo uno.

La sigo y pasa sus brazos por mi cuello. Pongo mis manos en su cintura y bailamos juntos. Con la suficiente distancia entre los dos. Para que nadie note nada raro.

—Te deseo mucho, Lars…

—Mei…

—No voy a hacer nada, pero quiero que sepas que no dejo de pensar en ti, y en tu boca. De imaginarla por todo mi cuerpo.

Noto como el fuego me consume. Gira y cae sobre mi pecho.

—Me vas a matar.

—Solo quiero que lo sepas, aunque no pase nada entre los dos.

—¿Por qué quieres que lo sepa si no puede pasar nada?

—Porque a tu lado la verdad me hace feliz.

Feliz… No recuerdo la última vez que fui feliz de verdad. Sin dejarme llevar por lo que creía desear. Me obligué a ser feliz con Tara porque no esperaba amar a nadie como a ella. Feliz, qué fácil parece serlo y qué complicado experimentarlo de verdad.

La canción acaba y Meissa hace una reverencia.

—Creo que esa reverencia la debería hacer yo —respondo divertido.

—Ya, pero yo sigo mis propias reglas.

Se marcha, y Tyre le dice algo que la hace reír. No se junta con nadie más y, aunque Tyre tiene fama de estar siempre con unas y con otras, desde hace tiempo no se lo ha visto con nadie. Desde que se hizo cargo del rancho, pero los rumores no cesan; seguro que alguno hasta cuenta mañana que se ha acostado con su prima.

Es tarde cuando Meissa me dice que se viene conmigo, que está cansada para conducir. Casi lo prefiero; arreglé su coche, pero no me gusta nada ese trasto. Vamos hasta mi casa entre miradas largas y respiraciones agitadas.

—Mei…

—Solo te miro. ¿Acaso no puedo mirarte?

—Sabes que sí.

—Quiero ser egoísta. Todos dicen que follamos y es mentira. ¿Por qué no hacerlo real, y saber si todo sería tan explosivo como imagino?

—Para, Mei…

—Vale. Me callo.

¿Qué hago? ¿Ser como el resto? No, eso es lo que hacen los que no quieren ser uno mismo.

—No, joder, aunque me duela, habla, no te calles, mátame con tus palabras aunque no pueda hacerlas realidad.

—No quiero hacerte daño.

Llegamos y detengo el coche. Sale y la sigo dentro. Cierro la puerta y tiro de ella cuando hace amago de irse.

—Entonces hablaré yo. —La acerco a mí. No puedo resistirme.

Solo una vez, grita mi alma, grita tan fuerte que no puedo escuchar nada más.

—¿Qué vas a decir?

—Que no dejo de soñar contigo en mi cama y en cada parte de mi casa. Que lo mejor de mi día es cuando os veo a Robin y a ti, y cuando se acuesta mi hijo me quiero perder en ti. Me duele lo mucho que te deseo, y me matan las razones por las que te rechazo.

—Solo es deseo.

—No es un deseo común. Tú nublas mi juicio, preciosa.

—Ahora entiendo por qué me querías callada. Porque duele sentir y no poder hacer nada.

El dolor en sus ojos es insoportable, por eso la beso y mando a la mierda todo.

Capítulo 21

Meissa



Nos devoramos andando a tientas por la casa, y al final me sube a la encimera de la cocina y abro las piernas para acogerlo entre ellas. Lo deseo tanto que duele. Siento el cuerpo pesado y agitado. Lo necesito todo de él, y si no me lo da siento que me muero.

—Lars…

—¿Qué quieres, pequeña?

—A ti, por todas partes. —Cojo sus manos y las paso por mi cuerpo hasta mi sexo—. Te quiero aquí.

Mueve su mano sobre mi ropa interior húmeda. Mi sexo está hambriento de sus atenciones.

Tal vez esta locura solo nos dure unos instantes, por eso lo doy todo. Llevo mi mano al lazo de mi vestido en el cuello y dejo caer caer la tela. Mis pechos están erectos y pesados. No llevo sujetador.

—Eres preciosa. Jodidamente preciosa.

Pasa los nudillos por mis pezones y noto como se ponen más duros. Pasa las manos callosas por ellos mientras contoneo mi cuerpo para frotarme contra su duro miembro. Me excita saber que está tan duro por mí.

—¿Quieres montarme?

—¡Sí!

Baja su cabeza a mis pechos y atrapa uno en su boca y luego el otro. Succiona y muerde con la presión justa. Lee en mis jadeos, en

cómo mi cuerpo se agita por él. Me lee como ya sabía. Sabe verme, sin necesidad de mapa.

—Lars…

—¿Estás muy mojada, pequeña?

—Mucho, quiero tus dedos en mi sexo ya. —Se ríe.

—Eres muy exigente. ¿Qué más quieres ahí?

—Muchas cosas, pero me muero por tu boca. —Gruñe. Y, por su mirada, es evidente que le gusta mi petición; mis ex lo odiaban, eran ellos y nadie más—. Te aviso que todos lo han hecho de pena y nadie ha conseguido que me corriera con su lengua. ¿Aceptas el reto de ser mejor?

—¿Y de borrar a todos esos capullos de entre tus piernas? —Sube las manos y baja mis bragas empapadas—. Acepto el reto. Ahora, abre las piernas para mí, cariño, que vea lo mucho que me deseas.

Tiro de su camiseta y se la quita mientras yo abro las piernas y el vestido se queda hecho un trapo en mi cintura. Le gusta lo que ve, cómo me lo cuido. Pasa los dedos por mi montículo y luego abre los pliegues.

—Eres una diosa, Mei. Y estás tan mojada por mí.

—Solo por ti. Cada día. —Gruñe—. He tenido que darme placer cada noche para aplacar mi fuego.

—Vas a matarme. —Llevo mi mano a mi sexo y la paso por él—. ¿Así te tocabas?

—Así, pensando en ti dentro de mí. —Jadea y me besa mientras sus dedos tocan mi sexo.

Siento cómo recorre mi carne sensible. Mete un par de dedos en mi sexo; en la casa solo se escuchan nuestra respiración y nuestros jadeos. Y esos dedos entrando y saliendo de mi mojada vagina.

—Lars…, tu boca.

—¿No te gusta que te lleve al límite?

—Y yo que creía que el sexo te aburría.

—Y lo hacía, hasta que te conocí.

Abre más mis piernas y me mira, lista para él. Luego juega conmigo hasta que no puedo más. Le suplico, pero por su risa torcida adivino que le gusta tenerme así, lista y dispuesta para sus juegos.

Acerca mi cuerpo al borde de la encimera y luego acerca su cabeza y me da besos por los muslos. No deja de besarme. Le suplico.

—Estás muy guapa cuando suplicas.

—Y tú lo estás muerto, si no me das lo que quiero. —Se ríe y su aliento me acaricia donde quiero que me toque.

Saca la lengua y la pasa por todo mi sexo. Lo repite una y otra vez mientras mi cuerpo deja de ser mío para ser solo suyo. No, no va a tener problema en conseguir que me corra.

Veo como abre mis pliegues y su boca devora mi sexo. Nunca podré olvidar la imagen de este hombre tan sexi entre mis piernas. Junto los muslos cuando es demasiado, los abre y mete la lengua en mi vagina todo lo que puede, mientras su pulgar juega con mi nudo de nervios y lo frota. Monto su cara sin vergüenza. Su barba incipiente no hace más que aumentar mi placer.

—Lars…

—¿Quieres correrte en mi cara?

—¡Sí! Lo quiero todo.

—Estás muy necesitada.

—¡Sí!

No deja de devorarme hasta que me dejo ir. Noto como el orgasmo recorre todo mi cuerpo y Lars lo alimenta para que sea brutal. Al acabar me atrapa entre sus brazos. Lo beso y me degusto en su boca hasta que suena su móvil.

Lo saca y va a colgar, pero ve que es Tara.

¿Qué estoy haciendo? Es mi hermana, su ex y… nunca me perdonaría algo así.

—Yo… voy a mi cuarto.

—Sí, mejor —dice, y cuelga a Tara. Esta vuelve a llamar y no sé si lo coge o no. Se marcha a su cuarto y yo al mío. Ahora que nos hemos dejado llevar, la culpa no me deja respirar. Quería hacerlo. Lo deseaba, pero en el fondo creía que sería más fuerte, que todas las razones por las que no debería ceder pesarían más.

Soy muy débil cuando se trata de él.

Lars

—Es tarde para que me estés llamando.

—¿Estás follando con ella? Os han visto bailar e iros juntos. ¡Que eres un viejo a su lado! Viejo verde de mierda…, ¡con mi hermana!

—No pienso dejar que me insultes. Si no te he bloqueado es por Robin. Por mí, lo nuestro está muerto y enterrado. —Se queda callada.

—Siempre creí que eras bueno y tonto, pero al parecer todo era fachada. Un hombre íntegro no se follaría a la hermana de su ex.

Cuelga tras echar su mierda. Como hacía siempre; ella discutía, me gritaba todo lo que odiaba y luego se iba. Nunca me dejaba hablar. Lo peor es que ahora siento que tiene razón. ¿Qué cabrón se lía con la hermana pequeña de su ex?

No, esto no puede volver a pasar.

Por mucho que una parte de mí se haya quedado en ese momento en la cocina donde no pensé en nada salvo en la preciosa mujer abierta para mí y que me miraba como si yo fuera lo mejor que le ha pasado en la vida.

Es mejor guardar ese recuerdo y seguir con mi vida sin ella.

Capítulo 22

Meissa



Voy temprano al puesto de Tyre. La gente que me ve cuchichea. Mi madre ya me habló de esto que pasa en los pueblos pequeños. Se me hace raro, porque al vivir en la ciudad nunca había tenido que someterme a esto. Bueno, vale, en el colegio sí, era la rarita de los cascos rosas. Vale, estas cosas pasan en todos lados.

Al llegar al puesto de Tyre le tiendo café en un termo. Me da las gracias y de nuevo pasa una mujer y dice:

—Con el ex de su hermana. Esta gente joven no tiene respeto.

—Al menos yo sí tengo educación —le digo con la mirada fulminante que uso para mis primos, y salen corriendo—. ¿Sabes qué está pasando? —pregunto a Tyre. Saca su móvil y me enseña un vídeo de Lars bailando conmigo. No se ve nada, pero al aumentarlo se distinguen las miradas vidriosas de ambos, cargadas de deseo. Miro su boca y él la mía. El siguiente clip es de Lars abriéndome la puerta de su coche y yéndonos los dos solos.

—A ver, a mí me da igual lo que pasara. Pero si quieres hablar…

—No quiero hablar. —Expulsa el aire.

—Mejor, no se me dan bien estas cosas.

—Que hablen, así vendrán más al puesto para cotillear y nos aprovecharemos de eso.

—Esa mirada da miedo, primita.

—¿Qué mirada? —Miro a Aomar y pega un bote.

—¡A trabajar!

—¡Señor, sí, señora…! ¿Cómo mierda te llamo?

—Meissa. —Tyre se aguanta la risa y le doy en el brazo. Cada vez entiendo más por qué a Bonnie le cae tan bien.

Les mando faena a todos mientras trato de no pensar en Lars y en lo que pasó ayer. Hasta que miro hacia su puesto, lo veo con su sombrero negro calado, y se me viene abajo el mundo al recordar su boca, sus manos y lo que hicimos ayer.

Su mirada es triste. Me saluda con la mano y le respondo. Al menos, nuestra amistad no se ha roto. Ahora mismo me siento la peor hermana del mundo. Guardo todo eso para mí y me pongo a dar órdenes; nunca creí que mandar y organizar a la gente se me diera tan bien. La gente empieza a acercarse.

—Entonces, ¿te acuestas con Lars?

—Si compras algo, te respondo a eso. —La mujer compra un tarro de miel—. No, pero gracias por tu compra.

Gruñe, pero se marcha con la compra. Tyre me mira divertido.

—En el instituto se metían conmigo por ser una rarita. Me jodió, pero luego me di cuenta de que si creían eso no tenía que fingir que era perfecta, que me gustaban sus mierdas y que aguantar sus tonterías iba conmigo. Al final, me dieron la libertad de ser yo misma. Iba al colegio, estudiaba y escuchaba música. A estas personas me las meriendo mientras hago negocios. Prefiero ser rarita que gilipollas. Es mejor.

—Lo dicho, das miedo, primita. Pero me gusta tenerte como socia.

—Casi socia. Y ahora, ponte a vender o no ganamos.

Tyre hace un gesto de «sí, mi general» y se pone a vender. En cuanto sonríe a las mujeres y les dice cuatro tonterías, caen rendidas. Aomar va a sentarse y le pego un grito. Al resto, igual. A mediodía estoy agotada y me escondo en una de las carpas de descanso del personal para comer algo.

—Huyendo de mandar. —Lars se pone tras de mí y me acaricia la espalda.

Mi cuerpo traicionero reacciona a su contacto.

—Es duro mandar a tantos vagos. —Al darse cuenta de que me está tocando, aparta la mano.

—Lo siento…

—Me gusta que me toques y los amigos se tocan, ¿no?

—No sé qué mierda hacen los amigos que desean a sus amigas. —Me apoyo en una mesa y Lars hace lo mismo—. No quiero pedirte perdón por lo de anoche, porque no me arrepiento.

—Gracias, porque sería raro que lo hicieras, como si hubieras deseado estar en cualquier parte menos conmigo.

—Estabas ahí, viste cómo te deseo. No quiero que me mientas y yo no te voy a mentir.

—Pero está Tara y no quiero joder las cosas con mi hermana.

—Ni yo que se tensen las cosas con Tara, por Robin.

Busca mi mano y la entrelaza con la suya.

—Tal vez, en ese caso, debería irme de tu casa. Para que eso no ocurra —lo digo en un murmullo y Lars se tensa. Tyre entra para decirme que es mejor que salga antes de que alguien nos vea.

La idea de irme me angustia. Me deja sin aire. Pero quizás sea lo mejor.

—¿Tienes un cuarto libre en tu casa para mí? —le digo a Tyre en un momento de descanso.

—Algo apañaremos. Soporto a toda esta panda de inútiles, por ti monto un palacio y la reforma de la casa grande va mejor. —La está haciendo él en sus ratos libres.

—¡Eh, no te pases con lo del palacio, que no necesitamos princesas! —dice Aomar.

—No, suficiente tenemos con todos los cerdos del rancho. —Aomar me mira furioso y se marcha.

—No debí insultar a los cerdos. —Tyre no dice nada—. Lo pensaré, y gracias.

Sigo vendiendo como si nada hasta que mi padre se acerca con su mujer y el móvil en alto.

—Tu hermana lleva todo el día tratando de hablar contigo. ¿Puedes tranquilizarla?

Cojo el móvil y me marcho atrás.

—Hola, Tara, no he follado con Lars, estoy trabajando, adiós.

Ni espero que hable, devuelvo el móvil a mi padre y les vendo varios quesos. A media tarde estoy abrumada y no puedo más. Me

pongo los auriculares y voy hasta la parte de las camionetas para organizar todo. No escucho a Lars llegar, pero lo siento acariciando mi espalda antes de ponerme delante agua fresca.

Me quita uno de los auriculares.

—No te vas a ir de mi casa, Meissa, eres parte de mi mundo y nadie te va a sacar de allí. Te ataré al sofá si hace falta.

Sus palabras humedecen mis ojos. No era consciente de lo mucho que necesitaba que me obligara a quedarme. Contengo los sollozos, pero a duras penas. Me abraza con fuerza.

—No pedí sentir esto.

—Yo tampoco, cariño.

¿Yo tampoco qué? ¿Deseo? ¿Amor? Tiemblo en sus brazos y no deja de abrazarme hasta que me relajo. Se marcha y dice que nos vemos luego en la fiesta. Estoy yo para fiestas. Bonnie viene a buscarme y nos cambiamos en casa de Delfina.

***

—A mí no me gustan estas fiestas de pueblo por eso. La gente es muy cotilla. —Delfina pone tres vasos de chupito en la mesa.

Bonnie me está retocando el maquillaje y Delfina parece que se apunta.

—En la ciudad también pasa —respondo—. No pasa nada, que les den.

—Esto es cosa de tu hermana, es una celosa de cuidado —apunta Delfina—. El pobre Lars, menudas ha tenido que pasar con ella. Lo ponía celoso solo para verlo pelear.

—Eso sí —añade Bonnie.

—Lo sé. Pero ella lo dejó.

—Lo dejó cuando no tenía tanto dinero, bonita. Ahora esperaba recuperarlo porque los une un hijo, pero has aparecido tú en la ecuación y de golpe sus planes se han venido abajo. Tara pensaba vivir la vida y luego volver como si nada. Y que su matrimonio sobreviviera, como pasó con tu padre. —Me mira—. Ellos siguieron adelante a pesar de todo.

—Tal vez solo quiere poner celoso a Lars de nuevo —comento.

—¿Irse por Europa con unos y con otros para ponerlo celoso? —Delfina asiente.

—Exacto —confirma Bonnie.

Ehud sale del cuarto con una camisa negra arremangada.

—¿A que estoy guapo?

Su mujer le da un beso y le toca el culo.

—No estás mal. Lo mismo hasta aguanto hasta las doce.

—Lo dudo, en cuanto te aburras vendrás a leer —le dice su marido.

—Cómo me conoces.

Ehud se despide de nosotras y se marcha.

—Bueno, ya estamos listas. —Bonnie llama a su hermana.

Gretel aparece en la pantalla. Con una corona en la cabeza. Su cara de fastidio deja claro lo poco que le gusta esto. La había visto ya en otras videollamadas, porque su hermana quería presentármela.

—Contadme algo interesante.

—Me he besado con Lars. —Delfina escupe el tequila.

—Joder, estaba fuerte. —Bonnie se ríe.

—¿Solo besos? —Me sonrojo ante la pregunta de Gretel—. Vale, besos y algo más. Joder, lo que me estoy perdiendo por este puto concurso de los cojones.

—Podrías mostrar ese lado tuyo en la pasarela —le dice Delfina—. Así nadie te vota.

—Lo mismo sí, por joderme. —Gretel mira a lo lejos—. Viene mi madre. Hablamos pronto, estáis muy guapas.

Cuelga y las dos mujeres me miran a la espera de que les cuente más. Y se lo cuento. Al menos, esto sí es verdad.

—Vale, creo que necesito otro trago. —Delfina nos sirve otro chupito.

Cuando salimos de la casa tenemos un punto que nos reímos por todo. La gente nos mira y los saludamos como si fuéramos tres *misses*. Cuando llegamos donde están los chicos, Darren nos pone el agua delante.

—Por hoy ya habéis bebido suficiente.

Miro a Lars y dice que piensa lo mismo. Cojo su cara entre mis manos y le planto un beso en los morros.

Se queda petrificado. Él y medio pueblo. Tarde me doy cuenta de lo que acabo de hacer. Mierda. Cojo el agua sin discutir y bebo esperando que se me pase el contento. Si sin beber digo lo que se me pasa por la cabeza, bebida mucho más.

Capítulo 23

Lars



Tyre se acerca a su prima, le da un beso en la boca y grita:

—Por si alguien no lo sabe, esta noche es la noche de picos. Se me olvidó contárselo a los demás, ¿no?

La gente duda que sea cierto hasta que Bonnie le planta un pico a Ehud. La mujer de este, otro a Darren, y se desencadena el caos. Bueno, ahora nadie hablará del beso que me ha dado Meissa, porque la gente está desatada y seguro que las marujas no dan abasto con tantos picos entre unos y otros.

—La que he liado. —Tyre se sienta al lado de su prima y le dice algo al oído, pero escucho lo justo para saber que uno de los primos la está liando.

—¿Dónde están ese par de idiotas? Voy a cantarles las cuarenta —dice enfadada Meissa.

Tyre sonríe a su prima, se la lleva a donde están un par de primos de los más pequeños, y les echa una bronca enorme. La miro embelesado. Joder, no puedo dejar de mirarla. De buscarla allá donde va. Intento pensar que esto está mal, pero es como si preocuparme por ella y cuidarla fuera, desde que la volví a ver, parte de mí.

—Si la miras así, el pico que nos hemos dado no va a valer para nada —apunta Bonnie besando a su marido—. Como vuelvas a besarte con otra, te corto los huevos.

—Primero, me han besado, segundo, como vuelvas tú a besar a nadie, le corto los huevos.

—Mis huevos dejadlos en paz —dice Ehud, y su mujer se ríe. Nunca la he visto tan contenta, o sin un libro en las manos.

Tal vez solo necesitaba un sitio donde sentirse a gusto. Bonnie tiene eso: hace que la gente se sienta como en casa con ella cerca. Le ha costado con Delfina, pero poco a poco lo ha conseguido. Cuando Meissa regresa, tiene ese ceño fruncido de alguien que acaba de meter en vereda a los demás.

—Ya puedes dejar el rollo mandamás —la pico.

—No pienso dejarlo, me pone dar órdenes.

Sus ojos me miran hambrientos y la recuerdo en la mesa de la cocina, exigente y lista para mí. Cuando me doy cuenta de por dónde van mis pensamientos, voy a por algo de beber y comer. La gente sigue dándose picos y el grupo de cotillas no paran de ir de un lado a otro cuchicheando. Cuando una mujer trata de besarme, la aparto.

—No esperaba que se liara tanto. —Tyre se apoya en la barra mientras yo pido. Una chica se le acerca y le echa los brazos al cuello, él se los quita y le dice que otro día. Por cómo lo dice, parece una excusa.

—¿Cómo van las cosas en el rancho?

—Van.

—¿Y con los caballos purasangres? Teníais muy buenos antes.

—Tenemos, pero no para carreras. Mi abuelo lo destrozó todo. Seguimos teniendo caballos que son descendientes de aquellos purasangres de cuando vivía mi bisabuela. Pero ya no tenemos la fama.

—Puedo mover unos hilos si lo necesitas.

—¿Por qué me ayudas?

—La ayudo a ella; al final, seguro que se asocia contigo.

—Eso espero, porque no quiero vivir con el miedo de que me lo quiten todo. Si no puedes con tu enemigo, únete a él.

—¿Así es como la ves?

Mira a Meissa y, aunque dice que sí, yo veo en sus ojos que no. Me sirven lo que pido y regreso a la mesa. Por suerte, la gente está

a otra cosa y ya no dan picos por doquier. Hay sitio, pero me siento al lado de Meissa. Pongo comida ante ella.

—No tengo hambre. Tengo el estómago cerrado.

Saco los auriculares de su bolsillo y se los pongo.

—Entonces, vete a tu mundo mientras yo te espero en este, ¿vale?

Asiente y se pone a comer con su música, evitando escuchar los comentarios a nuestro alrededor. No come mucho, pero algo es algo sabiendo que la gente no deja de mirarnos como si tuviéramos una diana en la cabeza.

Bonnie tira de Meissa para bailar juntas. Varios tíos las miran descaradamente y Darren se levanta para que su mujer baile tranquila. Todo va bien hasta que Meissa gira y un tío la coge del brazo y la obliga a quedarse con él. Intenta besarla y ella se separa. Le dice que se aparte. Me levanto para ir a por ella. Odio pelear, pero si hace falta… No hace falta. Meissa lo coge de los huevos.

—He dicho que no me toques. ¿Te queda claro, pedazo de mierda podrida?

—Sí. Muy claro.

—Bien. Genial, disfruta de la noche. —Le suelta los huevos y le alisa la camiseta. Se marcha con Bonnie, que la mira con los ojos muy abiertos.

Baila como si nada cuando yo me doy cuenta de que estoy loco por ella. Tal vez no sea el mejor momento para darme cuenta de eso, pero así es. Porque me encanta cada parte de ella.

Gira y me mira. Sonríe y le devuelvo la sonrisa.

—Lars. —Mi exsuegro me toca el brazo—. Mi mujer me acaba de llamar, que Robin no se encuentra bien, le duele el estómago.

—Vamos a tu casa.

Voy con él hasta su casa, pensando si el que ayer llamara Tara y que hoy Robin se haya puesto malo serán señales para que me olvide de todo lo que siento por Meissa y siga mi vida sin ella.

Meissa

No veo a Lars y las malas lenguas dicen que lo han visto irse con una mujer. No las creo, pero lo cierto es que nadie sabe dónde está. Bonnie me ofrece quedarme en su casa, pero le digo que no y me voy con mi primo Tyre.

—La casa está un poco desastrada. —Entramos en una casa de madera prefabricada—. Quiero darle una nueva vida a la casa grande, ya te lo dije, pero solo he arreglado el despacho, porque quería tirar muchas cosas y encontrar todo lo importante. Hasta que sea algo mejor, esto es lo que hay.

—Me vale cualquier cosa.

Saca ropa limpia y me dice dónde puedo cambiarme. Él hace lo mismo. Nos sentamos en el suelo de su pequeño salón. Veo un cuadro de una mujer con un caballo en la colina. Y esa mujer se parece a mí y a él.

—Era nuestra bisabuela, y ese el caballo que la mató. Ella lo amaba, y a pesar de eso la mató. Se encabritó y la tiró. Un amigo de su marido los pintaba, y luego nuestro bisabuelo los destruyó. Se decía que quien la pintaba era el señor Bennet, de ahí vienen los rumores de que la amaba. Me quedé este cuadro tras encontrarlo escondido en el despacho. Para recordar que el amor mata.

—Qué profundo, Tyre.

—Mucho. Eres como ella.

—Entonces, tú también.

—Sí, pero yo ya lo sabía —añade serio—. El abuelo decía que odiaba ver a su madre en mí. Menos mal que a ti no te conoció. La culpaba de todo lo malo de su vida.

—Es que la pobre se murió para joder a todos. —Se ríe y siento que es cierto; este lugar me hubiera hecho daño con él aquí.

Miramos a la mujer acariciando al caballo. La vida tiene una forma curiosa de jugar sus propias cartas.

Tyre me ofrece su cama y él duerme en el sofá. Miro el móvil y no hay noticias de Lars. Sí de mi hermana. Pregunta si no había más hombres que besar que el suyo. Apago el móvil y me duermo. Mañana ya lidiaré con tus tonterías.

Capítulo 24

Lars



—Parece que hoy está como si nada. —Miro a Robin saltando por los sofás como si no se hubiera pasado la noche vomitando.

—Sí.

Bonnie se va a quedar con el trasto mientras yo me marcho a trabajar. Hoy Meissa no tenía que trabajar y en principio Robin se iba a quedar con mis suegros. Meissa se fue con su primo. Lo sé por los rumores de la gente, que dicen que seguro que se lían, porque a los Landry no les importa el sexo entre primos.

La puerta se abre y aparece Meissa con la ropa de ayer. Al vernos y ver a Robin, nos mira preocupada. Noto alivio de ver que está bien.

—¿Ha pasado algo? —pregunta inquieta.

—Bonnie te pone al tanto.

Salgo de casa, porque casi le pregunto si ha pasado algo entre ella y su primo, y todo por las malas lenguas. Lo peor es que ella puede hacer lo que quiera, con quien quiera.

Voy hasta la zona de cría para ver cómo van los nacimientos de los nuevos potrillos. Estoy todo el día allí y llamo a Bonnie para preguntar por Robin.

—Está con Meissa.

—Era su día libre.

—Se lo he dicho mil veces, pero me ha dicho que quería estar con él. Creo que se sentía culpable por no haber estado con él esta noche, cuando estaba malo.

—Vale, ahora la llamo.

Cuelgo y voy hacia mi camioneta. Entro y llamo a Meissa.

—Hola, Lars, Robin está bien. ¿Por qué no me llamaste?

—Porque no es tu responsabilidad. —Me arrepiento de mis palabras nada más pronunciarlas—. Lo siento, Mei…

—No, tranquilo, lo entiendo. Ya no estaba de servicio, noche libre y eso.

—¡Vamos a jugar, tía! —grita Robin.

—Te dejo, Lars, puedes pagarme estas horas extra. Y de paso que te den un poco, por tontolaba.

—¡Tontolaba!

—¡Eso no se dice!

Cuelga y me siento un gilipollas. Tara me llama a la hora de comer. Sabe que Robin ha estado malo, pero no pregunta por él, solo si es cierto lo de su hermana. Agitado, le digo que no y cuelgo. ¿Qué busca esta mujer? Tal vez lo de siempre. Llevarme al límite. Al llegar a mi casa es media tarde. Robin está dormido en el sofá con la cabeza apoyada en Meissa, que lo mira. No lleva los auriculares. Solo lo mira dormir y le toca la frente.

—Voy a darme una ducha.

—Vale. —Su voz es triste. Las palabras que le dije resuenan en mi mente.

Tengo que hablar con ella. Mi idea era hacerlo al bajar, pero Robin se ha despertado y Meissa se marcha a casa de su primo tras decir que ha acabado su horario laboral.

—¿Qué le pasa a la tía? Estaba como triste todo el día.

—Es mi culpa.

—Ah, vale. A veces eres un poco tontolaba. —Me hace burla y lo persigo para hacerle cosquillas—. Puedes hacerle cosquillas a la tía, seguro que así se le pasa el enfado.

—Tal vez lo haga. —Me abraza.

—¿Cuándo va a venir mamá? —Su pregunta me rompe por dentro.

—Está muy ocupada.

—Vale —responde cada vez más frío, como si su corazón se estuviera endureciendo poco a poco.

Odio que esto sea así por una madre egoísta. No era consciente de que mi historia de amor era en verdad tan tóxica. Pensaba que eso no me pasaría a mí, y estaba metido de lleno en una de la que no sabía salir.

***

Escucho a alguien en la piscina. Abro la ventana y veo a Meissa bañándose a la luz de la luna. Cojo el aparato que me avisa si Robin me necesita y bajo a verla. Tengo que hablar con ella.

Llego al jardín y me tiro al agua tras dejar el aparato en la mesa.

Salgo tras ella, que se ha apoyado en la pared, y la beso en el cuello.

—Lars…

—Lo siento, joder, lo siento. —Beso su mejilla—. Y siento también no darme cuenta de que me da igual todo con tal de tenerte un poco más para mí.

—Lars…, mi hermana…

—Tu hermana es una egoísta que solo se preocupa por ella misma. Si quieres que me aleje por ella, lo haré. Pero, por una vez, quiero ser yo el egoísta.

Se gira y veo la duda en sus ojos, a pesar de la poca luz.

—Tengo que estar muy segura, Lars.

—No tengo prisa.

Busca mi boca y me besa, sin prisas, con cientos de promesas y con el fuego quemando nuestros labios.

—Me voy a dormir o me tiraré de cabeza. —Se aleja y luego me abraza—. Decida lo que decida, no me alejes más de tu vida, ni de la de Robin. Yo no soy ella.

—Lo sé, por eso me gustas tanto, Mei.

Me besa en el cuello y la acerco más a mí. Su cuerpo me tienta, pero este paso que quiero dar necesita tener la mente fría. Los dos lo sabemos, por eso la dejo ir, aunque lo que más deseo es irme con

ella y apostarlo todo por esta necesidad de consumirnos por el deseo juntos.

A la mierda con todo, ya lo arreglaremos. Pienso luchar por todo lo que me importa.

Capítulo 25

Meissa



Voy con Robin a dar una vuelta por el pueblo. No dejo de pensar en la propuesta de Lars. Pienso que se ha vuelto loco. Todo esto es una locura. Y a pesar de eso estoy tentada de aceptar, de ver a dónde nos lleva esto, si solo es deseo o algo más profundo.

Me debato entre la razón y el corazón.

El problema es que lo que siento por Lars no se apaga, no hace más que crecer. Solo todas las razones por las que está mal me retuvieron ayer de besarlo y exigirle todo lo que sus ojos prometen.

—¡Mira! ¡Manzanas caramelizadas!

Vamos hasta el puesto donde, además de manzanas, también ofrecen frutas más pequeñas con caramelo. Compro dos uvas. Porque intuyo que la manzana no se la va a comer. Vamos con ellas por el pueblo y nos hago fotos con los dulces. Se las mando a Lars y me responde enseguida diciendo que lo pasemos bien.

Hoy, en su puesto, hay trabajadores del rancho, y en el de Tyre empleados que contrató y algún primo. Él también ha tenido que irse al rancho. Solo los fines de semana puede estar aquí más tranquilo.

De todos modos, nos pasamos por el puesto a ver cómo está todo. No puedo desentenderme de ello. Y por eso, cuando veo cosas que no me gustan, las señalo y me quedo un rato cerca vigilando. Tyre

me llama cuando estoy en el parque con Robin, que juega en los columpios con sus amigos.

—¿No podías estarte quieta? —No parece una crítica, más bien suena divertido.

—Aomar estaba mirando el móvil en vez de captar clientes. —Se ríe—. Parece ser que no puedo quedarme al margen. ¿Cómo va todo?

—Bien, estoy barajando la posibilidad de volver a criar caballos para carreras. Aquí hay muy buenos sementales.

—Todo es empezar.

—Sí. Te dejo, que tengo mucho trabajo. Por cierto…, alguien está contando cosas de ti por el pueblo. No hace falta que te diga quién.

—Gracias.

Estoy un rato con Robin en el parque, hasta que vamos a comer a casa de mi padre. Se me hace raro estar aquí, sobre todo cuando me miran como si hubiera hecho algo malo. Tyre tiene razón: la gente va a hablar igual y, al parecer, Tara tiene mucho que decir, sin que le importe que yo sea su hermana.

—¿Qué cuenta ahora de mí Tara por el pueblo? —le digo a mi padre mientras fregamos juntos los platos de la comida.

—No sé de qué hablas.

—Lo sabes muy bien.

—Mira, solo sé que me equivoqué al buscarte ese trabajo. Está haciendo daño a Tara.

—Porque el daño que hace Tara a ese niño por pasar de él te da igual, ¿no? O a mí, por contar mis intimidades…

—Son cosas de ella, yo no veo bien que lo haga.

—Pero te pones de su lado.

—Ella quería recuperar a su marido. Pensaba que él la echaría de menos si se iba un tiempo fuera. Que su amor era tan fuerte como el nuestro.

—Lars no está enamorado de ella. —Mi padre me mira con dureza —. Cuanto antes lo asumáis todos, mejor.

—Es mejor que te marches a dar una vuelta, hija, parece que este lugar te está sentando mal.

¿Me está echando de su casa? Al parecer, sí. Aviso a Lars de dónde está Robin y me marcho. Acabo en el puesto de Tyre, dando órdenes y organizando el trabajo. No tardo mucho en saber lo que va contando ahora mi hermana de mí. Al parecer, ha aireado mi primera historia de amor con un chico que tenía novia.

—La historia se repite —dice una mujer a otra mientras me mira—. Se ve que le ponen los hombres comprometidos.

—¿Vais a comprar el queso? Es ideal para las amargadas. Les calienta todo lo que un buen polvo no hace. Para la lengua no tengo nada. Lo siento, seguiréis siendo unas deslenguadas toda la vida.

Se marchan.

—¿Así es como vamos a vender las cosas? —Aomar se traga lo que fuera a decir cuando lo miro.

Tyre se acerca a media tarde y se hace cargo de las ventas mientras yo hago recuento de provisiones para traer mañana lo que falte.

—Según la gente del pueblo, me he follado a toda mujer que se me ha puesto delante. —Tyre se apoya en la mesa.

—Bueno, la gente es así. —Me quito los auriculares y los guardo—. Ese chico no me contó que tenía novia. Se lo conté a Tara cuando me enteré. Porque esperaba que mi hermana me entendiera. ¿Sabes qué me dijo?

—Sorpréndeme.

—Que me había dado la libertad de follar con más personas, que ella estaba aburrida de hacerlo siempre con el mismo.

—Eso no se lo cree ni ella. Esa mujer no ha sido fiel a Lars nunca. Y lo sé de buena tinta. —Veo arrepentimiento en su mirada.

—Y avisaste a Lars.

—No quería que él sufriera.

—El amor es libre, Tyre, si alguien está a tu lado, que no sea por obligación.

—¿Qué sabré yo del amor? Y ahora, recoge y lárgate antes de que digas que te exploto.

Y eso hago. Cuando llego a casa de Lars, estoy cansada emocionalmente. Robin me abraza y sigue cenando. Lars me mira y

sé que trata de averiguar cómo me encuentro. Debe de haberse enterado de todo.

—¿Hablamos luego solos?

—Claro, y ahora cena algo.

—Necesito un momento de tranquilidad.

—Hazlo cenando, es una orden. —Sonríe y luego me acaricia la mano con cariño.

¿Por qué me estoy resistiendo a este hombre, si a pesar de todo Tara me está destrozando sin pensar en mí? Mi relación con ella nunca podrá ser igual después de todo esto. Por su culpa, la gente me juzga. Aunque me pida perdón, me ha echado a los leones sin dudarlo.

Como algo y luego espero en mi cuarto hasta que sé que Lars me espera solo en el sofá, y así es. Tiene puesta la tele muy bajita y lleva una camiseta de algodón de manga corta y un pantalón de chándal. Voy hasta su lado y me siento sobre él a horcajadas. Me abraza con fuerza, y yo a él.

—Tengo condiciones —digo cerca de su boca.

—En esta postura puedo aceparlas todas. —Se ríe y presiono mi sexo contra el suyo. Lame mi boca y me aparto.

—Las condiciones primero.

Pone sus manos en mi trasero y me presiona contra él. Me contoneo. Se me nubla la mente.

—Primera condición. —Jadeo cuando me mueve haciendo que mi sexo se presione contra su entrepierna—. Hasta que no sepamos si esto es solo sexo, es un secreto entre nosotros y las personas de estricta confianza.

—Me parece bien.

—Segunda condición. —Sube la mano por el interior de mis muslos y baja su cabeza a mi cuello para dejarme un beso ahí—. Si es solo sexo y no vamos a ir más allá, seguiremos siendo amigos.

—Me parece justo.

Baja los besos por mi escote y veo como va bajando la tela hasta dejar los pezones al descubierto.

—Lars, me distraes.

—Voy a aceptar todo con tal de tenerte. Solo me importaba la de llevarlo en secreto por Robin y por ti, si necesitas tiempo.

—¿Y por ti?

—Yo quiero ser egoísta, Mei. Si no estuviera Robin, lo apostaría todo por ti. Por eso, todo lo demás que me pidas te lo daré, si así te sientes mejor.

—¿Por qué no tienes dudas? Tú no querías nada con nadie, ni sexo… Lo mismo el sexo es una mierda.

—No lo será, y me da igual. Y sí, dije todo eso. —Lame mi pezón erecto—. Pero entonces te vi y pusiste mi mundo patas arriba. ¿Qué más necesitas?

—A ti. Solo a ti. Y que no haya nadie más el tiempo que dure.

—No puedo estar más de acuerdo.

Atrapa mis pezones en su boca y mueve mi cuerpo con sus manos para que me frote contra él. Lo hago notando como mi humedad moja su pantalón.

—Si se te ocurre algo más, dilo, Mei. Tenemos que ser sinceros el uno con el otro.

—Sí. —Jadeo y me derrito sobre él—. Te necesito dentro.

—¿Quieres que te llene tu precioso coño?

—¡Sí!

—No podemos hacer ruido, cariño.

Se levanta conmigo en brazos y nos besamos de camino a mi cuarto. Caemos sobre la cama sin dejar de besarnos. De tocarnos y de palpar el cuerpo del otro. Tiro de su camiseta y él de la mía, dejándome solo con unas bragas de encaje rosas.

—Joder, eres…, eres preciosa, Mei. —Pasa los nudillos por mis pechos, mi estómago y mi sexo—. Creo que esto hubiera acabado por pasar. Desde que te vi este verano sentí una atracción tan fuerte, que creo que esto era inevitable.

Tira de la goma de mis braguitas y la va bajando hasta poder ver mi sexo mojado. Mete la mano dentro y la frota contra mi carne sensible. Retuerzo mi cuerpo y busco su boca mientras no deja de tocarme. Quita del todo mi ropa interior y me deja desnuda para él.

—Estás tan mojada. —Mete los dedos dentro—. Tan apretada y lista para mí. ¿Verdad?

—¡Sí! —Mete y saca los dedos cada vez más rápido.

—Mi chica está muy necesitada. —Lame mi boca.

Luego saca los dedos y los lleva a mi boca. Los lamo, excitada por esto. Lo repite y es él el que lame mis jugos. Luego nos besamos mientras no deja de tocarme. Estoy sudorosa y suplicante. Le ruego, sonríe y me prepara para él con sus manos.

—Te la vas a meter toda, cariño, y por eso tienes que estar bien dilatada.

Sus palabras no hacen más que llevarme al límite.

—Tengo condones en la mesita de noche. —Lleva la mano hasta allí y ve mis consoladores—. Me gusta usarlos con mi consolador…, resbalan mejor y es más limpio que los lubricantes.

—No tienes que darme explicaciones de tu vida antes de mí. —Saca un condón y uno de mis consoladores—. Pero hoy estás tan mojada, que dudo que necesites nada más.

Para probarlo mete el consolador en mi sexo poco a poco. No deja de mirar como mi cuerpo se abre a la invasión. No, hoy no necesito más aliciente que él para estar lista.

—Madre mía…, cómo me gusta esto…, verte así de abierta para mí, y mojada.

Deja el consolador en mi sexo y luego se quita la ropa. Entiendo por qué quería que mi cuerpo estuviera listo para él. Madre mía. Su polla grande y gruesa está hinchada y mojada en la punta. La acerca a mi boca y la lamo de arriba abajo. Hacerlo con el consolador en mi sexo me pone a tono.

—¿Estás muy cachonda?

—Mucho. Te necesito dentro, Lars. Seré buena chica y me la meteré toda.

Gruñe y me meto su polla en la boca.

Cuando se aparta está fuera de sí. Se pone un condón y saca el juguete de mi sexo. Abre mis piernas y juega con mi humedad con su polla cuando se acerca a mí. La pasa por mi sexo resbaladizo. Nunca he estado así de mojada por nadie.

Lleva la punta a mi sexo mientras nos besamos de nuevo. Su lengua y la mía se enredan mientras entra poco a poco en mi interior. Veo el esfuerzo que hace por contenerse cuando se separa.

Muevo mi cuerpo y entra un poco más. Lo siento llenarme. Me muevo de nuevo y me pide que pare.

—Toda, Lars…

—Me está matando sentirte tan apretada, Mei.

Entra poco a poco en mi interior. Y cuando está dentro del todo, disfrutamos del placer de sentirnos de esta forma tan íntima. Muevo mi cuerpo, gruñe y luego lo oprimo en mi interior.

—Más duro, grandullón.

Sale y entra de una estocada.

—Eres increíble.

Sale y entra de nuevo.

Nos movemos juntos haciendo que la fricción de nuestros cuerpos aumente. Noto como me llena y como mi clítoris se roza contra su cuerpo. Giro el cuerpo para sentir mayor fricción.

Lo beso mientras tira de mis pezones.

—Estoy cerca, Lars.

—Dámelo todo, cariño.

Usa su cuerpo para torturarme mientras no dejamos de besarnos y tocarnos. Baja la cabeza cerca de mi pecho y succiona. Sé que mi cuerpo mañana tendrá marcas. Él suyo, arañazos. No puedo evitar marcar su piel cada vez que me embiste con fuerza y lo siento tocando las sensibles paredes de mi sexo con su pene duro.

Se separa y entra despacio, viendo como nuestros cuerpos se unen.

—Me matas, Lars. —Lo miro suplicante, ansiando la liberación.

—Me encanta ver como tu precioso coño la engulle toda. —Mi sexo late en torno a él.

—Estoy cerca.

—Lo siento, cariño.

—Por favor —suplico.

Sale y entra en mí vigorosamente hasta que me corro con fuerza. El orgasmo me atraviesa y es tan fuerte que hasta me mareo. Lars me sigue y se corre dentro de mí. Al acabar estamos jadeantes y nos miramos incrédulos. Como si no esperáramos que el sexo, con la persona correcta, pudiera ser así.

—¿Estás bien? —pregunta.

—Mejor que nunca.

—Sé cómo te sientes.

—¿Te quedas a dormir conmigo?

—Tu cama está… hecha un desastre. Vamos a la mía.

No discuto. Sale de mí y busco algo de ropa que ponerme, mientras él se viste tras tirar el condón en la papelera, y subimos como dos adolescentes a su cuarto. Entro en su cama y me abraza cuando lo hace él.

—¿Te arrepientes? —pregunta besando mi mejilla con ternura.

—No, pero tengo miedo de lo que pueda hacer Tara si se entera.

—Paso a paso. De momento, veamos qué es esto, y luego…, luego haré lo que sea para que nadie te haga daño.

—Ni a ti. ¿Te arrepientes?

—Nunca.

Sus palabras me calman y, aunque quiero hablar con él, me quedo dormida entre sus brazos. Me siento más segura que nunca, como si por primera vez alguien entendiera mi mundo sin reservas y le gustara vivir en él.

Capítulo 26

Lars



Estoy trabajando solo con unas reses. No quiero a nadie cerca mientras asimilo lo de anoche. No me arrepiento de nada. Estaba luchando contra corriente y por una vez no quiero hacer lo correcto, quiero hacer lo que deseo, y la deseo a ella.

Tenerla entre mis brazos fue mejor de lo que esperaba, y eso me ha dejado tocado. No he podido dormir mucho mucho mientras escuchaba su respiración sobre mi pecho, aferrada a mi mano.

Tara odiaba que la tocara mientras dormía. Por eso, cada uno estaba en su lado de la cama. Ha sido la primera vez que dormía abrazado con alguien. Y eso me ha calado hondo, y sé que no es por ser la primera vez, sino porque es Mei. Igual que el sexo. El sexo, para mí, era el deseo de algo más, algo que no llegaba. Una explosión que no sentía. Me corría, me daba placer, pero me dejaba aburrido. Pensaba que el sexo estaba subestimado, o que había algo mal en mí. Por eso, cuando rompí con Tara, no quería pasar otra vez por eso. Por la sensación de vacío tras el placer. Con Mei no fue así. Quería hacerle cientos de cosas. Disfrutar del sexo. Sentirla…, y aún quiero. No dejo de pensar en su coño oprimiendo mi polla hasta que me corrí. Lo quiero todo con ella y dudo que esto se vaya a apagar.

Por eso, esta mañana me hice un chequeo médico. Ella me había comentado que se hizo uno antes de venir, por lo que le pasó. Quiero todo con ella, sin barreras.

—¿Y esa cara?

Mi abuelo se acerca seguido de Darren.

—No sé de qué cara hablas.

—Este ha follado —apunta mi abuelo—. A ver, se veía venir.

Darren sonríe.

—No sabes cómo me alegro de que estos dos me dejaran en paz con Bonnie —afirma—. ¿Cómo estás?

—Bien, y es un secreto. No queremos herir a Robin, y Tara parece dispuesta a hacer daño a quien sea para conseguir sus fines.

—Volver contigo, ahora que tienes dinero —dice mi abuelo—. No sé si sabe algo más, pero ayer dejó caer el rumor de que Meissa era una fresca que se acostaba con hombres comprometidos.

—No sabemos si fue ella —puntualiza Darren—. Pero todo apunta a que sí.

—Si está tan celosa, acabará por venir a joderlo todo —añade mi abuelo.

—Cuento con eso. Espero que todo esto no salpique a Robin. Es muy pequeño para entender las guerras de los adultos.

Siento una punzada de miedo. Mi abuelo me da una palmada en la espalda y me dice que lo resolveremos. A pesar de eso, a mediodía quedo con el abogado que lleva mi caso para que esté al tanto y, por si acaso, recabe información de todo lo que está haciendo Tara. Duele, pero le cuento que no se interesa por el niño. No quiero que luego use todo esto contra mí, que llegue y diga que ahora quiere la custodia y me lo quite. Quiero que lo vea, que esté con él, pero un niño es una responsabilidad y no sé si Tara solo lo querrá para hacerme daño o porque de verdad quiere estar con él siempre.

Me quedo más tranquilo cuando me dice que ella no puede hacer mucho salvo, tal vez, exigir verlo más, y regreso a mi casa. Al entrar no me sorprende ver a mi abuelo con Saril.

Atajo de cotillas.

—Hemos comido aquí —me informa mi abuelo.

—¿Y Meissa?

—La han llamado de la ciudad. Creo que su madre —responde Saril.

Miro preocupado hacia el cuarto de Meissa. Pero me informaré más tarde, ahora no es el momento con ellos dos aquí. Para su fastidio, subo a darme una ducha. Cuando salgo, Meissa está sentada en mi cama con un peto vaquero de falda. Absolutamente deliciosa.

—Dile a tu amigo que no va a pasar nada —dice mirando mi polla ponerse dura bajo la toalla.

—Eres tú la que ha entrado en mi cuarto mientras me duchaba. —Sonríe descarada y tiro de ella para besarla—. Llevo todo el día pensando en ti.

—¿No te arrepientes? —Pasa los brazos por mi cuello y veo sus miedos.

—No. Nunca. —Más relajada, me besa.

—Aunque me encantaría pasarme el día lamiendo las gotas de agua de tu pecho…, tengo que irme, mi madre me ha pedido verme. Temo que le pase algo.

—¿Te llevo a la ciudad?

—Mañana trabajas, y yo también, pero Bonnie puede quedarse con Robin hasta que vuelva.

—Déjame arreglarlo y nos vamos contigo.

—¿Y lo de llevarlo en secreto?

—Eres la niñera de mi hijo y voy a la ciudad por temas de trabajo.

—Eso no cuela.

—Confía en mí.

—Confío en ti, Lars, pero mi madre va a querer que me quede en su casa, y Robin va a estar mejor aquí que en un hotel. Lo primero es él para los dos. —Sus palabras calan en mi pecho; que piense tanto en mi hijo hace que la quiera un poco más.

—Vale.

Me abraza y yo también la abrazo con fuerza. Cuando la dejo ir, siento que algo pesa en mi pecho. Al bajar ya cambiado, Meissa se ha marchado. Me centro en Robin, pero estoy inquieto, como si algo me avisara de que mi historia con Meissa va a traer tormentas.

Capítulo 27

Meissa



Llego a mi antiguo barrio. Mi madre ha insistido en que tenía que venir. Le quería decir que no, no quería que nadie estropeara mi burbuja con Lars tan pronto. Estaba deseando que llegara a casa. Necesitaba estar con él. Mirarlo y sentir que no se arrepentía de nada. Yo estoy más segura que nunca de darlo todo por lo nuestro, lo que siento no hace más que crecer. Por eso, cuando vi que él seguía conmigo, me calmé.

Dejo el coche aparcado, mando un mensaje a Lars para avisar de que he llegado, y me llama.

—¿Estás bien? —pregunta al descolgar.

—No sé qué puede querer mi madre, con tanta insistencia de decírmelo en persona.

—Puede ser algo del rancho de tu familia.

—Sí, eso he pensado. Mi madre no se habla con Tara.

—¿Por qué?

—Nunca me lo dijo, solo que la respetaba por ser mi hermana, pero que a ella ni la mirara.

—Cuanto más conozco esta faceta de Tara, más me pregunto si no la idealicé. ¿Cómo he podido estar tan ciego?

—Todos lo estábamos. Y, a pesar de eso, tenemos que ir con pies de plomo, por si la justicia se pone de su parte. —Se queda callado.

Sé que le preocupa mucho que su exmujer use a Robin para hacerle daño.

—Llámame si me necesitas, a la hora que sea.

—Lo tendré en cuenta, grandullón.

—Eso me recuerda cuando estaba dentro de ti.

Mi sexo se agita.

—Así no me olvidas.

—Nunca.

Abro la puerta del portal de casa de mi madre y luego subo por el ascensor hasta el piso. Llamo antes de entrar, aunque tengo llaves. Mi padrastro abre y me abraza.

—Hola, cariño, qué bien tenerte en casa.

—¿Seguro? Mi madre parecía agitada.

—Bueno…, ella te contará. Yo me marcho con mis amigos. Nos vemos. —Me da un beso en la frente y se marcha.

En cuanto veo a mi madre, sé que algo va muy mal.

—¿Le estás quitando el marido a tu hermana?

Intento mantener la calma.

—No. Es su exmarido.

—Tara está fuera de sí, y es tu hermana, hija. ¿Qué te he enseñado para que acabes siendo «la otra»? ¿Acaso no has aprendido nada de mí? ¡Yo no metí a nadie en mi casa hasta que fuiste adulta!

—¡Porque tú no quisiste! ¿Acaso me preguntaste? ¡Yo odiaba verte triste! —Mi madre me mira confundida—. No sé por qué dejaste de hablar con Tara, mamá. Pero no está haciendo las cosas bien, me está humillando. Divulgando intimidades que solo le confié a ella. Ha contado lo de mi aborto. —Mi madre me mira preocupada.

—No la defiendo, cariño. Me preocupas tú. Tara es…, es una zorra —dice a las claras—. Va a ir a por ti, por eso tenía que verte en persona y comprobar si estás bien.

—No le tengo miedo.

—No has negado que estés con Lars. —Mi madre se sienta, agitada—. Hija, esto no va a acabar bien para ti.

Me siento a su lado y cojo sus manos.

—Mamá, confía en mí. Sé lo que hago y soy feliz con él, y no merezco que nadie me quite la felicidad cuando Tara ha hecho tanto daño a Lars por su egoísmo. ¿Acaso él no merece también ser feliz? Yo no pedí esto, mamá, te juro que he intentado evitarlo. Pero no puedo.

Mi madre acaricia mi mejilla y seca mis lágrimas.

—No me gusta Tara, puede hacer tanto daño, cariño. —Apoya su frente en la mía.

—No puedes protegerme de todo, he crecido.

—Ya lo veo. Pero para mí siempre serás mi pequeña.

—No te hablas con Tara, ¿por qué le has cogido el teléfono?

—Estoy inquieta desde que volviste al pueblo. Y cuando me llamó, desde un número que no era el suyo, no le colgué porque temí que te hubiera pasado algo, pero me gritó que mi hija era tan zorra como yo y que le estaba quitando el marido. Le colgué y te llamé, pensando que si me ponía dura contigo te ahorraría el dolor que ella sin duda te va a hacer.

—Bueno, ya no me sorprende nada de ella. ¿Por qué dejaste de hablarle?

—La pillé con uno de tus compañeros de clase. Le recordé que estaba casada y se rio de mí. Desde ese día dejé de hablarle.

—Entonces, mi compañero tenía razón.

—Sí, y una mujer así no deja de luchar hasta conseguir lo que quiere, se lleve por delante a quien sea. Me preocupas tú y me preocupa su hijo. Tara es capaz de hacer daño a Lars a través del niño.

Me invade el temor de que sea capaz.

—Debería dejar a Lars por el bien de todos. —Mi madre me abraza.

—No puedo decirte lo que debes hacer, cariño.

Agitada, me remuevo inquieta. Luego ayudo a mi madre a poner la mesa y hablamos del rancho.

—Otro tema que me preocupa —me dice.

—Voy a aceptarlo, asociándome con Tyre.

—Hija…

—Soy parte de esa tierra, mamá. Y cuando estoy allí siento paz. No voy a irme, quiero ayudar a levantarlo y hacer honor a mi nombre. El día que tu abuela murió, algo se rompió en ese lugar, es hora de que otra Meissa lo haga resurgir.

—No te puse ese nombre para salvar nada… Ni siquiera la conocí.

—Es mi camino, mamá. Y mi decisión.

—Siento que hacerte venir no ha servido de nada. Vas a acabar de mierda hasta las orejas.

—Bueno, ha servido para saber que me apoyas haga lo que haga.

—Eso siempre, cariño. —Comemos en silencio un rato—. ¿De verdad estaba triste?

—Sí, pero te negabas a vivir tu vida sin pensar primero en mí. Que está genial, pero yo quería verte bien, y al final pensé que yo era lo único que te hacía feliz.

—Y por eso te costó tanto aceptar ir a la universidad —adivina—. Cariño, no puedo decirte qué debes hacer con Lars, pero tal vez huir no sea la respuesta.

—Todo se verá, ¿no?

—Sí, pero prepara la escopeta, por si la loca de tu hermana aparece en medio de la noche.

—¡Mamá! —Se ríe.

Cenamos ya más calmadas y le cuento lo que hice con los caramelos y cómo metí en vereda a mis primos. Se ríe tanto que le salen las lágrimas. Cuando mi padrastro regresa y nos ve así de bien, se relaja. Luego le contamos todo, hasta que se nos hace tarde.

Duermo en mi cama y la siento rara. Giro por la cama buscando algo y sé que es a Lars, a pesar de que solo he dormido con él una noche. No voy a rendirme con él, a menos que sea Robin el que salga perjudicado.

Capítulo 28

Lars



Llego a casa a por la tarde, tras un día largo. Meissa regresó antes de la comida. Hemos estado hablando y me ha contado todo. Odio a dónde está llevando sus celos Tara. Debería preocuparle cómo está su hijo, pero cada vez pide menos hablar con él y sé que tampoco habla con ella cuando está en casa de sus abuelos. Robin me lo cuenta todo.

Los busco y veo a Meissa de pie, con uno de esos vestidos de verano deportivos que se pone para estar en casa. En cuanto se gira y clava sus ojos verde azulados en mí, siento que todo va bien. Su sonrisa sigue hablando de un futuro juntos. Tenía miedo de que ir a casa de su madre y lo de Tara fuera demasiado para ella. No sabía que estaba tan aterrado hasta que la he tenido delante y la abrazo poniendo mi cabeza en su cuello.

—Sigo aquí —me dice acariciando mi mano.

Robin no se da cuenta de nada, porque está de espaldas, pintando. Y cuando pinta se concentra mucho.

Beso su cuello y luego voy a dar un beso a Robin antes de irme a la ducha.

No tiene sentido que me sienta así por alguien a quien casi acabo de conocer. Pero es como si llevara buscándola toda la vida. Bajo ya cambiado con ropa deportiva y, aunque estoy agotado, juego con

Robin. Meissa se marcha a mi despacho a hablar unas cosas con Tyre.

Sale cuando la cena está en la mesa. Parece distraída. Aprieto su pierna bajo la mesa y la sube sobre la mía de forma sugerente. Me mira coqueta cuando Robin no se da cuenta y yo subo la mano hasta rozar su sexo.

—¡Estoy deseando aprender a montar a caballo yo solo!

—¿Qué? —Miro a Robin—. ¿Qué me he perdido?

—Bonnie me ha dicho que puedo aprender con su yegua, que es muy dócil, y que puedo montar solo.

—¿Cómo?

—¡Papá, me vas a enseñar! ¡Y montaré solo! ¿Porfi? —Robin me pone ojitos. Asiento agitado. Yo aprendí a montar joven, pero de golpe todo me da miedo.

—Mejor ir poco a poco. Ya has montado otras veces y tienes que tener cuidado. Iré viendo la mejor forma de avanzar.

—Si no, pregunta a Google cómo hacerlo más rápido.

—Claro, San Google.

—O a la IA, papá. Es más lista.

—Madre mía. Estos niños no van a saber hacer nada sin un puto robot metido por el culo.

—¡Lars! —me regaña Meissa entre risas.

—No he dicho nada.

Robin nos dice que va a ser vaquero, y cuando lo acuesto me pide que le cuente un cuento de vaqueros. Al quedarse dormido, bajo a buscar a Meissa y la encuentro bebiendo agua y mirando por la ventana de la cocina.

—No te muevas. —Ando hasta ella ansioso de su cuerpo.

Llego a su lado y la inclino hacia delante un poco, para que su trasero respingón me dé la bienvenida.

—¿Te gusta mi culo, Lars?

—No sabes cuánto, cariño.

Subo su vestido y veo sus bragas de encaje negro. Subo la mano por su costado hasta sus pechos.

—Lars…, ¿vas a hacer algo con mi trasero?

—Muchas cosas…, pero antes debo informarte de que me he hecho pruebas médicas. Tú me dijiste que te las hiciste antes de venir. —Paso la mano por su sexo y aparto la tela para meter un par de dedos dentro sin preliminares. Joder, ya está lista para mí—. Pienso enterrar mi polla sin condón en este apretado coño y que te pases el día chorreando mi semen y recordando dónde estuvo enterrada mi polla. —Su sexo se contrae con una sacudida.

—Sí, me encantaría.

Toma la píldora; las tiene en el armario de las pastillas y la veo tomarla por las mañanas. Yo no he estado con nadie desde Tara, pero quiero hacer las cosas bien, porque esta mujer me importa mucho. Tara no quería hacerlo sin condones y casi mejor, ahora que sé que no fui el único.

Meto y saco los dedos hasta que me suplica más.

Bajo las bragas y las tiro al suelo. Las cojo para guardarlas en mi bolsillo.

—Lars…, ¿vas a darme duro, grandullón?

—Muy duro, pequeña. —Subo su vestido y sus pezones duros se reflejan en el cristal—. Si los chismosos del pueblo nos vieran así, se llevarían las manos a la cabeza.

Tiro de sus pezones mientras miramos hacia la noche. Muerde su boca y acerca su culo a mi polla para restregarse.

—Que rabien de envidia.

—Por no tenerte a ti —digo besando su cuello—. Eres preciosa.

Muevo mis dedos por su sexo y los mojo hasta presionar en su trasero. Meto poco a poco el pulgar.

—Lars…

—¿Es demasiado?

—No.

La miro, ansiosa de mis atenciones, sonrojada y mojada por mí. Sus flujos mojan sus muslos. Paso la mano por ellos y miro su sonrojado sexo. No puedo cansarme de ella, ni creo que lo haga en toda la vida.

Busco un condón en mi bolsillo y me lo pongo. Entro en ella poco a poco, disfrutando del placer de tenerla así, ansiosa y cachonda por mis atenciones.

Cuando la meto del todo, los dos gruñimos de placer. La saco un poco y miro como su sexo me engulle.

—Madre mía, Mei, que imagen tengo de ti, con mi polla dentro y tu redondo culo tentándome.

—¿Te gusta llenarme?

—Me encanta.

Salgo y la meto poco a poco, prolongando la tortura de ambos. Tiro de su vestido y la dejo desnuda ante la cristalera mientras entro y salgo de ella con fuerza. El cristal hace que vea lo excitada que está. Desde aquí parece que alguien podría vernos, pero en realidad nadie puede ver lo que pasa dentro.

Cojo su trasero con mis manos y me clavo más hondo en cada embestida. No dejo de moverme hasta que noto que estoy cerca.

—Date placer, preciosa, quiero que te toques como te gusta hacerlo, imaginando que son mis manos.

Se toca el sensible clítoris mientras yo meto el dedo gordo en su trasero.

—Cómo me gusta jugar con tu cuerpo y que tú hagas lo mismo. Eres una chica mala, ¿verdad, cariño?

—Sí. Me gusta llevarte al límite.

Joder. Me sigo moviendo hasta que se corre. Salgo de ella cuando estoy a punto, y me quito el condón para darme placer hasta que me corro en la curva de su trasero. Veo su cuerpo pintado con mi esencia.

—Preciosa.

—Quiero verlo —me pide, y me da su móvil. Hago una foto de su cuerpo apenas iluminado.

Se la pongo delante y le gusta lo que ve. Se gira y busca mi boca de nuevo, ansiosa de más. Nos devoramos andando hasta su cuarto. Entramos en la ducha. Abro el grifo y me arrodillo a sus pies para lamer su sexo hasta que se corre de nuevo en mi boca.

Madre mía, no me canso de esta mujer, se ha grabado a fuego en mi piel.

Capítulo 29

Meissa



—¿Te queda claro todo antes de firmar?

Miro al abogado de Lars. Estamos reunidos para recibir mi herencia y luego repartirla entre Tyler y yo, y ser ambos herederos del rancho. Tyre se mueve nervioso y sé que teme que lo deje tirado. Por eso no dudo más. Firmo el primer documento y luego el segundo, y noto como expulsa el aire antes de firmar a su vez, ahora sí como dueño. Aún faltan algunos trámites: primero yo me haré heredera y luego seremos socios. Pero ya no hay vuelta atrás.

Tyre me abraza y siento como tiembla. ¿Esperaba de verdad que lo traicionara?

Se me parte el corazón porque pensara eso de mí.

Se separa.

—Gracias, primita. Tengo que irme a trabajar; tú ya sabes lo que debes hacer. —Se cala el sombrero y se marcha, ahora sí como legítimo dueño.

Noto el vértigo por todo esto. No esperaba acabar siendo dueña de un rancho cuando decidí regresar. El abogado de Lars recoge todos los papeles y, cuando salgo, Bonnie me espera con Robin.

—Enhorabuena. Ahora eres una vaquera.

—Solo soy un manojo de nervios.

Salimos fuera y algunas personas me felicitan. No sé cómo la voz se puede correr tan pronto en este lugar. Es como si alguien

estuviera en mi cabeza.

Por suerte para mí, nadie se ha enterado de que entre Lars y yo hay algo. Los rumores se han apagado al no vernos juntos fuera de casa de Lars. Estamos teniendo mucho cuidado. Pero cuando estamos solos no podemos apartar las manos el uno del otro. Dormir con él por las noches es lo mejor de mi día. O en su cama o en la mía. Estoy locamente enamorada de él.

Las fiestas han acabado, pero los puestos se quedarán un poco más. Vamos hasta la zona de puestos y compramos algo de merendar. Robin se pone perdido.

—Hola, hija. —Mi padre me da dos besos—. Enhorabuena por lo del rancho…, supongo.

—¿Supones?

—Bueno, ahora eres dueña de un montón de deudas, y de primos que son unos inútiles. No sé si eso es bueno.

—Tyre lo tiene controlado.

—Lo dudo mucho. Ese chico solo sabe salir de fiesta y estar con unas y con otras.

—Yo creo en él, y pienso hacerlo hasta el final. —Lo miro desafiante, cansada de sus prejuicios.

—Bueno, sí, supongo que entre los que son como tú os entendéis. —¿Mi padre piensa lo que dice antes de hablar? Acaba de dejar claro que, como ambos somos hijos de fuera del matrimonio, nos entendemos. Lo de este hombre es de estudio.

Bonnie lo mira con la boca abierta y mi madrastra le da en el brazo.

—No le hagas caso, irá muy bien —dice para animarme.

—No quise decir nada malo. Hija…

—No pasa nada, papá, todo está bien.

Mi padre me da un beso y se marcha a comprar cosas. He mentido, porque no quiero hacerle daño. Odio que la gente solo vea en mí a la hija bastarda de mi padre. Soy mucho más que eso.

—Ni caso —me dice Bonnie—. Yo no soy bastarda, pero también le sobraba a mi padre cuando encontró el gran amor de mi madrastra.

—Somos mucho más que etiquetas.

—Eso.

Andamos con Robin hasta donde está Tyre y lo veo solo en el puesto. ¿Y los demás? Ando hasta allí y advierto que atiende a la gente agitado.

—¿Y los trabajadores?

—Aomar los ha despedido. No le caían bien, dice. —Se pasa la mano por el pelo, cansado—. Lo arreglaré.

—Confío en ti.

—Vamos, hay que arrimar el hombro —apunta Bonnie.

Robin se pone a jugar dentro del puesto y ayudamos a Tyre mientras hace unas llamadas para conseguir trabajadores para mañana. Lo arregla y cuando veo a Aomar voy hasta él.

—Fuera del rancho, tienes veinticuatro horas.

—¿Qué dices?

—He dicho que fuera de MI rancho. Lo avisé. No pensaba tener allí a gente que no arrimara el hombro.

Aomar me mira con rabia.

—No te interesa tenerme como enemigo.

—No me amenaces.

—Somos familia.

—¿Lo eras cuando decidiste no hacer nada para ayudar a Tyre? Se acabó. Quien no trabaje, fuera, y pasa el mensaje al resto de la familia.

—¿Tú la apoyas? —pregunta a Tyre.

—Somos un equipo. Te he avisado demasiadas veces, y perdonado demasiadas gilipolleces.

Aomar escupe en el suelo y se va con sus amigos. Ando hasta la zona de almacén y busco mis auriculares. Se me caen al suelo y los recojo. Alguien me ayuda y cuando miro veo que es Lars. Me levanto y lo abrazo con fuerza.

—Estás temblando. —Coge los auriculares y pone música en mi móvil con una mano sin dejar de abrazarme.

Acaricia mi espalda y me da un beso en el cuello. Nadie puede vernos, pero estar aquí solos es peligroso.

—La he cagado. —Me quito los auriculares.

—No, se lo merecía, desde hace tiempo, además. —Pienso en Max.

—Vale.

—Tengo que irme. He bajado a mirar una cosa del puesto y a verte. —Me besa. Luego coge mi mano y me pone una pulsera de plata, con un sombrero y una herradura—. Enhorabuena, empresaria. Estoy muy orgulloso de ti.

—Yo estoy aterrada.

Se ríe y me abraza antes de soltarme. Cuando salgo estoy más calmada. Regreso al puesto y veo a Lars a lo lejos. Lo miro disimuladamente. Este hombre cada día está más sexi, y yo más loca por él.

—Para o se notará —murmura Bonnie, y me centro en ayudar a Tyre mientras Robin está pintando.

Mi padre nos dice que vayamos a comer a su casa. Vamos los tres y, aunque estoy agitada por si, como siempre, deja caer perlas sobre mi nacimiento, no quiero estar a malas con él. Es mi padre y nos vamos a ver mucho, ahora que este pueblo va a ser mi hogar.

—El fin de semana nos quedamos con Robin. Podrías irte a la ciudad de fiesta con tus amigas —me dice mi padre.

—Tal vez lo haga.

Salimos y vamos hasta el coche de Bonnie. De camino, nos llama su hermana.

—Os tengo que contar algo divertido. ¿Os imagináis a un montón de *misses* con diarrea? Pues eso acaba de pasar, y a mí no porque, sin querer, yo fui la culpable.

—¿Qué has hecho, Gretel? —le pregunta Bonnie.

—Mamá insiste en que me tome un laxante para no engordar. Yo hago como que me lo tomo, pero en realidad lo escupo donde pillo en cuanto se da la vuelta. Pues bien, esta vez lo hice en un bol de agua que pensaba que era para las plantas. Eché el frasquito ahí cuando ella no se daba cuenta y se lo devolví. Luego se fue y me marché a mi sitio…, y vi como lo cogían para mezclarlo con una bebida sin alcohol. Y, bueno, se lo dieron a todas, pero yo no quise.

—Madre mía, Gretel.

—Bueno, fue gracioso ver como se iban una tras otra al aseo. Aunque me dio pena cuando corrían buscando aseos libres.

Me río sin poder evitarlo, aunque me dan lástima, pero me las imagino con la mano en el culo y corriendo con la corona en la cabeza.

Bonnie acaba por reír y Gretel, igual.

—¿Y qué tal va la competencia?

—No tengo, soy jodidamente sexi, y cada año que pasa, más. Ganaré…, para mi desgracia. Pero después seré libre.

Cuelga.

—Nunca deja de sorprenderme cómo habla Gretel de su belleza.

—A ver, para ella es el pan de cada día. Ha crecido en ese mundo. Ella habla de ello sin darse cuenta de que otros la verán como una creída.

—Ya.

—Lo bueno es que mi madrastra no la deja sola y, aunque es una pesadilla, eso evita que le haga daño más de un baboso.

—Eso sí.

—La casa que le estoy haciendo para cuando pueda venir está casi lista. Estoy deseando tenerla aquí.

—Y con Max, ¿qué tal? —Estamos casi llegando a la casa de Lars.

—Ha empezado a salir con una chica, pero no es para él. Porque pasa más tiempo trabajando que con ella. Les doy unos meses.

—¿Y las cosas entre vosotros?

—Bien, hablamos mucho, como siempre, pero sigue sin poder verme junto a su padre. Le sigue pareciendo raro, aunque se alegra por los dos y dice que su padre no podría tener mejor pareja. Las veces que nos hemos visto los tres ha sido tenso.

—Si no os ve más juntos, no se va a acostumbrar.

—Ya, bueno, es complicado querer a alguien y que ahora sea la mujer de tu padre.

Pienso en Tara y me remuevo en el asiento, inquieta. Esto que estoy haciendo con Lars está mal. Lo sé. El problema es que no puedo detenerlo. Como si todos mis pasos me hubieran guiado a él. Cuando lo abrazo no siento que nada esté mal.

Nos despedimos de Bonnie. Al entrar a la casa, siento que Lars no está. Como si su presencia llenara todo el espacio. Ducho a Robin y lo pongo cómodo para jugar a algo con él. Lars llega tarde y cansado. Lo miro y me derrito por este hombre tan sexi que me tiene loca.

—¿Todo bien?

—Ha habido una estampida de las tierras de tu primo…, quiero decir, tuyas. Y sus animales han entrado en las nuestras y han arrasado algunos cultivos. Ya está controlado. Tyre está buscando a los culpables.

—Todo apunta a Aomar, porque lo he despedido.

—Eso cree él. Ha dado parte a la policía. Nunca ha querido ir contra los suyos, pero es hora de que aprendan que se acabó vivir del cuento.

—Dúchate y luego llamaré a mi primo.

Va hasta las escaleras y lo sigo. Subo unos escalones y lo beso. Lentamente y luego con más intensidad.

—Lo mejor de mi día. —Besa mi mejilla—. Luego, esta noche, me cuentas qué te preocupa. Te noto distante.

—Vale, grandullón.

Le doy una palmada en el culo y regreso al salón con Robin. Ahora nos toca pintar. Pinto con él pensando en todos los quebraderos de cabeza que me va a dar mi nuevo rancho. ¿Estaré preparada para todo esto? No tengo ni la más remota idea.

Capítulo 30

Lars



Entro al cuarto de Meissa tras un rato intentando que Robin se durmiera. Está inquieto. No ha dejado de preguntar por su madre. Y eso hace que le cueste conciliar el sueño. Él no entiende por qué, si lo quiere tanto, no está a su lado. Es pequeño para entender el egoísmo que Tara está mostrando y me da miedo que todo esto destruya su inocencia. O lo haga crecer demasiado pronto.

—Tienes mala cara. —Me tumbo en la cama y me abraza—. ¿Todo bien?

—Ha preguntado por Tara. Y no sé nada de ella desde hace días. Es raro que no haya llamado para exigirme que me aleje de ti. —Paso la mano por la curva de su espalda sobre la camiseta de dormir que se ha puesto y sigo hasta su trasero—. No llevas bragas.

—No. Te estaba esperando. —Me dice coqueta, y se sube sobre mí —. ¿Podemos hablar luego? Te necesito dentro de mí ya.

—Si me lo pides así, no pienso negarme. —Se ríe y busca mi boca para besarnos con ansia.

No me puedo creer que, antes de conocerla, para mí el sexo fuera aburrido. Con ella todo es fuego. Ardo en sus brazos y me consume con fuerza. Tiro de su camiseta y ella de la mía. Se contonea sobre mí. Sus pechos suben y bajan, estoy a punto, y eso que ni siquiera estoy dentro de ella.

Saco un condón y me lo pone. Luego se deja caer lentamente, apoyando sus manos en mi pecho.

—Te gusta torturarme.

—Por las veces que tú me torturas a mí.

Sigue bajando a su ritmo. Echo la cabeza hacia atrás cuando no puedo más. Cuando se deja caer, jadeamos con fuerza. Luego mueve su cuerpo adelante y atrás como si montara a caballo.

—Me matas, Mei.

—Te estoy cabalgando, grandullón.

Gruño y busco su boca mientras me monta con fuerza. Llevo sus duros pezones a mi boca. Cuando se separa veo como se mueven, mojados y sonrojados por mis atenciones. Es preciosa y salvaje. Y quiero que sea mía para siempre. La revelación me deja noqueado y me hace darme cuenta de la intensidad de mis sentimientos por ella.

Nos movemos juntos hasta que nos corremos. Cae sobre mí y la abrazo con fuerza, no queriendo dejarla ir nunca.

***

—Aomar se lo merecía —le digo tras escuchar todo lo que ha pasado.

—Sí, pero me va a tocar tomar decisiones duras. Tyre no los había despedido porque le daban lástima, pero yo no voy a hacer eso. El rancho necesita resurgir, y si para eso tengo que ser dura, lo seré.

—Con lo dulce que pareces, y eres la villana del cuento —la pico, y me da en el brazo—. A mí me encanta cómo eres y sí, es una mierda como dueño tener que tomar esas decisiones, yo lo hago a diario y no es fácil. Pero si un solo eslabón de la cadena va mal, nada puede salir adelante.

—Lo sé. Tyre dice que tiene controlado lo de la estampida. Mañana Bonnie vendrá un rato a quedarse con Robin y yo iré a poner orden.

—Me encantaría que te grabaras para ver cómo les cantas las cuarenta a los Landry.

—Yo soy una de ellos.

—La mejor, sin duda. —Aparto el pelo de su cara—. ¿Y qué más te preocupa?

—Ser mala persona por estar liada con el ex de mi hermana.

—Lo sé, sé que eso te angustia. —Acaricio su mejilla. A veces temo que la presión de todo esto la aleje de mí.

—Supongo que con el tiempo dejaré de sentirme culpable.

—Sí.

—¿Has sabido algo de Tara?

—No, es sorprendente como puede estar tantos días sin saber de su hijo. —Acaricia mi pecho—. Esto va a marcar a Robin. Va a perder su inocencia antes de tiempo.

—Yo nunca tuve esa inocencia. Y no he salido tan mal, ¿no?

—No, cariño. Pero para él quería lo mejor.

—Bueno, al final jugamos lo mejor que podemos las cartas que nos han tocado. Y no lo haces tan mal. —Besa mi cuello—. Nada mal.

Se le abre la boca por el sueño y dejo que se duerma. Al poco está torrada abrazada a mí. No sé cómo lo haré, pero no pienso dejar que ella se me escape.

Capítulo 31

Meissa



Despedir a Aomar ha hecho que en el rancho se rebelen sus primos y sus amigos. Tyre no puede con todo solo, por eso lo he estado ayudando por las tardes. He pedido todos los informes de trabajos. Hoy es sábado y estoy en mi nuevo rancho. En la casa grande, el despacho ya está acabado y estoy trabajando en él con mi ordenador, intentando que esta hacienda esté lo más informatizada posible. Hay mucho trabajo por delante, y en vez de asustarme estoy emocionada.

—Ya están todos listos en la puerta.

—Siento todo esto, Tyre.

—Yo no, debí ser así, poner el rancho por delante.

—Bueno, yo no tengo sentimientos hacia ellos, no como tú.

—Tampoco los tengo. Aquí no ha habido otra cosa que supervivencia y egoísmo.

Y, a pesar de eso, les dio una oportunidad. Cuanto más conozco a Tyre, más lo quiero. Le doy un abrazo que lo pone rígido y salgo al patio, donde me esperan todos los trabajadores.

—Quiero presentarme a todos, como nueva socia y heredera del rancho. Mi nombre es Meissa Landry y estoy aquí para levantar este lugar, no para seguir viviendo en el fango. Esta cadena va a dejar de estar rota y si alguien no está al cien por cien para la causa, será despedido, sea familia o no. —Todos miran a Tyre.

—Estoy con ella. A partir de ahora, no se va a tener en cuenta a la familia. Quien quiera casa y trabajo deberá ganárselo.

—¿Y a dónde iremos? —dice una mujer.

—Aquí, si trabajas —le respondo—. Hemos analizado cuáles son los mejores trabajos para cada uno. Quien se quede debe ser para darlo todo; quien no, ya puede irse. Y una cosa más. He instalado cámaras por toda la hacienda. —Mentira, pero no lo saben; solo hay unas pocas, y otras falsas—. Quien vaya contra nosotros tendrá que dar explicaciones a la policía. Y se acabaron las peleas y los abusos. Los Landry somos algo más que matones de mierda. ¿Os queda claro? —No se oye una mosca—. Y ahora, id pasando al despacho en orden si decidís quedaros; se os asignarán tareas y os hablaremos del sueldo.

Miro a Tyre.

—Esta es una nueva era; o estáis con nosotros, o fuera. El rancho tiene mucho potencial, un día fue el mejor del pueblo. No espero serlo de nuevo, pero sí dejar de ser ese rancho venido a menos que sobrevive a duras penas. ¿Os queda claro?

Miro orgullosa a mi primo. Veo a su madre, emocionada, hacer lo mismo no muy lejos. Es una buena mujer que nos ha estado ayudando en todo.

Entramos al despacho y empieza el caos. Los primeros no entran para pedir trabajo, sino para quejarse, para exigir. No nos queda más remedio que despedirlos. Se les deja la puerta abierta si cambian de idea.

Y así, casi la mitad. Tyre me mira preocupado, por si nos quedamos sin nadie. Pero no, empieza a entrar gente comprometida con la causa. El día se hace largo y ahora tenemos que buscar nuevos trabajadores.

—¿De dónde los vamos a sacar? —pregunto a Tyre.

—Yo me encargo, prima. —Su mirada es fiera y por eso dejo mi fe depositada en él.

Voy hasta mi camioneta, porque el coche rosa no va bien y lo están arreglando, y Tyre me dio esta camioneta que pienso pintar de rosa. Varias niñas se me acercan y me dan un abrazo. Les doy un beso en la cabeza y me marcho. Miro la colina llena de flores por la

que mi bisabuela iba con su caballo. Lo vamos a lograr. Este lugar va a ser increíble.

***

Llego a casa de Lars cansada. El capataz de la finca Landry, el señor Gagne, nos ha estado ayudando a Tyre y a mí. Por cómo trata a Tyre se nota que le tiene aprecio. Es de los pocos que no son parientes nuestros. Su familia lleva años dando capataces al rancho y ahí siguen. Al parecer, por un cariño especial a mi bisabuela y sus caballos. Por eso está tan emocionado con la idea de que volvamos a tener buenos caballos de carreras. Su familia era la que se encargaba de ello.

Abro la puerta y Lars entra desde el jardín.

—¿Te das una ducha mientras yo termino de preparar la cena? —Coge mi cara entre sus manos y me besa.

—¿Y si pasamos al postre y dormimos doce horas seguidas? —me río mientras lo abrazo con fuerza.

Su corazón late acelerado por tenerme así, entre sus brazos. He estado contándole todo lo que iba pasando. No ha dejado de estar pendiente de mí en todo el día. Robin pasa el fin de semana con sus abuelos.

—Ahora salgo—Le digo y me pierdo en mi cuarto para darme una ducha relajante.

***

Salgo hacia el jardín con un vestido fresco. Lars está encendiendo unas velas. Ha preparado una mesa preciosa en el cenador. Con velas y flores silvestres, repartidas en varios jarrones por el lugar. Está tan bonito, que los ojos se me llenan de lágrimas ante tal muestra de cariño.

—Te quiero —le suelto de sopetón. Lars me mira y luego me indica con un dedo que me acerque—. Lo sé, es demasiado pronto…, soy la hermana de Tara…

Su boca se cierne sobre la mía y me besa con dulzura.

—Te quiero, Mei.

—¿Lo puedes repetir? Me gusta oírte decir que me quieres.

—Te quiero, cariño. Y sí, es pronto, y no, no pedí esto, porque no va a ser fácil, pero te quiero en mi vida para siempre. Voy a luchar por ello.

—Yo también, pero sin precipitarnos. Robin es lo primero. —Me besa con dulzura.

—Que lo quieras tanto y lo pongas por delante de todo hace que te ame más.

—Quiero a tu hijo y no voy a dejar que nadie le haga daño.

Me besa y luego me aparta la silla para que me siente. Acepto, encantada con todo esto. Con el cuidado que ha puesto en los detalles. Hay corazones esparcidos por la mesa. Cojo algunos con los dedos mientras sirve la cena. Mientras cenamos le cuento todos los planes que tengo para mi rancho.

—Yo tengo contactos con el mundo de las carreras de caballos. Te los puedo pasar.

—Y así trabajamos juntos en algo.

Su mirada se hace hambrienta.

—Has hecho lo que tenías que hacer con tus primos y con la gente que no quería trabajar allí.

—Algunos tenían familia.

—Si en una sociedad solo se generan pérdidas, al final pierden todos. No podías hacer otra cosa, o el rancho hubiera tenido que cerrar.

—Sí, las cosas están mal. Tyre ha invertido todo el dinero que tenía ahorrado de años haciendo trabajos extras fuera del rancho. Por eso tenía miedo de que le quitara todo.

—Es comprensible.

—Yo tengo poco ahorrado, pero he pensado hacer webs para la gente del pueblo y así ganar un dinero extra. No me va a quedar tiempo para nada.

—Eso parece. —Acaricia mi mano—. Los comienzos siempre son duros. Yo creo en ti.

—Llegué a este lugar perdida y ahora tengo ilusión. Nunca voy a olvidarlo. —Toco mi estómago—. Pero debo seguir adelante, y ahora tengo un propósito.

—Lo veo en tus ojos.

Hablamos un poco más y pasamos al postre. Cojo mi plato y lo llevo a su lado. Aparta la silla para que me siente sobre él. Disfruto del chocolate y de sus besos.

—Lars…, ¿podemos pasar a la cama?

—Quiero darme un baño.

—¿En serio? —Toca mi pecho y se ríe.

—Vamos al agua. —Se levanta y se quita la camiseta—. Estamos solos. —Tira de su pantalón y se queda desnudo. Gloriosamente desnudo, matizo. Se me seca la boca de verlo así ante mí—. Quiero bañarme contigo así desde hace tiempo.

—Me has convencido.

Tiro de mi vestido. Me quito la ropa interior, coqueta.

—Hay algo que debes saber. —Lars coge unos papeles—. Estoy limpio. Soy todo tuyo sin barreras, si quieres.

Mi sexo da una sacudida y me tiro al agua sin responder. Lo escucho meterse cuando saco la cabeza. Hay algo liberado en bañarse sin nada en la piscina. Me atrapa y nos besamos contra la pared. Saber que estamos limpios aumenta el placer de nuestros juegos. Llevo mi sexo a su polla y me restriego contra ella, subiendo y bajando hasta que entra un poco. Gemimos juntos mientras entra cada vez un poco más.

Me alza para lamer mis pezones mojados mientras mi cuerpo se abre a él. Entra del todo, sin nada, sin barreras, solos él y yo.

Nos movemos juntos hasta que se aparta jadeante. Anda conmigo hasta las hamacas y se cierne sobre mí. Entra en mi interior con fuerza y, sin dejar de besarnos, nos movemos juntos hasta que se corre dentro de mí. Sale y noto su semen caliente caer por mi pierna. Juega con la humedad y me frota el clítoris hasta que me corro.

—Era tan bueno que no pude esperar. —Nos besamos, aún jadeantes.

—Muy bueno. ¿Te arrepientes de esto? —pregunto agitada.

—¿Por qué me dices eso? Yo, a veces, pienso si no será al revés. Estar conmigo no va a ser fácil. —Aparta el pelo de mi escote—. Puedes tener al hombre que quieras. Eres joven…

—Lars, no quiero estar en otro lugar. Y me gusta estar contigo. Podría tener al hombre que quisiera —le digo un poco sobrada, y eso me recuerda a Gretel—. Pero te quiero a ti.

Nos besamos y va a buscar toallas tras ducharnos en las duchas de la piscina. Tras ponerme el albornoz va a buscar una caja. Él solo lleva una toalla anudada en la cintura.

—A la pulsera que te di le faltaba una pieza. —Abre la caja y veo un corazón—. Es el mío, si lo quieres.

—Lo acepto.

Lo pone en mi pulsera tras abrirla. Luego me coge en brazos y me lleva hasta su cama. No protesto, porque estoy agotada. Hoy me cuida él, mañana lo cuidaré yo. Eso es el amor.

Capítulo 32

Lars



Meissa está en el despacho hablando con Tyre por videollamada mientras yo organizo las comidas de la semana y me preparo para ir a por Robin a casa de sus abuelos. Estoy deseando verlo, es un trasto, pero cuando no está en casa, el silencio es demasiado grande.

Hoy hemos pasado el día en casa de Darren y Bonnie. Esta y Meissa se llevan muy bien, no como pasaba con Tara, que a veces obligaba a Bonnie a ser quien no quería. Mi abuelo y Saril se han pasado para merendar.

—¿Qué tal folla este viejo? —dijo Saril, y Meissa casi se atragantó con las galletas.

—Muy bien, para tener sus años —me picó mi chica, y Saril se rio.

Darren sonrió. Disfrutando, como siempre, de no ser el blanco de sus atenciones.

—Tú no te rías, que quiero más biznietos. Algo debes de estar haciendo mal con la joven si no está preñada ya.

—No hace nada mal, abuela —le respondió Bonnie, y Darren sonrió más, con esa cara de idiota enamorado que pone.

—Qué cara tienes —le dije.

—La misma que tú cuando miras a Meissa —respondió Rob.

Meissa se rio feliz. Muy feliz. Me gusta verla así. Con ellos no tenemos que fingir que no somos nada. Es liberador estar a su lado

con gente que no pone malas caras si la beso, la cojo de la mano o le digo que está preciosa.

Pero eso, de momento, debe seguir siendo un secreto. Miro el móvil para irme y escucho un coche acercarse. Voy hasta la ventana de la cocina y veo el coche de Tara. Algo se sube por mi pecho. Algo que me oprime y me quita el aire. Como si la vida me recordara que no puedo ser feliz.

Tara baja del coche. Viene hasta la puerta y voy a abrir.

—Hola, querido. —Entra y va derecha al salón—. ¿Y mi hermana?

—En el despacho. Pero esta no es tu casa y no pienso dejar que entres sin avisarla.

Se la suda, va hasta el despacho y entra, pillando a Meissa trabajando. Por la cara de Tara adivino que esperaba una escena de otro tipo. Nos mira a uno y a otro. Meissa se ha quedado pálida.

—Te llamo luego, Tyre, mi hermana está aquí.

—¡No me jodas! —dice Tyre antes de que Meissa cuelgue.

—Vaya, parece que Tyre sabe que no te alegras de verme. —Tara abraza a Meissa y esta me mira agitada.

—Sabe que has difundido rumores sobre mí usando a sus primas. Por eso sabe que ahora no estamos en nuestro mejor momento.

—Ah, bueno, me has pillado, pero lo hice por ti. Este viejo no es para ti. —Coge su cara entre sus manos.

—¿Qué haces aquí? —pregunto harto—. No se te ha perdido nada en mi casa si no está Robin.

—Pensaba que el niño estaba aquí.

—Pero no has preguntado por él…, luego sabes que está con tus padres. —Tara no puede ocultar que la he pillado.

—Tengo mucho que hablar con Tyre, si no te importa. —Meissa se sienta.

—Vamos, Meissa, somos hermanas, tú me quieres.

—No voy a cuestionar que te quiero, pero no siempre vale todo.

—Vamos, Tara, déjala trabajar.

Tara mira enfadada a su hermana. Cierro la puerta y, cuando miro a Meissa, la veo poniéndose los auriculares. No va a llamar a Tyre, va a meterse en su mundo para ordenar sus ideas.

—Parece que está enfadada.

—¿Y qué esperabas?

Tara me mira. Y es como si no la reconociera. La quise. Pero ahora, al mirarla, sé que nunca fue amor. No fue un amor sano, de esos que te desgarran por dentro y te hacen sentir tantas emociones. No fue lo que siento por Meissa. Y, aun así, la quise, y la respetaba.

—No sé, esto no. Meissa siempre me perdona, a menos que estéis juntos…

—Deja eso ya. Voy a por Robin, me está esperando y voy tarde.

—¿Me puedo quedar aquí para esperarlo?

—No, vamos.

—¿No decías que siempre podía ver a mi hijo cuando quisiera?

—Sí, pero tu hijo no está aquí, y si yo hubiera estado semanas sin verlo, lo primero que habría hecho sería ir a buscarlo, no ir a tu casa a ver si te pillaba con alguien.

—Tal vez porque a mí tú me importas más.

—Pues para mí Robin es lo primero, Tara. Y si no lo pones por delante, al menos no le jodas más la vida con tonterías.

Salimos y llamo a Meissa de camino. Tara me sigue con su coche.

—No lo sabía —digo cuando descuelga.

—Por tu cara se ha notado. Seguro que sabía que estábamos solos y quiso pillarnos sin ropa. Por suerte no ha venido esta mañana, cuando decidimos volver a bañarnos desnudos.

—Sí…, esto lo va a complicar todo.

—Sigo aquí, no voy a irme.

—Siento que estar conmigo sea tan complicado, y se va a poner peor con ella aquí.

—Lo sé. Ahora debemos andar con pies de plomo por Robin.

Pienso en como Tara ha priorizado todo lo demás antes que su hijo. Agitado, le digo a Meissa que luego hablamos. Odio estar en medio de esta guerra. De tener que dar tantas explicaciones cuando sé que, por Robin, seguramente yo hubiera seguido casado con Tara para ahorrarle todo esto. Aunque no fuera feliz. Y ahora que soy feliz, parece que molesta.

Llego a casa de mis exsuegros y aparco. Tara hace lo mismo detrás y saca sus maletas. Llamo y les digo que Tara viene conmigo.

Esta pone mala cara, pero me da igual; ellos quieren a Robin y se lo dirán de modo que la sorpresa no le cause daño.

Cuando subimos, Robin no sale a saludarme, y es raro.

—Se ha encerrado en su cuarto —me dice Ivar, y luego abraza a su hija—. No quiere verte.

—¡Has puesto a mi hijo en mi contra! ¿O ha sido esa zorra?

—¡Para, Tara! —le pide su padre—. Meissa quiere mucho a Robin, nunca haría eso.

—¿Y tú puedes jurarlo? Ahora les sobro, quieren su familia perfecta sin mí. Por eso he venido, para recuperar a mi marido.

Tara parece fuera de sí y cuando se pone así me lleva al límite. Por eso me marcho a la cocina a beber agua. Cuando escucho a Robin, salgo y lo veo abrazado a su abuela. No quiere mirar a su madre. Tara le dice que es mamá, que lo quiere, pero Robin echa los brazos para que yo lo coja, y lo hago con el corazón hecho pedazos.

—Todo está bien.

—No quiero verla.

Tara me mira con rabia.

—Si lo quieres, dale tiempo, solo está así porque no quiere que te vayas de nuevo.

—No voy a irme —promete al niño.

No la creo y, por la mirada de sus padres, sé que ellos tampoco. Salgo de la casa e Ivar me acompaña con las cosas de Robin.

—Hablaré con ella —me dice, y parece triste—. Tenemos que ser una piña por el niño.

—Sí, y te lo agradezco. Porque no voy a volver con Tara.

—Lo sé, Lars, sé que tú quieres a Meissa. Conozco lo suficiente a mi hija pequeña para saberlo, pero esperaba…, no sé, no quería esto para Tara, pero Meissa tampoco se merece esto, y Robin menos. Haré lo que pueda. Pero no va a ser fácil ahora. —Me da unas palmadas en el brazo y luego da besos a Robin antes de cerrar la puerta.

Conduzco pendiente de Robin, que va callado mirando la noche. Pongo música y parece más relajado al escuchar las canciones que le gustan. Al llegar, entra en casa y mira a Meissa, que lo espera en el salón. Va hacia ella y la abraza con fuerza.

—¿Te vas a ir, ahora que ha vuelto mamá?

—No, cariño, siempre juntos, te lo prometí. —Meissa lo acuna en sus brazos al sentarse en el sofá—. Tu mamá te quiere y es bueno que esté aquí.

—Seguro que se vuelve a ir.

Me siento al lado de los dos.

—No lo creo —digo, y odio mentirle—. Lo mismo se ha dado cuenta de que no puede vivir lejos de ti y ha vuelto corriendo.

Robin me mira ilusionado y más relajado. Odio ver la esperanza brillando en sus ojos. Si Tara le falla de nuevo, llegará un momento en que romperá su confianza para siempre.

Es tarde cuando entro al cuarto de Meissa. Abre los brazos tras dejar el libro que está leyendo. Entro en la cama y nos abrazamos.

—Te quiero, Lars, sigo aquí.

—Me basta con eso.

Robin no para de despertarse agitado; al final me meto en su cama y se duerme nervioso. Ya empezamos a pagar las consecuencias de la vuelta de Tara; miedo me da lo que nos espera.

Capítulo 33

Meissa



Robin está callado, pero hemos hecho muchas cosas. Ahora está pintando tras haber jugado en la piscina. Hace mucho calor y le he escrito a Lars para pedirle que instale un toldo que se pueda abrir y cerrar para tapar una parte de la piscina. Sé que esto es meterme en cosas de su casa, pero él ha respondido mostrándome ideas.

Tocan a la puerta y voy hacia ella. Veo que es Tara.

Abro agitada y nerviosa. Pensé que le daría más tiempo a Robin, pero, como siempre, va a lo suyo.

—Hola, cariño. —Entra a ver a Robin tras decirme un frío «hola» y este la mira enfadado—. Lo sé, debí venir antes. Pero ya no voy a irme más. Lo prometo.

Robin la mira desconfiado, pero al fin y al cabo es su madre y la ha echado de menos. Va hasta ella y la abraza. Me recuerda a mí, cuando me enfadaba con mi padre y luego me decía que lo sentía y me abrazaba. Le devolvía el abrazo, pero no me sentía en casa, como cuando abrazo a mi madre.

—Puedes tomarte la mañana libre, me voy a quedar con mi hijo.

—No voy a irme. Estaré en el despacho.

Dice que vale y le propone a Robin que jueguen. Inquieta, me meto en el despacho. Hago cosas de mi trabajo y me digo una y otra vez que no debo salir. He escrito a Lars y me ha dicho que vendrá en cuanto pueda. No salgo, pero me cuesta la vida.

—Hola, primita. —Tyre me responde enseguida cuando lo llamo.

—Hola, he estado haciendo pruebas para la web.

—¿Por qué te noto tan tensa?

—Tara está con Robin. —Se lo cuento todo—. Es su madre, y yo la vil impostora.

—Madre mía, eso ha sonado a las novelas esas de frutas de las redes que me pone mi madre.

—Sí, las he visto. Pero es que no escucho nada. Todo parece calmado, y en el jardín hace calor…

—Meissa, es su madre.

—Sí.

Va hasta su despacho y trabajamos juntos un rato. El silencio en la casa me desquicia. Y cuando escucho a Robin me calmo. Hasta que se pone a llorar como un loco y salgo corriendo. Lo encuentro solo en la cocina, con la rodilla llena de sangre. Tara baja por las escaleras.

—Aparta, es mi hijo. ¿Qué te ha pasado, cariño?

Se lo lleva al aseo para curarlo. Robin no para de llorar y justo en este momento llega Lars.

—No le pasa nada, cariño —le dice Tara. Yo me siento una vil impostora, como le dije a Tyre, y la broma no mitiga la incomodidad de mi pecho.

Salgo de aquí y voy hasta mi coche para irme con Bonnie. Necesito alejarme de todo por un momento. Pero no voy a ver a Bonnie, acabo con Tyre. Al verme, solo me da trabajo, y eso calma mi tormenta.

Lars

—¿Por qué Robin estaba solo en la cocina? —pregunto a Tara cuando Robin se duerme tras untarle crema por todo el cuerpo, porque su querida madre lo había sacado a la piscina sin ponerle protección—. ¿Y por qué no le pusiste crema solar?

—Ella no me dijo que no la llevaba puesta. Y subí solo a por crema…, yo… ¡Mira, no lo he hecho aposta!

—Siento que me ocultas cosas. Y no puedes venir y hacer como si nada.

—Es mi hijo, eso está por encima de todo.

Pienso en Robin una y otra vez para no decir nada de lo que me pueda arrepentir, pero sospecho que subió para registrar mi cuarto y pillar cosas de su hermana en él. Por suerte, como la conozco, no hay nada de Meissa allí. Tenemos que tener sumo cuidado con eso.

—He pensado que, ahora que he vuelto y mientras no encuentre trabajo, puedo quedarme con Robin mientras tú trabajas.

—No, no voy a prohibirte verlo, pero no. Eso confundirá a Robin y le hará creer que volvemos a estar juntos.

—Tal vez sea lo mejor para el niño. Tú siempre lo pones por delante, tal vez…

—Nunca voy a volver contigo, Tara, nunca, y te lo puedo jurar.

Me mira con tanto odio que siento que debí medir mis palabras.

—Es mejor que me vaya, mañana volveré.

Se marcha y odio todo esto. Al poco, Robin se despierta; le duele la piel. Lo llevo al médico e informo a Tara. Dice que vale y nada más. Sus abuelos sí se acercan a la farmacia para verlo.

—Madre mía, está muy rojo. —Ivar, asustado, le pone la mano en la cabeza—. Le puede dar fiebre.

—Sí, hay que vigilar que no tenga insolación. Me voy a quedar en la casa de Ehud para estar más cerca del médico.

—Puedes quedarte en nuestra casa.

—No con Tara en ella.

—Sí, mejor. —Ivar mira al niño, preocupado, mientras pago todo lo que necesita.

Vamos a casa de Ehud y su mujer le pone películas al pequeño. Meissa viene a media tarde, nerviosa, y luego se pone a llorar en el aseo.

—¿Qué pasa, cariño? —La abrazo.

—Sabía que algo no iba bien. Lo sentía aquí. —Se señala el pecho —. Pero pensé que era su madre y que si le decía algo… ¿Por qué no

salí y le exigí que entrara? Esto es mi culpa. —Seco sus lágrimas y veo el tormento en su mirada.

—Mei, es su madre, no esperabas que no lo cuidara bien, y si le hubieras dicho algo se hubiera enfadado más. No va a ser fácil esto con ella aquí.

—¿Lo dices por nosotros?

—Lo digo por todo.

—Tal vez lo mejor sea que otra cuide a Robin. Y así no habrá un conflicto tan directo.

—Mei…

—No te estoy dejando, solo quiero hacer lo mejor para el niño, y si ella ahora me odia, lo usará. Y mira lo que ha pasado: Robin está quemado por el sol.

—Siento interrumpir. —Miramos a Delfina—. Pero Meissa tiene razón. Yo estoy de vacaciones y me puedo ganar un dinero extra cuidando a Robin, al menos hasta que Tara acepte que no vas a volver con ella.

Robin me llama y no estoy listo para tomar decisiones ahora. Al final tenemos que ir a urgencias. Le sube la fiebre y pasamos la noche allí. Tara no aparece. Se ha ido de fiesta. Sus padres sí se quedan conmigo y con Meissa.

—Sabes que es lo mejor —me dice Meissa cuando Robin ya está mejor y regresamos a mi casa.

—Lo nuestro no acaba aquí.

—Nunca. —Me besa en su cuarto y la abrazo con fuerza. Cuando recoge todo para irse, siento que alguien me ha arrancado un trozo de mi pecho.

—¿No va a volver? —Robin me mira nervioso.

—Sí, Meissa nunca romperá su promesa.

Eso sí se lo puedo prometer, porque Meissa no es Tara.

Capítulo 34

Meissa



Delfina está cuidando a Robin y yo me paso siempre que puedo si no está Tara. Como con ellos antes de volverme a mi rancho, donde hay tanto trabajo. Tyre quiere hacerse cargo de todo, pero yo no quiero estar al margen.

Lars y yo seguimos juntos. Esto nos ha unido más. Pero nos vemos menos, ya que antes dormía en su casa y ahora es complicado coincidir sin levantar habladurías.

Ahora estoy en la casa grande. Está en obras, pero algunas zonas ya se pueden habitar, porque las hemos estado pintando y arreglando Tyre y yo.

Escucho los pasos de Tyre antes de que toque a mi puerta.

—Pasa —le digo sin volverme mientras tomo café mirando los campos por la ventana.

—Me he inscrito para las peleas del rancho Bennet. —Se pone a mi lado—. Odio la violencia, pero aquí todos hemos aprendido a pelear desde críos y este año el premio es de veinte mil dólares. Pienso traerlos a casa.

—¿Y si te lesionas?

—Es un riesgo, pero no hay nadie mejor que yo peleando —dice sobrado. Pongo los ojos en blanco—. Es verdad, por eso he llegado hasta aquí.

—Más te vale ganar y estar listo para trabajar al día siguiente.

—Das miedo, primita. —Mira los campos—. Poco a poco mejoran.

—Siempre.

—Y ahora tengo una sorpresa para ti. Coge las llaves de tu coche.

Las cojo y voy tras él. Vamos a su camioneta y me dice que la siga. Llegamos a un camino que antes no estaba. Está apartado del principal que tengo que coger para ir al pueblo y a casa de Lars. Sigo a Tyre y veo la casa de Lars al fondo, junto al rancho. Llegamos al final. Y se detiene.

—Es un camino secreto —dice cuando bajamos de nuestros vehículos—. Era el que conectaba antes los dos ranchos. Lars y yo lo hemos adecentado para ti. Nos vemos, primita.

Va a su camioneta y yo a casa de Lars.

Cuando estoy a punto de llegar dudo por si está allí Tara, pero luego me recuerdo que es por la tarde y que yo soy la tía de Robin, por tanto tengo derecho a estar aquí. Voy hacia la puerta y veo que no está el coche de mi hermana.

Toco y la puerta se abre. Lars tira de mí y me besa con pasión.

—Robin pasa la noche con su madre y tú conmigo.

—¿Estás seguro?

—Más que nada. Te estaba esperando.

—Me has creado un camino.

—Y lo haré siempre para atraerte a mí.

Dejamos un reguero de ropa hasta su cama y, cuando caemos en ella, entra en mi interior con fuerza.

—Duro, joder, hoy lo quiero bien duro —le pido.

Sale y entra de mi cuerpo con rudeza. Como yo quería, como yo deseaba. Lo beso con tanta hambre que marco sus labios y él los míos.

—Joder, cariño, cómo te echaba de menos. Tenerte así, desnuda y abierta en mi cama. Estar dentro de ti. —Apoya su mano en el cabecero. Enredo las piernas en sus caderas y eso hace que entre más hondo.

Lo siento por todas partes. Su cuerpo me abraza, mi piel se funde con la suya.

Nos corremos juntos como salvajes. Grito su nombre, que resuena por las paredes.

—Hola —dice sin salir de mí.

—Me quedo a dormir. —Se ríe y por un momento, a pesar de todos los problemas, siento que podemos con todo.

Lars

Meissa se sienta a mi lado cerca de la piscina para ver el atardecer. Tengo que ir a por Robin en un rato, pero hasta ese momento la tengo aquí, conmigo.

—Me gusta el toldo —dice mirándolo, ahora recogido.

—Lo han puesto en tiempo récord. Aunque Robin ahora solo se baña muy temprano, cuando no hay tanto sol. O por la tarde.

Tara no dijo nada de lo que pasó, solo que estaba con sus amigos y no pensaba que hubiera pasado nada. Se pasa por mi casa cuando le da la gana, pero Delfina la tiene a raya y, como no se llevan bien, no le pasa ni una. Ella está a cargo de Robin y Delfina manda. Creo que la mujer de Ehud nunca me había caído tan bien.

—¿Cómo va todo para las fiestas?

—Agotador. Ya han llegado algunas personas que se instalan en la zona de cámping.

—Yo iré con Tyre. Así no levanto sospechas de que en realidad voy a ver a mi vaquero favorito.

Pasa sus dedos por mi pecho. Voy a decir algo cuando la puerta se abre.

—¡Papá!

Meissa se marcha por la parte trasera hacia su coche. Entro en la casa y miro a Tara mientras abrazo a Robin.

—¡Hemos venido a darte una sorpresa! ¡Mamá se queda a cenar! ¿A que es genial?

—Sí, ve a lavarte las manos.

Tara sonríe hasta que ve un tanga de Meissa en el suelo. Mierda. Por suerte, no hay nada más.

—¿Qué es esto, Lars?

—No hace falta que te diga lo que hago, ahora que soy libre. —Se lo quito de las manos.

—¿Es de ella?

—No sé de qué hablas.

—¡Es de mi hermana!

—Mira, Tara, no tengo que darte explicaciones.

Robin regresa y, contento, nos cuenta que vamos a hacer pizza los tres juntos. Tara lo está usando para que se haga ilusiones. Pero está tan contento que no le digo nada hasta por la noche. Cuando lo acuesto, ya solos los dos.

—Cariño, no sé qué te ha dicho mamá, pero no vamos a volver a estar juntos.

—¿No? —Veo el dolor en sus ojos.

—No, pero eso no cambia que seas lo más importante para nosotros.

No dice nada, se da la vuelta y se duerme, y odio a Tara por darle falsas esperanzas. Se lo digo en un mensaje, pero no responde. Se está pasando con el juego y no pienso ceder, y que ella crea lo que quiera.

Capítulo 35

Meissa



Robin casi no quiere verme. Cada vez que voy a verlo me rehúye con la mirada o se aparta de mí como si le hiciera daño. No le he dicho nada a Lars, porque bastante tiene con Tara y la idea que le está metiendo al niño de que van a volver a estar juntos. Y como le dijo que podía pasarse por su casa siempre que quisiera, está casi siempre allí y eso hace que Lars y yo apenas nos veamos. Porque ahora sus abuelos no se lo quedan tampoco los fines de semana y ella, como ya lo ve allí, no quiere darle al niño la molestia de llevarlo a otro sitio.

Lars está agobiado. Hablamos cada día por teléfono y lo noto fuera de sí.

Esto va a acabar por explotar. Nadie puede aguantar tanto tiempo, o tal vez sí, porque Lars aguantó esto durante años sin hacer nada. Hasta que ella se fue, él no supo ver que no era feliz. Eso me lo dijo él mismo.

Ahora estoy en el rancho Bennet para las fiestas, con mi primo y varios de los trabajadores de mi rancho. La gente nos mira al llegar; no es un secreto que los Landry y los Bennet no se llevan bien.

Vamos hasta donde están Lars y Darren. Al vernos, Lars sonríe y luego Robin tira de él y se lo lleva. Parece como si el niño quisiera separarnos.

Lars lo sigue y, cómo no, ahí está Tara, en la zona de puestos y juegos para niños.

—Bienvenidos. —Darren da la mano a Tyre y a mí un abrazo.

Bonnie viene hacia mí y me dice que la siga. La acompaño a su casa. La puerta se cierra al poco de entrar nosotras y veo a Lars. En dos zancadas lo tengo entre mis brazos. Nos besamos como si no existiera un mañana. Al mirarlo lo veo demacrado, agitado.

—¿Lars?

—Puedo con todo. —Acaricia mi cara.

Y, aunque de verdad cree que puede con todo, yo siento que no. Que querer llegar a la vez a su hijo y a mí lo está rompiendo. Coge mi mano y deja una cajita en ella.

—No la abras hasta estar segura de que quiero pasar toda mi vida contigo y tú también.

—Lars.

—Sé que ahora todo parece complicado. Te quiero, te necesito más que nunca, pero aunque tengo que estar al margen, no quiero que pienses ni por un segundo que no te tengo en mi mente. Un día, espero que no muy lejano, podré darte todo.

Me besa y se marcha. Miro la caja con una sensación agridulce. No porque no lo quiera, o porque no quiera ser su esposa. Es porque siento que es su forma desesperada de no perderme. Pero esto no parece una propuesta de amor, sino un grito de alguien que se está ahogando porque no puede llegar a todo.

Mi madre, cuando era niña, muchas veces perdía los papeles y luego lloraba. Yo no era consciente de que se estaba ahogando. Que pedía ayuda. Siento que Lars hace lo mismo y no sé cómo ayudarlo, o si estar conmigo ahora solo le da más problemas. Antes de llegar yo, Tara le daba más espacio.

Guardo la caja sin abrirla.

—Eso ha sido raro —coincide mi amiga.

—Sí.

—No tomes decisiones precipitadas tú también —me pide.

Salimos fuera y vemos a Tara con Robin y Lars. Los padres de ella no están lejos. Robin parece muy feliz. Como si su sueño de que sus padres vuelvan a estar juntos se hiciera realidad. Sé lo que es eso.

Cuando mi padre iba a ver a mi madre, siempre guardaba la esperanza de que se enamoraran y tenerlos a los dos. Eso nunca hubiera funcionado. Ellos no se aman, y mi madre nunca hubiera sido feliz con él.

***

Miro a Tyre en su box, preparado para salir a pelear. Está nervioso, porque sabe lo que valen sus puños.

—Vas a ganar.

—Sí, por suerte, Darren y Lars no compiten.

—Bueno, Lars bastante tiene con Tara y sus tonterías.

—Esto va a acabar mal; espero que no para ti.

Saco la caja y se la enseño.

—Dice que la abra cuando esté lista. ¿Y si por ese niño debería hacerme a un lado?

—Tú misma, prima. Pero a esa pregunta solo te puedes responder tú. —Ato mejor las vendas de sus manos—. El amor es una mierda. Y si es de los de para toda la vida…, por mucho que te alejes nunca se apagará.

Por cómo lo dice siento que lo sabe de primera mano.

—¿Algo que contar?

—Que me desees suerte, que necesitamos ese dinero.

Sale cuando lo llaman y salgo tras él. Lars se pone a mi lado. Busca mi mano y me acaricia sin que nadie se dé cuenta. Noto el corazón pesado y sé que mi amor por él será para siempre.

—Te quiero, Lars.

—Lo sé. Y también sé que no vas a abrir la caja pronto. —Noto los ojos llenos de lágrimas—. No tengo prisa, cariño. Sé que eres tú con quien voy a envejecer.

Lo miro y la tristeza en sus ojos se entremezcla con el amor que siente por mí.

La pelea empieza y Tyre se mueve con una agilidad increíble. Sus pasos son firmes, sus puñetazos certeros, y deja fuera de combate a su rival casi sin esfuerzo. El público se queda paralizado y luego

aplauden como locos. Al entrar, me abraza y me da un beso en la mejilla.

—Vamos, primita.

Me separa de Lars y cuando veo a Tara acercarse sé que lo ha hecho aposta. Mi hermana pasa por mi lado sin mirarme siquiera. Tyre me acaricia la mano y cuando lo miro, aunque no somos hermanos, sí lo siento como ese hermano mayor que siempre ansié tener.

***

—Hola, cariño. —Robin está en los columpios. Me siento con él. Su abuela lo vigila con otras mujeres del pueblo.

—Hola.

—¿Te pasa algo conmigo?

—Tú eres la culpable de que mis padres no estén juntos.

—No, yo no…

—Eres tú, te odio. Te odio mucho… Por tu culpa estoy triste. ¡Te odio!

Sale corriendo y noto como las lágrimas caen por mis mejillas. Salgo de aquí antes de que nadie las vea. Ando por el lugar buscando paz. Me he dejado los auriculares en mi coche. Voy hacia él. Alguien me llama, pero no escucho. Quiero mi música. Quiero huir, quiero… paz.

—¡Mei! —Lars me mira preocupado. Agitado, saca su móvil y pone música. Luego me abraza sin importarle quién nos vea. Me aparto.

—No, no. —Pienso en Robin, en lo triste que lo veo por mi culpa—. No, Lars. Esto no está saliendo bien. —Saco la caja y la pongo en su mano—. Esto es demasiado para mí. No puedo con todo esto.

El dolor en sus ojos me destroza. Y lo peor es que él siempre ha sentido que me pedía demasiado. Su tristeza me mata. Me rompe.

—¿Quieres dejarlo?

—No lo sé.

No puedo dejarlo, pero ahora mismo me estoy ahogando.

—Tómate tu tiempo. No tengo prisa, ¿vale? —Coge mi cara entre sus manos—. Te quiero, cariño, te quiero ni te imaginas cuánto, y si

esto es demasiado y quieres dejarlo, lo entenderé. Aunque me pasaré cada minuto esperando que un día la vida te traiga de vuelta. Pero no puedo obligarte a todo este caos. Por eso te dejo ir. Mi vida ahora mismo es una mierda.

Quiero decirle que estamos juntos en esto, pero no lo estamos. Porque el amor por Robin nos separa y por ese niño no podemos luchar juntos contra todo.

Por eso, antes de decirle algo de lo que me arrepienta, me marcho al coche y pongo rumbo a mi rancho, incapaz de pensar ahora con claridad y recordando las palabras de Robin una y otra vez en mi mente. Que alguien a quien quieres tanto te odie es horrible.

Capítulo 36

Lars



Tara está insoportable, me persigue por todas partes. Me está ahogando. Y lo peor es que usa al niño para que parezcamos una familia feliz. No puedo más. Si esto sigue así, siento que voy a explotar. Necesito mi espacio, sin ella y con Meissa.

No ha vuelto a las fiestas desde que se fue. La seguí con una de las camionetas, que tenía las llaves puestas, y luego la dejé en su sitio. Quería comprobar que llegaba bien a su casa.

—Yo la cuidaré. Ahora escribo a mi madre para que vaya con ella.

Nunca creí que fuera a darle las gracias a Tyre Landry, pero en este tiempo se ha convertido en un buen amigo. Nos ha ayudado mucho a Meissa y a mí. Hasta se pegó una paliza para habilitar la carretera. Aunque casi no la hemos usado, porque Tara parece que vive en mi casa.

Veo a Robin y parece triste. Me acerco a él.

—¿Qué te pasa, cariño?

—¿Vas a pedir a mamá que se case contigo? Mamá vio tu anillo en la mesita de noche. Dijo que era el que el abuelo Rob regaló a Saril para pedirle que fuera su mujer, y que la quieres tanto que se lo vas a dar ahora a ella.

¿Cómo? Si tenía dudas de que mi ex registraba mi casa, esto lo confirma. Esa mujer tiene que salir de mi casa, tengo que ponerle

un horario y lo va a respetar. Ya lo he hablado con mi abogado. No puede seguir así.

Pienso en Meissa, en lo mucho que la necesito y en cómo ha sufrido con todo esto. No quiero hacer daño a Robin, pero la vida a veces golpea, y no puedo darle falsas esperanzas.

Ese anillo Rob no me lo dio para Tara. Era suyo y de Saril, y ellos aceptaron mi boda con Tara, pero no me veían feliz con ella. Hace unos días, Rob vino a casa y me lo dio. Dijo que para Saril era importante que el anillo lo tuviéramos yo y la mujer que me amaba sin dobleces. Que yo, para ella, era un nieto más. Lo guardé y, al parecer, Tara lo vio. Claro que lo reconoció, porque Saril lo luce en ocasiones especiales.

—No, cariño, no era para tu mamá.

—Pero somos una familia, y si no estamos juntos, al final me echarás de tu casa.

—¿Cómo dices?

—Si Meissa se casa contigo, tendréis hijos juntos, y yo…, yo no seré tu hijo favorito. Me echarás de casa.

—¿Cómo?

—No quiero que me eches de casa. —Se pone a llorar. Lo abrazo con fuerza—. Odio a la tía. Por su culpa me vas a echar de casa.

Siento tanto odio crecer en mi pecho que tengo que respirar para calmarme. Tomo aire varias veces mientras Robin llora.

—Eh, cariño, eso no va a pasar. Te quiero más que a nadie, y eso no lo va a cambiar nada. Te lo dije, te lo dije hace semanas. Eres lo primero para mí, cariño.

—Pero yo quiero que seamos una familia, como antes. Echo de menos a mamá en casa.

Dudo que se acuerde de eso, era muy pequeño, pero da igual; Tara le ha estado comiendo la cabeza.

—Somos una familia, pero diferente.

Sus abuelos se acercan. Me llaman para que atienda unos problemas con las reses. Les digo que se queden con él y me marcho a trabajar esperando calmarme. Llamo a Meissa, pero me cuelga. ¡Joder! De camino llamo a mi abogado; tengo que ponerle límites a Tara. De puro bueno, una vez más he sido tonto con ella.

Me doy cuenta de que a su lado era bueno porque sentía que, si no, siempre estaríamos discutiendo. Y al final me acostumbré a dejarme llevar.

Qué idiota he sido.

***

Al regresar no encuentro a Tara. Robin estaba con sus abuelos. Me han dicho que está triste y le he contado a Ivar todo. Y le ha parecido bien que ponga límites.

—Estoy enamorado de Meissa y voy a dejar de esconderla.

—Lo sé. Tal vez sea lo mejor. Robin tiene que aceptar su nueva realidad. Protegerlo no le está haciendo bien.

Voy hasta la zona de combates, donde anuncian la última pelea. Espero encontrar allí a Meissa y la veo junto a su primo. Le da consejos y, como si sintiera mi mirada, se gira y me sonríe con tristeza.

Tyre sale y empieza la pelea. Le cuesta más que las otras veces, pero consigue el premio. Besa a su prima y voy hasta ella. Tara se pone delante de mí.

—Deberías estar con Robin —le digo.

—Quiero estar con mi marido. —Tara me besa y la aparto, pero se aferra a mí.

La gente silba como si nos estuviéramos besando. La aparto y me limpio la boca asqueado.

—No, Tara, no quiero nada contigo. Solo te respeto por Robin, pero si por mí fuera no te volvería a ver en mi vida.

—Es por esa zorra. ¡Es por culpa de ella, que te ha comido la cabeza y te ha puesto en mi contra!

—Estoy enamorado de ella. Y pienso luchar por que sea mi mujer. Y más te vale dejar de meterle al niño en la cabeza ideas contra ella, o hacer que crea que vamos a volver a estar juntos. Eso solo le hace daño.

—¿Ves? Yo estoy luchando por la felicidad de esta familia, pero tú prefieres a la primera que se te pone por delante. Pues que sepas que un día será vieja como yo, y se le caerán las tetas como a mí. Y

tú querías más hijos, pero ella se quedó tocada tras el aborto. Lo mismo ni siquiera puede darte más hijos. Así que, muy joven y bonita, pero será vieja, y tal vez no puedas ser padre de nuevo.

No sé de dónde sale, pero alguien le cruza la cara. Veo a Bonnie ir a por otro derechazo, pero Darren la sujeta mientras yo asimilo la maldad de Tara. En su envidia nos quiere destruir a todos. La gente nos mira y, no muy lejos, Meissa contempla la escena asimilando tanto dolor.

—Nunca creí que un día, al mirarte, me preguntara qué queda de esa mujer a la que un día quise. Eres despreciable, Tara, y no solo me has perdido a mí. También te has quedado sin amigos y sin una hermana que te quería de forma incondicional.

—Por eso me ha quitado a mi marido.

—A tu marido lo perdiste tú sola. ¿Y sabes qué? Te doy las gracias, porque al amar a Meissa me he dado cuenta de que a tu lado nunca hubiera sido feliz.

Tara se marcha. El atardecer está cayendo y tengo que ir a buscar a Robin para llevarlo a casa. De momento está con sus abuelos. Sigo a Meissa y la encuentro en el box con su primo, con los auriculares puestos.

La abrazo y Tyler se marcha. Al rato se quita los auriculares y me mira.

—No te conté esa parte. El embarazo estaba fuera del útero y, bueno, perdí una de mis trompas. Al dolor del aborto se le sumó la posibilidad de que tal vez quedarme embarazada de nuevo me costaría más.

—No me importa, Meissa —acaricio sus mejillas—, te amo a ti, no por una vida llena de promesas o de esperanzas, te amo porque quiero una vida real a tu lado. Y si un día quieres ser madre, te apoyaré en todo, y si no podemos, no pasa nada. Te amo, Meissa, y eres mi familia.

—Y ahora todos lo saben.

—Ya era hora, cariño.

—Robin me odia. Me lo dijo. No quiero hacerle daño.

—No podemos protegerlo del mundo. Creía que sí, pero no se puede. Cambiará. Esto lo hará más fuerte. O le dejará secuelas.

Pero, pase lo que pase, lo querremos igual. La vida sigue y quiero seguirla contigo.

—¿Estás seguro?

—Nunca he estado tan seguro.

Se lanza a mis brazos y me besa. La beso feliz, sabiendo que tengo mucho que cambiar, pero vamos por buen camino. Salimos juntos de la mano y no la apartamos. Se acabaron los secretos.

Vamos a buscar a Robin y veo a mi exsuegro…, o mi futuro suegro, joder, qué manera más retorcida tiene el destino de hacer las cosas.

—Vale, ya veo por qué Meissa está así. Espero que me la cuides.

—Lo hago desde que llegó. ¿Y Robin?

—Se lo ha llevado Tara a la zona de juegos.

Vamos hasta allí y nos sigue. De camino vemos a Tara liándose con un hombre. Su padre la aparta.

—¿Y Robin?

—Con un amigo. —Me mira fría. Está borracha. Madre mía.

Vamos hasta donde dice que está Robin, y al llegar vemos a otros niños, pero no a él. Noto el frío correr por mi cuerpo. Un miedo visceral me atrapa las entrañas. Lo llamamos y vemos al amigo de Tara, uno al que acaba de conocer, al parecer, y que no sabe dónde está el crío.

No sé qué hacer.

—Vale, no nos alarmemos. —Meissa se hace cargo de la situación.

Saca el móvil, llama a Tyre y dice que los ponga a todos a buscar al niño. Luego llama a Darren y le cuenta todo. Dan el aviso por los altavoces y la gente se pone también a buscarlo. Tara nos mira pálida.

—¿Qué le has dicho?

—Que nunca tendrá un hogar —dice, y rompe a llorar—. ¿Qué he hecho?

Veo el terror en sus ojos, como si por primera vez estuviera siendo consciente de a dónde han llevado sus celos.

—Vale —dice Meissa—. No podemos perder la calma. Lars, recuerda todos los rincones que Robin conoce de este sitio. A dónde

le gusta ir. Tara, haz lo mismo, eres su madre. ¡Vamos! Todo lo que recordéis ayuda.

Meissa nos organiza a todos. Luego coge mi mano y le digo dónde puede estar. El miedo no me deja pensar, pero ella tira de mí mientras imagino todo lo malo que pude haberle ocurrido a Robin mientras huía enfadado con el mundo por haber descubierto de nuevo que la vida no es perfecta.

Capítulo 37

Meissa



Estoy a punto de romperme, pero Lars me necesita. No hemos encontrado a Robin y ha caído la noche. Cuando nos reunimos con los demás, Tara está llorando, creo que por primera vez consciente del odio que ha sembrado por usar a su hijo para conseguir a su ex.

Lars dice que se va solo, y varios hacemos lo mismo, para abarcar más terreno. La policía está peinando la zona, y también las personas que habían venido a las fiestas se han detenido para buscar a Robin. Y no aparece. Voy hasta la casa de Lars, adonde ya habíamos ido. Me rompo a llorar antes de llegar. Entro en la casa y lo llamo. No hay nadie. ¿Y qué esperaba?

Me tiro al suelo y lloro con fuerza. No quería que Lars me viera tan mal, pero aquí sola no puedo contener mi miedo.

Si le pasa algo, me muero.

—¿Lloras por mi culpa? —Alzo la cabeza y veo a Robin. Abrazado a su peluche favorito.

—Robin. —Lo abrazo con fuerza y lloramos juntos. Saco el móvil y llamo a Lars. Me tiembla la mano—. Está en casa, está en casa, está bien, conmigo…, está en casa.

—Voy para allá, por favor, no lo pierdas de vista.

—Nunca.

Cuelga y miro a Robin.

—¿Dónde estabas? —Señala mi cuarto.

—Debajo de tu cama. Os vi antes, pero no quería veros juntos.

Vale, estaba escondido debajo de una puta cama. Miramos en su cuarto, pero no en el mío.

—Robin, estábamos muy preocupados. Pensaba que te había pasado algo. —Llora y lo abrazo.

—¿Por qué lloras?

—Porque te quiero mucho.

—Pero tú me quieres separar de mi papá, y que mi mamá y él no se quieran.

—Cariño. Te queremos todos, pero tus papás ya no se quieren, y eso no es malo. Mis papás tampoco se quieren de esa forma y nunca me han dejado de querer. Tengo mucha suerte de tenerlos a los dos. Y mi vida no ha sido como la de los otros niños, pero he sido muy feliz.

Y es cierto; a pesar de todo no me faltó de nada y, viendo la vida de los Landry, sé que tuve mucha suerte de que mis padres me quisieran tanto.

—Mamá a veces no está y no quería perder a mi papá. Ella me prometió que si te hacía daño y te ibas, ella se quedaría para siempre. —Escucho pasos y veo a Tara. La primera en llegar. Lo ha escuchado todo.

Me levanto y Robin se pone tras de mí.

—Robin, yo… lo siento. —Tara parece de verdad afectada. Robin aferra mi mano con fuerza. En el fondo, no es tonto y sabe que yo no le haría daño, pero Tara lo ha vuelto loco.

—Cuando se usa a un niño para tus fines egoístas hay consecuencias —le digo fría—. Robin es parte de mi familia y nunca más me voy a callar si le haces daño. Pienso ir contra todos para que él sea feliz. Y si quieres ser una buena madre, una que se la merezca, demuéstralo. Todo esto ha sido tu culpa y si le llega a pasar algo hubiera sido por ti. Este niño se merece una madre que luche cada día por su felicidad, y no por la suya a costa de todo.

Lars llega y Robin, al verlo, rompe a llorar y luego abraza a su padre. Tara nos mira a los tres.

—Entiendo —dice, y se hace a un lado cuando llegan todos los demás. Entre ellos, mi padre con su mujer.

Para mi sorpresa, Tara no se marcha. Se queda aquí mientras damos declaración a la policía y ponemos orden. Tampoco cuando Robin cena y se va a la cama. Lo mira desde la puerta mientras Lars lo acuesta.

—Es un gran hombre —dice antes de irse, mirándome—. Yo no supe valorarlo. A ver qué haces tú.

—Ya lo verás, porque espero que te quedes cerca. Perdiste a Lars, pero para Robin lo eres todo, Tara, y el amor de un hijo es un regalo demasiado valioso como para que no lo aprecies. Robin es pequeño, seguramente no recordará nada de esto. Tienes otra oportunidad con él, no la jodas.

Se marcha, y Lars se acerca y me abraza con fuerza. Y al fin deja caer sus murallas y veo al hombre perdido y derrotado que ha sufrido un horror por culpa de una mujer egoísta que casi los rompe para siempre.

Me doy cuenta mientras lo sujeto de que no me he roto. Que he sido fuerte y que, aunque estaba temblando, he sido la fuerza que se necesitaba frente a la tormenta.

No sé en qué punto de mi vida me convertí en esta mujer.

Lo que está claro es que poco queda de la que vino sin saber qué hacer con su vida. Ahora sí sé dónde quiero mirar hacia el futuro.

Me separo de Lars y lo beso.

—Al fin estás en casa.

—Al fin.

Epílogo

Lars



Meissa se ríe en la piscina con Robin. Mi hijo ya tiene siete años. Estos años han sido intensos. Sobre todo porque casi no he visto a Meissa, por su rancho. Este año va mejor, y sé que cada vez mejorará más. Los caballos purasangres están listos para empezar a competir. Y Robin ha aprendido a montar a caballo, y también Meissa.

Las cosas no han sido fáciles. Robin, al principio, hizo huelga de hambre cuando Meissa se vino a vivir con nosotros. Poco a poco aceptó que esta era su nueva vida y dejó de buscar algo que no iba a llegar. Tara ha cambiado. Si quiere verlo, me escribe a mí o a su hermana. Se queda con él algún fin de semana y vive su vida, pero ahora sin arrastrar a Robin y sin desaparecer de su vida.

Robin y Meissa son inseparables. Se entienden como nadie y ese lazo los une fuertemente.

Meissa aceptó casarse conmigo. Lleva mi anillo en su dedo, el de Saril, mi abuela, aunque no lo sea de sangre. Nos casaremos este verano cuando venga Gretel, que al fin se instala aquí. Va a venir con una amiga a la que ha conocido mientras aprendía cosas del mundo de la equitación. Ella le dijo que este era su pueblo y Gretel le aseguró que iban a ser inseparables.

Miedo me da lo que Gretel hará en el rancho; no sé si este lugar está preparado para una *miss*.

Salgo y las dos personas que más quiero se giran a mirarme.

—¡Papá! —Robin se acerca y me abraza. Luego se tira al agua.

Meissa se acerca y la beso lentamente.

—Estás muy guapa hoy.

—Me dices lo mismo cada día.

Me río.

Y la beso en el cuello antes de entrar a mi casa a cambiarme.

***

—Otro puto coche rosa no, joder —dice Darren mientras vemos llegar otro coche rosa al rancho. El de Meissa dejó de ir del todo, al final no tuvo arreglo, y el de Bonnie, igual.

El coche se detiene y sale Gretel con una corona en la cabeza.

—¡Al fin llega la puta ama al rancho!

—Madre mía, me estoy arrepintiendo de haberle construido una casa.

Darren lo dice lo suficientemente alto para picar a su cuñada.

La puerta se abre y sale otra mujer. Una pelirroja con grandes ojos verdes. Parece algo mayor que Gretel y al mirarla me suena de algo.

—¿Esa no es la pequeña de los Gagne? —pregunta Darren.

—¿Gagne, mi capataz? —pregunta Meissa, y asiento—. Oh, mierda, mierda y mierda…, tengo que llamar a Tyre.

Sale corriendo y no sé qué mosca la ha picado. Ya me lo contará.

—Os presento a Dakota.

—Hola, Dakota. Cómo has crecido. —La abrazo.

—Bueno, ya no tengo dieciséis años. Han pasado diez años.

—Sí, ya veo.

Darren la saluda y le pregunta a qué ha venido.

—Mi padre me ha prometido que podré entrenar caballos de carreras. Y soy la mejor.

—¡Y yo la voy a ayudar! ¡Ya tengo trabajo! ¡Voy a limpiar mierda de caballo! —Gretel se pone a bailar. Y no la veo yo con muchas pintas de estar entre el barro. Y a Dakota tampoco le veo muchas ganas de estar aquí, de haber vuelto.

***

—Vale, me acabas de dejar muerto —le digo a Meissa, solos en mi cama, cuando me cuenta la historia de Tyre y Dakota.

—El verano se plantea interesante, grandullón.

—Miedo me da esa mirada. Hay que dejar que todo fluya.

—Sí, voy a dejar que todo fluya, pero lo voy a vigilar de cerca.

—Al final, a todos se os ha pegado el lado cotilla de Saril.

Se ríe y luego se sube sobre mí, me besa y se frota contra mi cuerpo hasta que busca mi polla para liberar su fuego. Se mueve sobre mí. Salvaje, preciosa y mía.

Nos movemos juntos hasta que nos dejamos llevar. La abrazo y no la suelto.

—Cada vez es mejor.

—¿El sexo? Sí, doy fe. —Se ríe.

—Aparte. —Besa mis labios—. Amarte, cada día te amo un poco más. Y así hasta que la eternidad me haga buscarte de nuevo en otra vida. ¿Te apuntas?

—Me apunto a todo contigo.

Se ríe y me abraza con fuerza. No sé qué hice para merecer esto. Para tenerlo todo entre mis brazos y ser feliz. Para sentir que la vida me ha dado todo lo que podía soñar y más. Porque el amor de verdad no es que sea impensable, es que es imborrable.

Biografía



Autora superventas con más de 600.000 lectores en todo el mundo.

Nació el 5 de febrero de 1983. Es amante de un gran tazón de té al amanecer mientras el mundo despierta y ella crea cientos de historias de amor. Disfruta dando vida a sus novelas sintiendo que para ella escribir es como respirar. E ideando nuevos retos e historias en las que perderse una y otra vez. Vive la vida como si fuera una película con banda sonara incluida, porque su don es un regalo mágico que le permite vivir entre la realidad y un mundo que solo ella ve antes de darle vida y que sea parte de todos.

El 3 de abril de 2009 publicó su primer libro en papel, *El círculo perfecto,* y desde entonces no ha dejado de luchar por sus sueños sin que sus inseguridades la detuvieran y demostrando que las personas imperfectas pueden llegar tan lejos como sueñen.

Actualmente tiene más de 150 publicaciones, ha sido número uno de ITunes, Amazon y Play Store en más de una ocasión y no deja de escribir libros que poco a poco verán la luz.

En la actualidad es la autora nacional con más libros *new adult* publicados por editorial en España. Y con un sin fin de géneros romáticos a sus espaldas, desde; romántica adulta, *dark romance*, romcom, *sport romance*, regencia… ¡y muchos más!

Impensable
Amar a un cowboy 2
Moruena Estríngana

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan continuar desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar, escanear, distribuir o poner a disposición algún fragmento de esta obra (www.cedro.org; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).
Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

© Moruena Estríngana, 2026

Diseño de la cubierta, Planeta Arte & Diseño
© de la ilustración/fotografía de la portada, Shutterstock

© Editorial Planeta, S. A., 2026
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): julio de 2026

ISBN: 978-84-08-32404-1 (epub)

Composición: Realización Planeta

CLICK EDICIONES es el sello digital del Grupo Planeta donde se publican obras inéditas exclusivamente en formato digital. Su vocación generalista da voz a todo tipo de autores y temáticas, tanto de ficción como de no ficción, adaptándose a las tendencias y necesidades del lector. Nuestra intención es promover la publicación de autores noveles y dar la oportunidad a los lectores de descubrir nuevos talentos.

www.planetadelibros.com/editorial/click-ediciones/94

Otros títulos de Moruena Estríngana en Click Ediciones

PACK Los hermanos Montgomery

Home run hacia tu corazón. El juego del amor 1

PACK Serie Sweet Love

Un perdón por San Valentín

Un te amo estival

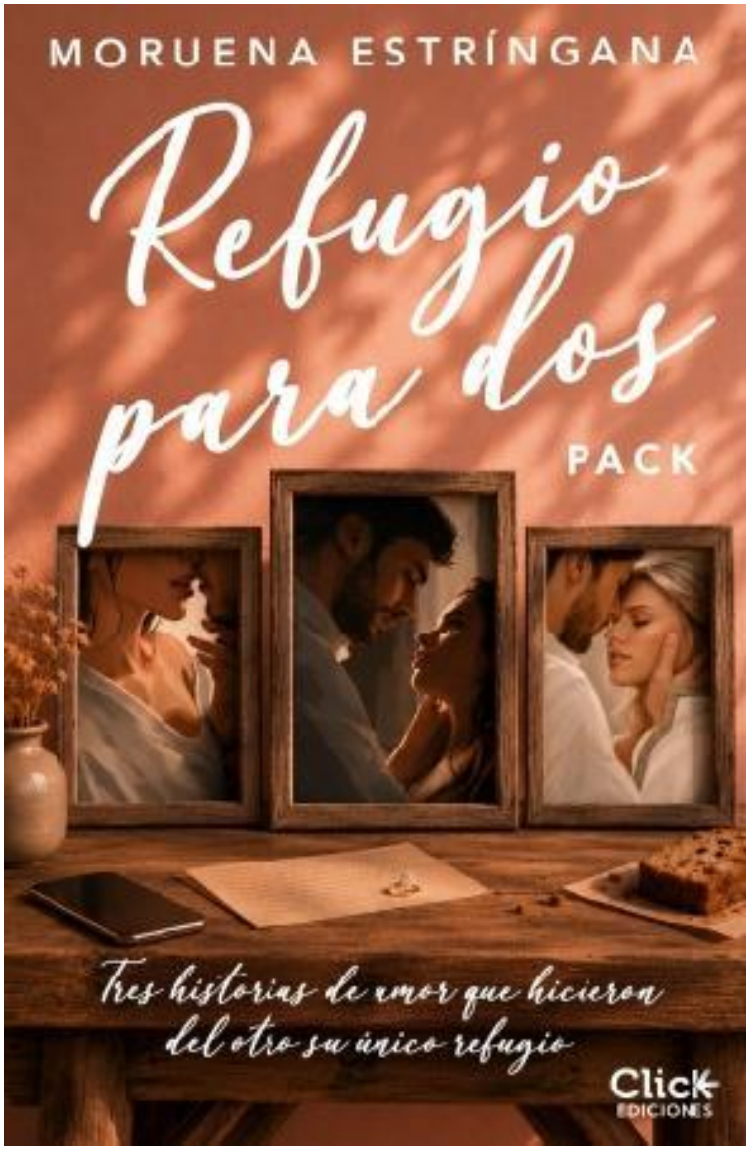
Un reencuentro otoñal

Un regreso invernal

Contra todos. Becados y Dioses 1

El mordisco de Gineva - Sangre y paraíso 1

Todos tus secretos. Destino y venganza 1



Pack trilogía Refugio para dos

Estríngana, Moruena
9788408322573
1250

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Tres historias de amor que demostraron que el hogar nunca fue un lugar, sino una persona.

A veces el amor no llega para salvarte, llega para ponerte a prueba. Para obligarte a enfrentarte a tus heridas, a tus errores y a las personas que juraste dejar atrás.

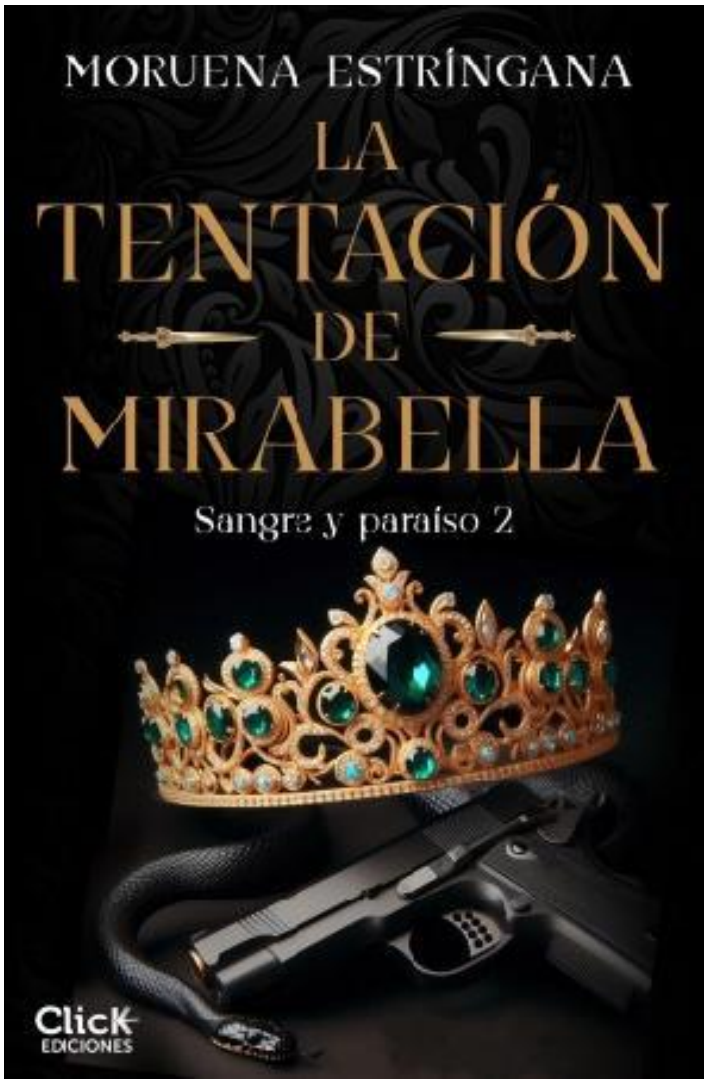
En estas tres historias, hombres y mujeres marcados por el pasado descubrirán que olvidar no siempre es posible, que algunas despedidas nunca llegan a completarse y que existen vínculos capaces de sobrevivir al tiempo, a la distancia y al dolor.

Porque hay personas que se convierten en refugio. Personas a las que siempre acabamos volviendo.

Tres novelas románticas intensas, emotivas y adictivas reunidas en una edición única para creer, una vez más, que el amor merece la pena incluso cuando duele.

Moruena Estríngana tiene el don de convertir emociones en historias imposibles de olvidar.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



La tentación de Mirabella

Estríngana, Moruena
9788408298410
230

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Una novela intensa de amor y venganza donde el pasado y el presente colisionan en un mundo de poder, traición y

redención.

Traicionar a un capo de la mafia es una sentencia de muerte… y Mirabella lo sabe mejor que nadie. Criada en la sombra de un padre al que detesta, ha aceptado su destino: un matrimonio impuesto con un hombre al que odiará cada día de su vida. No hay escapatoria. O al menos, eso cree… hasta que Salvatore regresa de entre los muertos con una oferta inesperada.

Él quiere casarse con ella, pero su padre tiene sus propias condiciones: aceptará la unión si Mirabella lo traiciona.

Salvatore no es un hombre de fácil persuasión, pero por su hermana Gineva haría cualquier cosa, incluso unirse en matrimonio con la hija de su enemigo más acérrimo. Ahora que él es el capo de los Giordano, cada decisión es un movimiento en el tablero del poder, y esta jugada podría cambiarlo todo.

Lo que ninguno de las dos esperas es que, entre estrategias y traiciones, la pasión se convierta en su mayor debilidad. En un mundo donde la lealtad se compra con sangre y el deseo es un arma letal, Mirabella y Salvatore están a punto de cruzar una línea de la que no habrá vuelta atrás.

Moruena Estríngana cierra esta bilogía Mafia-Romance, que comenzó con "El mordisco de Gineva" con una narrativa arrolladora y construye una historia que atrapa desde la primera página, logrando un equilibrio perfecto entre la tensión, la pasión y la emoción, envolviendo al lector en un torbellino de sensaciones.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



La libertad de los seres efímeros

Ramos, Aída
9788408320753
310

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Y entendió que la libertad empieza por no desaparecer.

Leire tiene dieciocho años y una certeza incómoda: para sobrevivir, a veces hay que huir. De su familia, de los silencios heredados, de las heridas que nadie nombra. Cuando Gabriel —intenso, magnético, imprevisible— aparece en su vida, todo se desordena. Él crea arte; ella aprende a sentir sin filtros. Juntos descubren el vértigo del primer amor, ese que promete libertad mientras desarma cada defensa.

Entre el deseo que desborda y las lealtades que la atan al pasado, Leire empieza a cuestionar qué está dispuesta a perder por sentirse querida. Amar a Gabriel significa atravesar inseguridades, celos y heridas que no siempre son visibles. A medida que las tensiones afloran y las certezas se tambalean, comprende que la libertad no consiste en escapar, sino en aprender a sostenerse sin diluirse en el otro.

La libertad de los seres efímeros es una novela íntima y emocional sobre la intensidad de los dieciocho, la fragilidad del anhelo y el aprendizaje de amar sin perderse en el intento.

La autora emplea una prosa íntima y sensorial, capaz de convertir la emoción en atmósfera y de explorar la vulnerabilidad juvenil con una honestidad que atraviesa al lector sin artificios.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



Dulce vendetta

Lopez, Loles
9788408320531
420

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Un matrimonio forzado. Una guerra entre clanes. Una venganza que acabará convirtiéndose en el amor más feroz.

Claire regresa a Toronto tras aceptar un trato con su padre que cambiará su destino. Prometida con Ruggero Corsini, cree que su sacrificio es la única forma de proteger a su madre. Pero su vida da un giro inesperado cuando Leone Lombardi, el capo más temido de la mafia ítalo-canadiense, irrumpe para reclamarla como esposa. Leone lleva quince años planeando una vendetta contra los Corsini. Frío, metódico y despiadado, ha convertido la venganza en el único motor de su existencia. Claire es la pieza perfecta para golpear donde más duele.

Obligados a convivir en un matrimonio forzado, el odio y la tensión se transformará en algo difícil de detener.

Casarse no estaba en sus planes. Desear a su esposa, tampoco.

Loles López combina intensidad emocional, tensión erótica y ambientación mafiosa realista para crear historias adictivas como románticas.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



Si finjo que te olvido

Galán, Lina
9788408317975
340

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Cuatro años después, su exmarido vuelve. Y esta vez no piensa dejarla marchar sin luchar.

Evie construyó una vida perfecta sobre las ruinas de un corazón roto.
Abogada en un prestigioso bufete de Manhattan: independiente, fuerte, exitosa.
Todo bajo control.

Hasta que Rhys Sinclair vuelve.
El hombre que la abandonó sin explicaciones.
El hombre al que no ha conseguido olvidar.
Su exmarido.

Ahora no solo tendrá que verlo cada día: se verá obligada a trabajar y convivir con él durante una semana decisiva para el futuro del bufete… y del suyo propio.

Rhys guarda un secreto.
Evie guarda orgullo.
Y el pasado no está dispuesto a quedarse enterrado.

Porque hay heridas que no cicatrizan y amores que, por mucho que intentes olvidarlos… siempre regresan.

¿Puede una semana ser suficiente para reconstruir lo que se rompió?

Lina Galán construye un romance de segunda oportunidad con una sensibilidad afilada, capaz de convertir cada mirada, cada silencio y cada herida en pura tensión emocional.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Table of Contents

Portadilla
Prólogo
Capítulo 1. Lars
Capítulo 2. Meissa
Capítulo 3. Meissa
Capítulo 4. Meissa
Capítulo 5. Lars
Capítulo 6. Meissa
Capítulo 7. Meissa
Capítulo 8. Lars
Capítulo 9. Meissa
Capítulo 10. Lars
Capítulo 11. Meissa
Capítulo 12. Lars
Capítulo 13. Meissa
Capítulo 14. Lars
Capítulo 15. Meissa
Capítulo 16. Meissa
Capítulo 17. Lars
Capítulo 18. Meissa
Capítulo 19. Meissa
Capítulo 20. Lars
Capítulo 21. Meissa
Capítulo 22. Meissa
Capítulo 23. Lars
Capítulo 24. Lars
Capítulo 25. Meissa
Capítulo 26. Lars
Capítulo 27. Meissa
Capítulo 28. Lars
Capítulo 29. Meissa
Capítulo 30. Lars

Capítulo 31. Meissa
Capítulo 32. Lars
Capítulo 33. Meissa
Capítulo 34. Meissa
Capítulo 35. Meissa
Capítulo 36. Lars
Capítulo 37. Meissa
Epílogo. Lars
Biografía
Créditos